



ANA MARÍA
SCHLÜTER

CAMINO DE LIBERACIÓN
EN LOS CUENTOS

Serendipit 

DESCLÉE DE BROUWER

Ana María Schlüter Rodés

143

CAMINO DE LIBERACIÓN EN LOS CUENTOS

En compañía de los animales

Crecimiento personal
COLECCIÓN

Serendipit

Desclée De Brouwer 

© Ana María Schlüter Rodés, 2013
© Ilustraciones: Julio Pérez Cornejo, 2013

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2013

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

 [EditorialDesclee](#)

 [@EdDesclee](#)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Adquiera todos nuestros ebooks en
www.ebooks.edesclée.com

PRÓLOGO

A principios del siglo XIX los Hermanos Grimm recogieron en numerosas aldeas, sobre todo del centro y norte de Alemania, multitud de cuentos populares, que solían contar en especial las ancianas cuando empezaba a oscurecer y las familias se recogían alrededor de la lumbre. En la Nochebuena de 1812 presentaron su primera colección de cuentos, *Kinder-und Hausmärchen der Brüder Grimm*, “Cuentos para niños y el hogar de los Hermanos Grimm”. Le iban a seguir otros dos tomos.

Los cuentos recogidos por los Hermanos Grimm son una especie de mitos populares de los pueblos, en los que surge en primer plano la reunificación del alma. Siempre aparece de alguna manera lo que el ser humano es en esencia, pero que al mismo tiempo tiene que ir actualizando a lo largo de su vida, pasando por procesos difíciles que en ocasiones rozan la muerte. En este camino la bondad y la sencillez son fundamentales para no desviarse de la buena dirección; también son importantes la perseverancia y el no dormirse por el camino. La mentira es el gran adversario, está ligada a los tres elementos venenosos que son el orgullo, la codicia y el odio. Aunque muchas veces parece que gana el fuerte y orgulloso, a la postre siempre es la persona insignificante a los ojos de los demás, que no aparenta nada, la que encuentra la vida de verdad. El bien es más fuerte que el mal, y el mal acaba destruyéndose a sí mismo, por mucho dolor que haya causado.

Ocho de los cuentos recogidos y comentados en este libro reflejan este camino, con muchos matices y gran riqueza; otros dos, conscientes de la importancia de enseñar bien el camino de vuelta a casa, tratan de los “zorros” y “lobos” que desorientan, roban y matan; son “raposillas que demuelen la florida viña del alma”¹ y “lobos que desgarran su presa” (Ez 22,27).

Los cuentos son “filosofía” para el niño, y orientan al adulto. Al niño le basta con oírlos y volverlos a escuchar muchas veces, para que los arquetipos obren por sí solos. No necesita comentarios del tipo que se van a presentar en este libro y que los pueden acercar a la persona adulta; al niño más bien le estorbarían.

Estos cuentos son verdaderos tesoros del alma humana. Joseph Görres habla en 1807 en uno de sus escritos, refiriéndose a los cuentos, del “Espíritu Santo que vive en el pueblo”, y Wilhelm Grimm escribió en una dedicatoria para el libro de familia de Achim von Arnim las siguientes palabras de Martin Luther: “No quisiera despojarme por ningún

oro de las historias maravillosas que desde mi tierna infancia me acompañan o como las he ido conociendo a lo largo de mi vida”.²

Los Hermanos Grimm no eran unos cualesquiera o personas simples. Habían nacido en Hanau (Hessen) y realizado estudios en Kassel. Llegaron a ser profesores de filología de la universidad de Göttingen y como tales asentaron los fundamentos de la Germanística científica. Formaron parte de los “Göttinger 7”, que en 1837 protestaron contra la derogación de unos artículos de la constitución del reino de Hannover. A causa de ello el rey Ernst August los destituyó como profesores de la universidad y los exiló, por lo que desde 1840 aproximadamente vivieron en Berlin.

Desprecio de los cuentos por la conciencia mental y limitación de ésta

Durante mucho tiempo, los cuentos han sido considerados por los eruditos cosa de niños, de pobres de espíritu y de gentes simples, en sentido despectivo. Así fue hasta hace pocos decenios. La publicación de los cuentos tuvo lugar en un tiempo en el que la razón se había ido estableciendo como medida última de todas las cosas, inclusive de la visión del mundo. Desde hacía siglos en Occidente el alma con sus manifestaciones míticas, simbólicas y místicas había sido marginada y relegada al olvido por la conciencia racional autosuficiente. La mística se fue convirtiendo en una corriente marginal y sospechosa. En el siglo XIV el autor anónimo de la *Nube del No-Saber* escribía: “Es una gran pena... que en nuestros días, no sólo unos pocos sino casi todos están tan ciegos por una loca contienda sobre la más reciente teología o los descubrimientos de las ciencias naturales, que no pueden entender la verdadera naturaleza de esta simple práctica”³ de la contemplación. Lo importante era lo que se podía demostrar racionalmente, lo científico y lo técnico. Lo que no se podía demostrar racionalmente no era verdad, lo cual es un prejuicio evidente, porque ¿en qué razones se basa tal afirmación?

A pesar de esto, en el siglo XVII Blaise Pascal, filósofo y matemático francés, que había vivido una profunda experiencia mística, afirmaba: “El corazón tiene sus razones que la razón no puede entender”⁴ y: “La tarea más sublime de la razón es reconocer sus propios límites; hay una infinidad de cosas que la sobrepasan. Es muy débil si no llega a reconocer esto”⁵.

Hasta el siglo XX no se empieza a plantear claramente el peligro de esta manera racionalista de enfocar el mundo, especialmente en la obra de Heidegger, el cual tuvo bastantes contactos con el budismo⁶. Según este filósofo, la existencia de la mística

responde al hecho de que el ser humano es un ser “eksistente”, un ser que se caracteriza por “estar abierto a”. En su carta “sobre el Humanismo”⁷ Heidegger cita a Heráclito: *ethos anthropo daimon*, “la morada habitual para el hombre es lo divino”. Lo propio del hombre es ser “pastor del ser”⁸; y su “patria”, dice Heidegger, “es la cercanía del ser”⁹. Esta cercanía es lo importante, ahí se decide si y cómo Dios se oculta o si y cómo surge la luz. Este es el lugar de la experiencia del todo y de la mística.

Desde un punto de vista psicológico en el mismo siglo XX, Carlos Gustavo Jung advirtió: “En una ceguera verdaderamente trágica, hay teólogos, que no se dan cuenta que no es cuestión de demostrar la existencia de la Luz, sino que hay ciegos que no saben que sus ojos podrían ver. Es necesario caer en la cuenta de que para nada sirve alabar y predicar la Luz, si nadie la puede ver. Sería necesario desarrollar en el hombre el arte de ver”¹⁰. De otra manera se escurre el sentido de la vida. El resultado es una “rebelión del alma”, que se manifiesta en la búsqueda de una dimensión más profunda, perdiéndose muchas veces por caminos engañosos.

Intentos de trascender la limitación racional y revaloración del cuento popular

Recuerdo algo que ocurrió hace muchos siglos en China. Se cuenta que en el siglo V, poco antes del Bodhidharma, llegó a China Gunabhadra, lo mismo que aquél, un monje de la India. Al arribar a Guangzhou y ver la situación, sintió gran lástima de la gente. “Por carecer de métodos para cultivar el camino algunos caen en las enseñanzas de... las noventa y cinco clases de caminos externos... ¡Qué triste! ¡Cuánta desgracia! Se entrampan ellos y entrampan a otros”¹¹. Actualmente en Occidente, muchos se pierden por las ramas de lo parapsicológico u otras y tampoco dan con lo que en el fondo anhelan.

Pero también hay bastantes que redescubren la mística cristiana, no pocas veces a través del contacto con el yoga o el zen, caminos en los que se ha desarrollado desde antiguo el “arte de ver la naturaleza esencial”.

Dentro de este contexto también surge el renovado interés y la valoración del cuento popular. Éste transmite una sabiduría profundamente humana y una gran bondad en medio de un mundo hostil.

Pasar de la conciencia mental a la espiritual, integrando la conciencia mítica

Joseph Campbell nombra a los hermanos Grimm en su obra *The Masks of God*, en el

tomo dedicado a la Mitología Primitiva, diciendo que los Hermanos Grimm recogieron los cuentos en la convicción de que en ellos se pueden descubrir los restos de un antiguo núcleo de la mitología indogermánica.¹² En su introducción a *The Masks of God*, Campbell afirma que sus estudios le han llevado a la conclusión de la unidad de la raza humana, no sólo en cuanto a lo biológico sino también en cuanto a su historia espiritual. La percibe como una gran sinfonía compuesta por diferentes temas que aparecen, evolucionan, se distorsionan, se vuelven a reconducir y que suenan hoy conjuntamente en un gran *fortissimo*.¹³

En la actualidad la humanidad está pasando a una nueva conciencia, llamada por Jean Gebser “mística”, “espiritual” o también “integral”¹⁴. Se está dando un paso más allá de las conciencias anteriores por las que ha pasado la humanidad –arcaica, mágica, mítica y mental– y a la vez las integra. Los mitos y cuentos surgen en el tiempo de la conciencia mítica y vuelven a interesar mucho en la “conciencia integral”. Ahí se descubre el mundo interior del alma y se narra la difícil vuelta a la unidad, como se refleja en los cuentos presentados en este libro.

La ceguera de no ver más allá de los sentidos y del entendimiento

No sólo el mundo científico occidental ha creado y crea ceguera para percibir la Realidad. Existe una “ceguera común”, en expresión del zen, la cual consiste en no ver más allá de lo que perciben los sentidos, ojo, oído, olor, gusto, tacto y la facultad de formar imágenes y conceptos. Se convierte en “ceguera maligna” cuando está siendo apuntalada por ciertas concepciones del mundo, como por ejemplo, el racionalismo o el materialismo, tanto si es de tipo filosófico como si es de tipo práctico, como es el caso del consumismo.

Kôshirô Tamaki, profesor emérito de la Universidad Imperial de Tokio escribió en 1980: “En el hombre se dan en principio dos modos de pensar. Por una parte está el ‘pensar objetivo’ y por otra el ‘pensar totalmente personal’”. A continuación caracteriza el pensar objetivo por la separación entre sujeto y objeto, y señala que es la forma de pensar más corriente, desde la vida cotidiana hasta la filosofía, especialmente en las ciencias. Es el modo de pensar que configura preponderantemente la mentalidad del hombre moderno. Es un pensar limitado, cuyo horizonte se puede ampliar constantemente, pero siempre sigue siendo un horizonte limitado.

El “pensar totalmente personal” involucra a la persona en su totalidad, no sólo su razón. Pero además, y esto es lo más importante, hace saltar la limitación humana.

“¿Cómo se consigue esto?” pregunta, y responde: “Se cuenta lo siguiente del momento

en que Gotama despertó y se convirtió en Buda, ‘Despierto’: estando en recogimiento, al ver Dharma ante sus ojos, desapareció toda duda, como si hubiera salido el sol en el firmamento... El Dharma de que se habla aquí, fundamentalmente no tiene forma, es vida pura, es el poder trascendente y la luz. Cuando la persona que se recoge cae en la cuenta de esta vida pura y se sumerge en ella con toda su persona y se unifica con ella enteramente, entonces el yo limitado se convierte en yo abierto. A partir de entonces es posible el pensar totalmente personal”.

Tamaki explica a continuación que este modo de pensar no es propiedad exclusiva de la filosofía de la India y del budismo. Pone los ejemplos de Heráclito, Empédocles y Sócrates. Se detiene más largamente en Jesucristo y en San Pablo. Menciona a Chuang Tzu hablando de China. “El pensar totalmente personal y el pensar objetivo han existido tanto en Oriente como en Occidente como un bien común importante. Sin embargo, el pensar totalmente personal no se ha consolidado en Occidente. Sólo en el yoga de la filosofía hindú y en el zen del budismo ha llegado a cuajar. También siendo personas normales podemos seguir este camino y tocar en algún momento el mundo trascendente absoluto... A partir de ahora el camino hacia ello ha de resurgir de nuevo como camino común”¹⁵.

H. M. Lassalle SJ escribe en su libro *¿A dónde va el hombre?:* “La vida espiritual que caracteriza al ser humano aún es muy débil. Falta mucho para que el hombre se convierta en el ser espiritual que está destinado a ser. Un largo camino nos queda por delante... por medio del cambio radical de conciencia”. Lassalle ve en la práctica del zen un camino para alumbrar esta nueva conciencia¹⁶.

Zen, un camino de práctica para llegar a ver

El zen nace en el siglo VI en China, donde se llama ch’an, del encuentro entre monjes budistas de la India con el taoísmo de China. Unos y otros cultivaban el arte de sentarse inmóviles en silencio para percatarse de la realidad que trasciende los sentidos y el entendimiento. La forma de hacerlo es eminentemente práctica. Es un arte, y un arte ante todo se ejerce, se plasma, como el arte de las flores o ka-do, el arte de la caligrafía o sho-do, el arte del te o cha-do etc. ¿En qué consiste el arte del zen, el zen-do?

¿Qué camino propone el zen para llegar a despertar a la luz del alma, o a la verdadera naturaleza raíz o esencial de uno mismo y de todas las cosas?

Según unas palabras atribuidas al Bodhidharma, el zen es:

Una transmisión especial fuera de toda doctrina,

no se basa en palabras ni letras.

Apunta directamente al corazón humano,

lleva a ver la realidad (kensho) y a vivir despierto (jobutsu).

Es una transmisión especial, porque en realidad no se trata de transmitir nada sino de despertar a lo que ya está desde siempre. Es un camino de práctica, en la que prevalecen:

Zazen, sentarse a solas con el misterio; cuidando la postura corporal, la respiración y la actitud interior, “pensando lo impensable”.

Samu, trabajo manual hecho con devoción.

Teisho, exposición por parte del maestro o maestra.

Dokusan, guía personal.

Se transmite dentro de un marco de vida ética. Zen sin vida ética lleva al desastre. De ahí que quien emprende el camino, para ser aceptado como discípulo, ha de comprometerse a llevar una vida recta, para los budistas es la ceremonia denominada *jukai*.

No se basa en palabras y letras. La realidad última es inefable, es una y la misma siempre y, sin embargo, se fue reflejando en un marco de enseñanzas y gestos característicos. “Si una enseñanza fuera de toda escritura no admite la enseñanza dentro de las escrituras, no es verdadera enseñanza”¹⁷.

Si bien el cauce del zen es una vida ética y enseñanza correcta, el cauce, siendo necesario, no hace el río. El agua de este río es una fuente que mana en el mismo corazón humano. La práctica del zen la desentierra, la hace aparecer en la superficie.

El arte zen o zen-do es el arte de asentarse en el hondón del alma, y su primer fruto es *joriki*, la fuerza del haberse asentado, una capacidad de concentración, de superar las distracciones de la mente y de vivir con serenidad y en paz en cualquier circunstancia. Lo acompaña con el tiempo *chie*, una sabiduría que hace saborear las cosas de una manera nueva, los colores, la naturaleza, las personas, la música, textos sagrados, gestos litúrgicos etc. Es un hecho comprobado una y otra vez que una práctica seria del zazen lleva sobre todo al despertar, a ver la realidad (ken-sho) que no se ve con el ojo de la cara ni del entendimiento, y a la transformación o personalización de esta experiencia, a vivir despierto, a convertirse en despierto o buda (*jo-butsu*).

Desde mi experiencia en el acompañamiento de bastantes personas, puedo confirmar que la práctica del zazen, desarrollada en el budismo zen e introducida entre cristianos por el jesuita Enomiya-Lassalle, es un camino que lleva al despertar, a caer en la cuenta

del misterio, vacío para los sentidos. Lleva a caer en la cuenta de la unidad –vacía– con todo y, en la medida que el despertar es genuino y va transformando a la persona, a la compasión y humildad. Despierta un sentido de reverencia incluso ante la más pequeña cosa. Lleva a vivir en libertad en medio de cualquier circunstancia, en medio del dolor, que no desaparece, y en medio de la alegría. Pero es un camino largo y exigente. Hay que “morir en el cojín” para resucitar a esta vida nueva.

En todo ello el maestro o guía zen es más comadrona que otra cosa.

La práctica del zen enseña al cristiano cómo cultivar una experiencia de Dios, yendo más allá del pensar. Le lleva a descubrir progresivamente la dimensión mística de la Biblia, especialmente de la Buena Nueva de Jesús, el Cristo o Ungido por el Espíritu de Amor. Muchas veces lleva a redescubrir la mística cristiana, por ejemplo de San Juan de la Cruz y del Maestro Eckhart.

Con el tiempo la persona puede ir descubriendo que no sólo aprende un nuevo modo de abismarse en el misterio, sino que está aprendiendo un nuevo “lenguaje” que lleva a percatarse y expresarse de una manera nueva y que abre horizontes nuevos, que ofrece nuevas posibilidades de tomar conciencia de ciertas dimensiones de la experiencia. Pues aunque la Realidad última, inefable, es una y la misma siempre, el marco religioso en el cual se expresa influye en la posibilidad y el modo de experimentarla, así como en la interpretación de la experiencia.

Frutos del zen: iluminación y compasión; dos cuentos budistas

Satori y *karuna*, despertar y compasión, van de la mano. En la tradición budista existen unas leyendas que se llaman “cuentos que confortan el corazón” y que tratan de la búsqueda de la verdad, de la bondad, amabilidad y compasión para con todos los seres vivientes. Uno de ellos, por ejemplo, es el del *Joven que salvó la vida de una cría de tortuga de mar*:

“Un día un joven pescador, llamado Taro Urashima, rescató una cría de tortuga de mar, que había quedado en la playa y había sido maltratada por unos niños. Urashima la devolvió al océano.

Entonces vinieron los padres de la cría e invitaron a Taro Urashima al palacio del dragón, que está en el fondo del mar, para agradecerle la buena obra de rescatar a su pequeña tortuga.

Allí en el palacio del dragón los días pasaron como en un sueño feliz, pero Taro Urashima empezó a preocuparse por su madre, que se había quedado sola en casa, y decidió volver.

Antes de partir del palacio recibió como recuerdo una cajita. Cuando llegó a tierra firme se dio cuenta que habían pasado muchos, muchos años. No sabiendo qué hacer, abrió la cajita que le habían regalado. Entonces salió humo blanco y ¡qué sorpresa! inmediatamente se convirtió en un anciano de barba blanca.

Se quedó mudo sin saber qué decir ante lo que había sucedido. Fue teniendo sueños y olvidándose de las cosas a las que normalmente se da tanta importancia”.

La compasión hizo que se le abrieran los ojos para la vida esencial, que goza en el palacio del dragón, lugar donde, según una antigua leyenda, se guarda en el fondo del mar el tesoro esencial. El equivalente cristiano es el reino de los cielos que está dentro del corazón. Ahí no existe el tiempo. Pero Urashima no se queda ahí disfrutando egocéntricamente sino que se acuerda de su madre que está sola. Vuelve convertido en una persona sabia que apenas habla y que relativiza muchas cosas que en realidad no son tan importantes.

El profeta Isaías dice: “Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía” (Is 58,9-14).

La gratitud es algo muy importante en la cultura japonesa. Vuelve a aparecer en otro de los *cuentos que confortan el corazón* y de nuevo aparece un animal, en este caso una grulla:

“Un día un abuelo rescató una grulla que había quedado atrapada en una trampa.

Esa misma noche una joven que se había perdido llamó a la puerta del anciano matrimonio. No tenía a dónde ir, y entonces el matrimonio le ofreció su casa para vivir con ellos. Ella se daba cuenta de que el matrimonio era muy pobre y que no tenían apenas para comer. Así que empezó a tejer. Luego iba a la ciudad a vender a buen precio las telas que había tejido, con lo cual el matrimonio pudo disponer de algún dinero.

Sin embargo, la joven se iba debilitando y adelgazando a medida que iba tejiendo para ellos. El abuelo empezó a preocuparse y por fin fue a observarla mientras estaba tejiendo, a pesar de que les había dicho que nunca la miraran mientras estuviera tejiendo.

Lo que el abuelo vio fue eso: una grulla que se estaba arrancando las plumas y tejiéndolas.

En recompensa por el corazón gentil y honesto del anciano matrimonio, la grulla había recibido el permiso de convertirse, por una sola vez, en ser humano y de esta

forma había podido visitarles en figura humana”.

En lo más hondo del ser el dolor del otro es dolor propio. El ser humano se sabe unido con todos los demás seres vivientes que pueblan la Tierra. También el animal percibe a su manera esta relación.

Los animales en el camino espiritual del ser humano occidental y oriental

Del núcleo auténtico de todas las religiones surge bondad, amor, compasión. Cuando esto se manifiesta en la vida concreta, abarca todos los ámbitos, incluyendo a los animales. Éstos, a su vez, tienen una percepción muy aguda de la bondad de corazón de las personas. Se cuentan muchas historias de ermitaños, monjes, laicos de diferentes religiones, que han tenido una relación armoniosa, incluso de amistad, con animales.

En un libro del siglo XIX que hojeé en el recibidor de una editorial, unos peregrinos franceses contaban que habían ido a Montserrat y habían visto cómo los pájaros se posaban encima de los monjes como si fueran árboles.

En el siglo VI Juan Moschus reunió una gran cantidad de anécdotas de ermitaños, monjes y monjas a los que había conocido en los desiertos de Palestina y Egipto. Cuenta, por ejemplo, lo siguiente: “Un día Abbas Gerasimo estuvo andando a orillas del río Jordán y se encontró con un león que aullaba de dolor. Había pisado una astilla de caña y tenía una pata hinchada y llena de pus. El león, al ver al anciano, se acercó y le mostró gimiendo su pata como pidiendo ayuda. El anciano se acurrucó junto a él, cogió la pata dolorida, le hizo un corte para sacar la astilla y el pus, limpió la herida y la vendó. Luego dejó correr al león, pero éste ya no se separó más de él. Le seguía como un fiel discípulo a todas partes, de tal modo que el anciano quedó sumamente asombrado de la gratitud del animal y dejó que viviera con él”¹⁸.

Ramana Maharshi, hindú que murió en 1950, vivió bastante tiempo como mendigo en los alrededores de templos hasta que se estableció en Tiruvannamalai (Tamil Nadu/Sur de India) al pie de un monte, donde se fue formando un ashram alrededor de él. En este ashram, que aún existe, se dispensaba un amor especial a los animales. Ramana Maharshi nunca hablaba de ellos de una forma impersonal, y a la hora de comer, ellos eran los primeros a quienes se servía, antes que a las visitas y a los residentes fijos del ashram. Los monos salvajes se le acercaban y se sentaban en su regazo. Una vez pudo ayudar a que hicieran las paces entre dos tribus de monos. Algunas monas se acercaban a la ventana de su cabaña y le mostraban sus bebés como pidiendo que los bendijera. Las ardillas comían de su mano. Prohibió que se mataran las serpientes en los alrededores del

ashram. “No nos van a hacer nada”, decía y efectivamente así fue. Los perros se consideran animales impuros en la India, pero en el ashram de Tiruvannamalai cuidaban una gran cantidad de ellos y, por deseo expreso de Ramana Maharshi, se les trataba con gran bondad. Había una perra tan sensata que a veces él la enviaba a acompañar a las visitas y enseñarles los templos y lugares más importantes del ashram. Cuando Ramana Maharshi estuvo ya muy enfermo, poco antes de morir, le venía a ver todas las tardes un elefante.

Los animales en la Biblia; su destino común con el ser humano

En el establo o en la cueva de Belén, donde nació Jesús, el arte cristiano desde el siglo IV coloca dos animales, el buey y el asno. El evangelio no dice nada de esto, pero a partir de Orígenes, los Padres de la Iglesia han referido un pasaje de Isaías (1,3) y otro de Habakuk (3,2; según la Septuaginta) al nacimiento de Cristo. Así se ve representado en un fragmento de un sarcófago romano de 343, y desde el siglo VII esta convicción fue generalizándose¹⁹. El cariño popular dice que ambos animales calentaban al Niño, sin embargo, el motivo principal por el que están allí, es la palabra de los profetas. “Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo. Pero Israel no conoce, mi pueblo no discierne” (Is 1,3).

Los profetas ponen a los animales de ejemplo, lo mismo que los libros sapienciales de la Biblia. “Hasta la cigüeña en el cielo conoce su estación, y la tórtola, la golondrina o la grulla guardan el tiempo de sus migraciones, pero mi pueblo ignora el derecho de Yahvé” (Jr 8,7).

Rainer Hagen cord dice en las primeras páginas de su libro sobre Dios y los animales: “Como criaturas que nunca han tenido que abandonar el paraíso, encarnan para el ser humano un modo de existencia en la inmediatez de Dios, que puede llegar a experimentarse aquí y ahora, no tanto por medio de elevados pensamientos cuanto por una vida sencilla, vigilante y desprendida de si misma”²⁰. Después de haberse detenido largamente en Nicolás de Cusa (siglo XV), del que subraya que todavía era capaz de leer en los dos libros de la revelación, el de la naturaleza y el de la Biblia, Hagen cord termina su libro, diciendo: “Los animales nos recuerdan el contacto inmediato con Dios, que nosotros hemos perdido”²¹. En cierto modo han quedado dentro del jardín de Edén, del que el hombre fue expulsado.

A pesar de que en casi todas las páginas de la Biblia aparecen animales, la teología cristiana occidental –a diferencia de la cristiana oriental, por ejemplo, de Etiopía, Siria, Armenia y Rusia– ha obviado la relación entre Dios y naturaleza por miedo al panteísmo,

y de esta manera ha contribuido a crear un abismo entre el ser humano y el animal. Los místicos y santos, sin embargo, han experimentado esta relación sin ponerle trabas conceptuales. Hay un dicho, según el cual cada santo tiene su animal. Un santo sin bondad ni compasión para con todos los seres vivos sería un “santo raro”, un monstruo, opinan Gertrude y Thomas Sartory en su introducción a una serie de anécdotas maravillosas y sorprendentes de ermitaños con animales en Egipto, Antioquia hasta el Eufrates, Italia y así mismo en el mundo hindú y budista²².

Humanos y animales están esencialmente unidos, pues han sido creados juntos, dice la Biblia (Gen 2,18-19); además han sido salvados juntos en el arca de Noé, y con todos Dios ha sellado una alianza, expresada en el arco iris (Gen 6,5-9,17). De ahí que deba respetarse el descanso sabático de los animales (Ex 20,8-11) lo mismo que el de los humanos. “El justo conoce las necesidades de su ganado, pero las entrañas del malvado son crueles” (Pr 12,10).

El ser humano, creado a imagen de Dios, como representante de Dios, ha de ser como Él un jardinero cuidadoso y un pastor que protege y custodia. Las palabras hebreas someter (*kabas*) y dominar (*radah*), que aparecen en muchos sellos orientales, implican este significado.

Animales en sintonía con seres humanos de nuestro tiempo

Si los animales, según Hagencord, encarnan un modo de existencia en la inmediatez de Dios, al ser humano también le es posible volver a un estado de conciencia simple, inmediata, sin contenidos que la limitan, por ejemplo, a través de caminos contemplativos y de recogimiento.²³ Entonces se produce una sintonía especial entre el ser humano y el animal. Se constata con frecuencia, por ejemplo, en personas que practican zazen. Los animales lo perciben y se acercan a ellas. A los gatos les gusta sentarse junto a una persona que hace zazen. Los perros van a su encuentro.

Pero no sólo ahí se evidencia esta cercanía entre el animal y el ser humano. Se podrían contar muchas historias de nuestro tiempo. Por ejemplo, la de una perra sin dueño que iba a ver todas las tardes a un matrimonio mayor, que le daba algo de comer. Cuando la mujer se dio cuenta que la “Negrita” estaba embarazada, le puso más comida y le ponía leche en un cuenco; desde que hubo dado a luz, la perrita agarraba el cuenco con la boca y se lo llevaba. Al cabo de un tiempo apareció con un cachorrito en la boca, lo dejó en la terraza, y así uno tras otro; el matrimonio percibió esta presentación como un gesto de agradecimiento. No sólo gratitud, sino también compasión y muchas cosas más pueden sentir los animales. Cuando volví del entierro de mi padre, los mastines no saltaron de

alegría como otras veces cuando llegaba a casa, sino que me empezaron a lamer las manos.

Había en un pueblo un perro de un campesino que siempre esperaba a otro matrimonio a la entrada de un pueblo donde solían pasar el fin de semana. Eran muy amantes de los animales y con el beneplácito del campesino le hicieron una caseta para cuando estuviera con ellos. Un día el perro estuvo esperando en balde en el borde de la carretera. Entonces el domingo esperó a la salida de la iglesia, donde lo vieron algunos del pueblo, pues sabía que la mujer iba allí. Pero también fue en balde. El perro ya no se volvió a ver más. La mujer había tenido un accidente en casa y murió. Quiso ser enterrada en el pueblo. El día del entierro a algunos amigos les llamó la atención un perro que estuvo mientras la enterraban y luego desapareció.

Al desierto carmelitano de Las Batuecas se acercan a comer confiadamente jabalíes y un zorro. Hasta pueden acariciar a las crías del jabalí, y un zorro come de las manos del prior.

Es conocida la historia de San Jerónimo que sacó una espina de la pata de un león que le había pedido ayuda. Sin embargo, en la liturgia no se menciona esto, sólo sus indiscutibles méritos como traductor de la Biblia. Ni siquiera en el día que se recuerda a San Francisco de Asís se hace mención de su gran cercanía y amor a los animales. ¡Qué lástima! Va siendo hora de que esto se remedie, antes de que este distanciamiento todavía destruya más vida animal en el planeta.

Eusebio de Cesarea, que nació en Palestina alrededor de 263 y murió en 339, fue testigo ocular de la persecución de los cristianos decretada por el emperador Diocleciano en el año 303. Cuenta como las bestias, panteras, toros, osos enormes, fueron empujados hacia los mártires, y como en el último momento muchas veces daban la vuelta y no los atacaban. A veces se volvían contra los mismos agresores.²⁴ Las fieras son mansas con el santo porque éste ha vencido el animal en sí mismo.

Pero el animal también puede ser violento y caer fuera de aquella armonía paradisiaca.

Estamos embarcados en una historia común, y por lo mismo el animal también está íntimamente unido a la historia del ser humano para bien y para mal. La culpa humana también afecta al animal. La creación entera “espera ansiosamente la revelación de los hijos de Dios”, escribe San Pablo a los romanos, “gime y sufre dolores de parto” (8,19.22). La creación, toda entera, incluidos los animales, ansía que el ser humano se manifieste y comporte como lo que en el fondo es, templo del Espíritu, hijo de Dios, o, expresado en términos budistas: buda, ser despierto e iluminado.

Animales en los koan zen y en los cuentos populares

En el zen hay multitud de koan, dichos y anécdotas incomprensibles para el entendimiento lógico al que trascienden, en que aparecen, además de algunos animales domésticos, como el perro, el burro, el caballo y el buey, animales salvajes de los bosques por los que peregrinaban los monjes: leones, serpientes, zorros y tejones, elefantes, rinocerontes, tortugas, carpas y pájaros, como el águila, el cucú, el pichón o la grulla.

También en los cuentos recogidos por los Hermanos Grimm aparecen multitud de animales. Es evidente que en el tiempo en que surgen estos mitos, transmitidos de boca en boca hasta que en el siglo XIX se ponen por escrito, la gente vivía en un contacto estrecho con los animales, tanto domésticos como salvajes, y los conocía de cerca.

Aparecen palomas y pájaros en general, entre ellos, cuervos, patos y cisnes; aparecen hormigas y abejas, peces, liebres, corzos y caballos. Muchos sobresalen por sus capacidades extraordinarias y a veces por una sensibilidad especial. Aparecen a menudo como criaturas muy agradecidas y fieles.

Otros animales en ocasiones son personificaciones del mal, como el zorro y el lobo, y también el oso y el jabalí, por ejemplo. Pero en general, los animales son buenos para con las personas buenas y malos para con las malas. Los hay que representan el mal, así prácticamente siempre el dragón en Occidente; mientras que la paloma en especial representa el bien y el alma.

Hay animales dormidos como los humanos y necesitados de liberación.

Hay animales que prestan su forma a alguien para que se salve. Hay personas que por un hechizo quedan convertidas en animales, en sapos, pájaros, osos. Y otras que nacen con forma de animal, por ejemplo, de erizo o de asno.

Para este libro he escogido una serie de cuentos de los recogidos por los Hermanos Grimm, en los que aparecen siempre animales bajo alguno o varios de estos aspectos. Los comentarios a estos cuentos han surgido durante los cursos de zen, en los que a menudo presento algún cuento, pues toca el alma de una forma sorprendente orientando en el camino. Los he redactado en parte durante unos días de descanso en un lugar del Prepirineo gerundense, lleno de bosques de hayas, un paisaje parecido al de las zonas en las que han surgido esos mitos populares que llamaron tanto la atención de los Hermanos Grimm.

El libro recoge diez cuentos. Cada uno de ellos se presenta en primer lugar entero, para que el lector lo pueda conocer sin comentarios. A continuación, interrumpiendo el mismo

texto literal, me detengo en el significado y simbolismo que muchas veces pasan desapercibidos, a pesar de que, por otra parte, inciden directamente y sin necesidad de explicaciones en los arquetipos del inconsciente.

Quiero agradecer el interés de quienes escuchan estos cuentos con sus comentarios en los cursos de zen; sea el lugar que sea, siempre despiertan un profundo eco. Si no fuera por esto, seguramente nunca habría surgido la idea de ponerlos por escrito. Agradezco a Olga Castanyer, directora de la serie Serendipity de la editorial Desclée De Brouwer, el interés que ha puesto en leerlos, sus comentarios y sugerencias y a la misma editorial el publicarlos. En esta ocasión además, mi gratitud especial a Julio Pérez, profesor de Bellas Artes en la Universidad de Salamanca, por las ilustraciones. La última (Yorinda y Yoringel) está hecha por él mismo. Todas las demás por jóvenes diseñadores que han sido aventajados discípulos suyos, Antonio de Dios (Los dos hermanos), Tara Rego (El pájaro de oro), José Muñoz (El zorro y las ocas), Laura Fernández (La reina de las abejas), Ana Sansó (Juan mi erizo), David de la Fuente (La cenicienta), Ricardo Rupérez (Zarzarrosa), Pablo Gómez (El lobo y los siete cabritos) y Laura García (La oca de oro). Cada uno a su manera y con estilos originales y diferentes resalta algo esencial que ha visto en el cuento.

*Ana María Schlüter Rodés
Brihuega, enero de 2010*

1. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva* III, 55.
2. *Die Kinder- und Hausmärchen der Brüder Grimm* (Vollständige Ausgabe in der Urfassung). Vollmer Verlag, Wiesbaden s.a., 10-11.
3. Anónimo, *La nube del no-saber y el libro de la orientación particular*. Ed. Paulinas, Madrid 1988⁵, 213.
4. Pascal, Blaise, *Pensées* (Selección hecha por Reinhold Schneider). Fischer Bücherei, Frankfurt/Hamburg 1955, 277.
5. Ídem, 272.
6. Saviani, Carlo, *El Oriente de Heidegger*. Herder, Barcelona 2004.
7. Heidegger, Martin, *Über den Humanismus*, Vittorio Klostermann, Frankfurt a.M. 1947.
8. Ídem, 19.
9. Ídem, 25.
10. Jung, Carl Gustav, *Psychologie und Alchemie*. Walter-Verlag, Olten und Freiburg i.Br. 1976², 27; castellano: *Psicología y Alquimia*. Ed. Plaza Janés, Barcelona 1977, introducción.
11. *La Aurora del Zen*, Textos Zen primitivos procedentes de Tun Huang. Editorial Sirio, Málaga 1988, 29.
12. Campbell, Joseph, *The Masks of God: Primitive Mythology*. Penguin Books, New York 1991, 11.
13. Ídem, V.
14. Enomiya-Lassalle, Hugo Makibi, *¿A dónde va el hombre?* Sal Terrae, Santander 1982, 33-52; basado en: Gebser, Jean, *Ursprung und Gegenwart*. München 1973.
15. Koshiro Tamaki, en: Teruko, *Kunst aus Sein – Japanische Tuschbilder*. Prospekt für die Ausstellung. Staatliches Museum für Völkerkunde, München 1980.
16. H. M. Enomiya-Lassalle, *¿A dónde va el hombre?* Sal Terrae, Santander 1982.

- [17.](#) Miura, Isshu & Fuller Sasaki, *The Zen Koan*. Harcourt Brace Jovanovich Publishers, San Diego/New York/London 1965, 54.
- [18.](#) Gertrude und Thomas Sartory, *Ich sah den Ochsen weinen. Die Heiligen und die Tiere*. Herder, Freiburg i.Br./Basel/Wien 1979, 130ss.
- [19.](#) Forstner, Dorothea, *Die Welt der christlichen Symbole*. Tyrolia Verlag, Innsbruck/Wien/München 1982⁴, 254.
- [20.](#) Rainer Hagencord, *Gott und die Tiere, ein Perspektivenwechsel* (Dios y los animales, un cambio de perspectiva). Topos, Kevelaer 2008, 14.
- [21.](#) Ídem, 141.
- [22.](#) Gertrude und Thomas Sartory, *Ich sah den Ochsen weinen. Die Heiligen und die Tiere*, Ídem, 9.
- [23.](#) Cf Rainer Hagencord, *Ídem*, 115.
- [24.](#) Sartory, Gertrude und Thomas, *Ídem*, 36-38.

1

LOS DOS HERMANOS

(El justo sufre muchos males,
pero de todos lo libra el Señor)

Hubo una vez dos hermanos, de los que uno era rico y el otro pobre. El rico era un joyero y tenía mal corazón; el pobre se ganaba la vida haciendo escobas y era bueno y justo. El pobre tenía dos hijos gemelos que se parecían como una gota de agua a otra. De vez en cuando los niños iban a la casa del rico, y a veces les daban de comer algo de las sobras.

Sucedió que el hombre pobre, en una de las veces que fue al bosque para coger ramas, vio un pájaro completamente de oro y de tal belleza como no había visto nunca ninguno. Entonces cogió una piedrecilla, se la tiró y acertó. Sin embargo, sólo cayó una pluma de oro, mientras que el pájaro se fue volando. El hombre cogió la pluma y la llevó a su hermano. Éste la miró y dijo: “Es oro puro” y le dio mucho dinero. Al día siguiente, el hombre subió a un abedul con la intención de cortar algunas ramas, y en esto salió volando de allí el mismo pájaro; y cuando el hombre se puso a rebuscar, encontró un nido, y dentro del nido había un huevo de oro. Se llevó el huevo y se lo dio a su hermano, que volvió a decir “es oro puro” y le pagó lo que valía. Por fin el joyero dijo: “Ya me gustaría tener al mismo pájaro”. El pobre volvió por tercera vez al bosque y de nuevo vio al pájaro sentado en el árbol. Entonces cogió una piedra, lo alcanzó tirándolo al suelo y lo llevó a su hermano, que le dio por él un gran montón de oro. Ahora podré tirar adelante, pensó, y se fue muy contento a casa.

El joyero era muy listo y sabía perfectamente qué clase de pájaro era éste. Llamó a su mujer y le dijo: “Ásame el pájaro de oro y procura que no se pierda nada. Quiero comerlo yo solo”. Pero el pájaro no era un pájaro cualquiera sino de una cualidad tan maravillosa que quien comiera su corazón e hígado iba a encontrarse cada mañana una moneda de oro debajo de su almohada. La mujer preparó el pájaro, lo enfiló en una broqueta y lo puso en el asador. Sucedió entonces que mientras estaba en el fuego y la mujer se había ausentado un momento de la cocina por otros menesteres, entraron los dos niños del pobre y fueron al asador. Le dieron unas cuantas vueltas, y como se habían caído dos trocitos del pájaro a la sartén que estaba debajo, el uno dijo: “Vamos a comer esos trocitos, tengo mucha hambre, y

nadie lo notará”. Entonces se comieron los dos trancitos. En esto justo entró la mujer, que se dio cuenta que comían algo y les preguntó: “¿Qué habéis comido?”. “Dos trocitos que cayeron de dentro del pájaro”, contestaron. “Esto ha sido el corazón y el hígado” dijo la mujer muy asustada, y para que su marido no echara nada en falta y no se enfadara, mató rápidamente un pollo, le sacó corazón e hígado y los metió en el pájaro de oro. Cuando ya estuvo a punto, se lo sirvió al joyero que lo comió entero sin dejar nada. Sin embargo a la mañana siguiente, cuando buscó debajo de su almohada pensando encontrar una moneda de oro, no se encontró con ninguna.

Los niños, por otra parte, no sabían la suerte que les había caído. A la mañana siguiente al levantarse, se cayó algo al suelo que sonaba y cuando se agacharon a cogerlo, eran dos monedas de oro. Las llevaron a su padre que se extrañó mucho y se preguntaba cómo podía ser eso. Cuando a la mañana siguiente se volvieron a encontrar con otras dos monedas de oro, y así día tras día, el padre fue a ver a su hermano a contarle esa extraña historia. El joyero se dio cuenta enseguida de dónde venía eso y que los niños habían comido corazón e hígado del pájaro de oro, y para vengarse y por ser envidioso y duro de corazón, dijo al padre: “Tus hijos están aliados con el diablo, no cojas el oro y no consientas que sigan en tu casa; pues tiene poder sobre ellos y te puede llevar a la ruina”. El padre temía al Maligno y aunque le resultó muy duro, llevó a los gemelos al bosque y los abandonó con un corazón lleno de pena.

Los dos niños fueron errando por el bosque buscando el camino a casa, pero no lo pudieron encontrar, sino que se fueron perdiendo cada vez más. Por fin se encontraron con un cazador que les preguntó: “¿De quién sois?”. “Somos los niños del pobre confeccionador de escobas”, respondieron y le contaron que su padre no quiso tenerlos más en su casa porque todas las mañanas aparecía una moneda de oro debajo de su almohada. “Bueno, dijo el cazador, eso no es algo grave, con tal de que sigáis siendo honrados y no os volváis gandules”. Era un hombre bueno, los niños le cayeron en gracia y como él no tenía, se los llevó a su casa y les dijo: “Quiero ser vuestro padre y educaros”. Aprendieron el oficio de cazador, y la moneda de oro que cada uno encontraba por la mañana debajo de su almohada la fue guardando para cuando en el futuro les hiciera falta.

Cuando ya se hubieron hecho mayores, un día su padre adoptivo se los llevó al bosque y les dijo: “Hoy tenéis que hacer un tiro de prueba para que os pueda examinar y autorizar como cazadores”. Se fueron con él al mirador, esperaron mucho tiempo, pero no se acercó ningún animal. El cazador miró hacia arriba y vio pasar

una manada de gansos salvajes que volaban en forma de triángulo. Le dijo al primero: “Abate uno de cada esquina”. Este lo hizo y pasó el examen. Poco después pasó otra cadena, que tenía la forma del número dos. Entonces el cazador le mandó al segundo abatir a su vez uno de cada esquina. También éste consiguió su tiro de prueba. Entonces el padre adoptivo dijo: “Os dejo libres, ahora sois cazadores formados”.

Los dos hermanos entonces entraron en el bosque a deliberar y tomaron una decisión. Cuando por la noche se hubieron sentado a la mesa a cenar, dijeron a su padre adoptivo: “No tocaremos la comida ni comeremos un bocado hasta que nos haya concedido una petición”. “¿Cuál es vuestra petición?”. “Hemos terminado nuestra formación, ahora tenemos que probarnos en el mundo, por eso, permitidnos que nos vayamos a recorrer el mundo”. Entonces el anciano dijo muy contento: “Estáis hablando como cazadores hechos y derechos. Lo que estáis pidiendo ha sido mi propio deseo; poneros en camino, os irá bien”. Luego se pusieron a comer y beber alegremente.

Cuando llegó el día de partir, el padre adoptivo regaló a cada uno una buena escopeta y un perro y los invito a que cogieron cuantas monedas de oro quisieran de las que había ido guardando. Les acompañó un trozo y antes de despedirse todavía les dio un cuchillo brillante diciendo: “Si alguna vez os vais a separar, clavad ese cuchillo en un árbol en el lugar en que os separéis; de esta manera el que vuelva a ese lugar podrá saber cómo está su hermano ausente; pues si el lado hacia el que marchó el hermano está oxidado, habrá muerto, de lo contrario seguirá brillante”.

Los hermanos siguieron su camino alejándose cada vez más y se adentraron en un bosque tan grande que era imposible atravesarlo en un solo día. Por lo tanto pasaron la noche en él y comieron lo que llevaban en el morral de cazador. Caminaron otro día más y tampoco lograron salir del bosque. Como ya no tenían nada para comer, uno dijo: “Tenemos que cazar algo, de lo contrario vamos a pasar hambre”. Dicho esto, cargó su escopeta y miró alrededor. En esto que apareció una vieja liebre, pero al apuntarle, la liebre exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Se metió entre los matorrales y apareció acto seguido con dos crías. Los animalitos jugaban tan alegres y eran tan graciosos que los cazadores fueron incapaces de matarlos. Por lo tanto acogieron a las pequeñas liebres que empezaron a seguirles a pies juntillas. Al poco pasó sigilosamente un zorro. Al quererlo abatir, el zorro

exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Y efectivamente trajo dos crías, que los cazadores tampoco quisieron matar, por lo que los dieron de compañía a las liebres y también les siguieron. No había pasado mucho tiempo cuando salió un lobo de la espesura. Los cazadores le apuntaron, pero el lobo exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Los cazadores juntaron los dos lobeznos con los otros animales y siguieron su camino. En esto que apareció un oso, que tenía ganas de seguir todavía algún tiempo recorriendo el bosque y exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Los dos oseznos fueron añadidos a los demás animales, y ya eran ocho entre todos. En esto que apareció un león agitando su melena. Pero los cazadores no se asustaron y le apuntaron. Entonces el león también exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Va y coge dos pequeños leones; y ahora los cazadores tenían dos leones, dos oseznos, dos lobeznos, dos zorros y dos liebres, que les seguían y servían. Sin embargo, a todo esto no se había calmado su hambre. Así que se dirigieron a los zorros: “Escuchad, vosotros que os sabéis escurrir sigilosamente, que sois astutos y listos, procuradnos algo de comer”. Contestaron ellos: “No lejos de aquí hay un pueblo, donde ya hemos ido a coger alguna que otra gallina; os vamos a enseñar el camino”. Llegaron al pueblo, compraron algo de comer y también consiguieron comida para sus animales y luego siguieron caminando. Los zorros conocían muy bien aquella zona, sabían donde estaban los gallineros, y pudieron orientar en todo momento a los cazadores.

Así siguieron una temporada, pero no podían encontrar ningún empleo donde estar juntos. Entonces dijeron: “No hay más remedio, nos tenemos que separar”. Dividieron los animales de modo que cada uno tuviera un león, un oso, un lobo, un zorro y una liebre. Luego se despidieron prometiéndose amor fraterno hasta la muerte y clavaron el cuchillo, que les había dado su padre adoptivo, en un árbol, después de lo cual uno partió hacia levante y el otro hacia poniente.

El cazador más pequeño llegó con sus animales a una ciudad toda ella cubierta de crespón negro. Fue a una posada donde preguntó si podría hospedarse con sus animales. El dueño les asignó un establo, en que había un agujero. Por allí salió la liebre a coger una col, el zorro fue a por una gallina y luego también por el gallo; pero el lobo, el oso y el león eran tan grandes que no cabían por el agujero. Entonces el posadero les hizo llevar a un prado donde había una vaca, y comieron hasta hartarse. Cuando ya había procurado comida para sus animales, el cazador preguntó por qué toda la ciudad estaba enlutada con crespón negro. El posadero contestó: “Mañana ha de morir la hija única del rey”. “¿Está muy enferma?”. “No, está perfectamente sana, pero tiene que morir”. “¿Cómo puede ser eso?”. “Allá fuera de la ciudad hay una montaña alta en que vive un dragón; todos los años ha de entregársele una doncella, de lo contrario devasta el país. Ya se han entregado todas las doncellas, y sólo queda la princesa. No hay perdón; hay que entregarla y eso ha de ser mañana”. “¿Por qué no matan al dragón?”. “Ya lo han intentado muchos caballeros y todos han perdido su vida; el rey ha prometido la mano de su hija al que venciere el dragón y además el reino después de su muerte”.

Sin hacer ningún comentario, a la mañana siguiente reunió a sus animales y subió con ellos a la montaña del dragón. Arriba había una ermita y en el altar tres copas llenas con un escrito al lado que decía: “Quien beba estas copas se convertirá en el hombre más fuerte del mundo y podrá blandir la espada que está enterrada en el umbral”. El cazador no bebió, salió afuera a buscar la espada en la tierra, pero fue incapaz de moverla. Entonces volvió, bebió las tres copas y tuvo la fuerza suficiente para coger la espada, y su mano pudo manejarla fácilmente.

Cuando llegó la hora en que la princesa debía ser entregada al dragón, la acompañaron el rey, el mariscal y cortesanos. Desde lejos veían el cazador en lo alto de la montaña pensando que sería el dragón que la esperaba. Al principio la princesa no quería subir, pero por fin tuvo que emprender el difícil camino, porque de lo contrario hubiera sido la perdición de toda la ciudad. El rey y los cortesanos volvieron profundamente entristecidos, pero el mariscal del rey debía quedarse a presenciarlo todo desde lejos.

Cuando la princesa llegó arriba, no estaba el dragón sino el joven cazador. Éste la consoló y dijo que la quería salvar, la llevó a la ermita y la encerró. Al poco llegó volando con gran estruendo el dragón de siete cabezas. Al ver al cazador se extrañó y dijo: “¿Qué tienes tú que ver aquí en la montaña?”. “Quiero luchar contigo”. “Muchos caballeros han perdido aquí su vida, contigo también podré”, y empezó a

respirar fuego por sus siete bocas. El fuego debía encender la hierba seca para que el cazador se asfixiara con el humo y el calor, pero acudieron sus animales y fueron pisando el fuego hasta apagarlo. Entonces el dragón fue contra el cazador, pero éste blandió su espada haciendo silbar el aire y le cortó tres cabezas. El dragón se enfureció todavía más, se levantó en el aire y echó fuego contra el cazador con la intención de abalanzarse sobre él, pero el cazador volvió a blandir su espada y le cortó otras tres cabezas. El monstruo perdió fuerza y aterrizó, pero aún quiso arremeter de nuevo contra el cazador, el cual con las últimas fuerzas que le quedaban le cortó la cola. Y como ya no podía luchar más, llamó a sus animales, que se encargaron de despedazar al dragón.

Cuando hubo terminado la lucha, el cazador abrió la ermita y se encontró con la princesa en el suelo, pues se había desmayado de miedo y horror. La cogió y llevó afuera y cuando volvió en sí y abrió los ojos, le enseñó el dragón despedazado y le dijo que ya estaba salvada. Ella se alegró y dijo: “Ahora serás mi querido esposo, porque mi padre me ha prometido a quien matara al dragón”. A continuación cogió su cadena de corales y la repartió entre los animales, para recompensarles, y el león recibió el cierre de oro. El pañuelo en que estaba bordado su nombre lo regaló al cazador, el cual fue a cortar las lenguas de las siete cabezas del dragón y las envolvió en el pañuelo y lo guardó bien.

Como estaba tan cansado y exhausto del fuego y de la lucha, dijo a la doncella: “Estamos ambos tan exhaustos y cansados, vamos a dormir un poco”. Ella asintió y se tumbaron en el suelo. El cazador dijo al león: “Has de vigilar para que nadie nos asalte mientras dormimos”, y se durmieron. El león se tumbó al lado, pero también estaba muy cansado de la lucha, así que llamó al oso y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el oso se tumbó a su lado, pero como también estaba cansado llamó al lobo y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el lobo se echó al lado suyo, pero como también estaba cansado, llamó a zorro y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el zorro se echó al lado suyo, pero como también estaba cansado, llamó a la liebre y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces la pobre liebre se sentó a su lado, pero la pobre liebre también estaba cansada y no tenía nadie a quien pudiera llamar para vigilar, y se quedó dormida. De modo que allí quedaron dormidos la princesa, el cazador, el león, el oso, el lobo, el zorro y la liebre.

El mariscal, que debía observar todo desde lejos, al no ver que el dragón se iba volando con la princesa y que en la montaña no se movía nada, se animó a subir. Ahí estaba el dragón destripado y hecho pedazos en el suelo y no muy lejos la princesa y un cazador con sus animales, todos ellos sumidos en un profundo sueño. Y como era malo y no tenía piedad, cogió su espada y cortó la cabeza del cazador, cogió la doncella y la bajó de la montaña. Ella se despertó y se asustó. El mariscal dijo: “Estás en mis manos y has de decir que he sido yo quien ha matado el dragón”. “No puedo hacer esto, porque lo ha hecho un cazador con sus animales”. Entonces sacó su espada y la amenazó con la muerte si no le obedecía, obligándola de esta manera a que lo prometiera.

Luego la condujo al rey que no cabía en sí de alegría la ver a su querida hija que creía devorada por el dragón. El mariscal dijo: “He matado el dragón y he liberado al reino entero, por esto exijo que se me de la princesa de esposa, como ha sido prometido. El rey preguntó a la doncella: “¿Es verdad lo que dice?”. “Ay sí, tendrá que ser verdad, pero pongo como condición que la boda no se celebre hasta dentro de una año”. Pues esperaba llegar a saber algo de su querido cazador en el entretiem po.

En la montaña del dragón los animales seguían durmiendo al lado de su señor muerto. En eso que llegó un gran abejorro y se posó en la nariz de la liebre; pero ella lo espantó con su pata y siguió durmiendo. El abejorro llegó por segunda vez, pero la liebre volvió a espantarlo con su pata y siguió durmiendo. Entonces llegó por tercera vez y le pinchó en la nariz de tal manera que se despertó. En cuanto que hubo despertado, la liebre despertó al zorro, el zorro al lobo, el lobo al oso, el oso al león. Cuando el león vió que la princesa había desaparecido y que su señor estaba muerto, empezó a rugir terriblemente y gritó: “¿Quién ha hecho esto? Oso ¿por qué no me has despertado?”. El oso preguntó al lobo: “¿Por qué no me has despertado?”. Y el lobo al zorro: “¿Por qué no me has despertado?”. Y el zorro a la liebre: “¿Por qué no me has despertado?”. La pobre liebre no sabía qué contestar y toda la culpa cayó sobre ella. Entonces quisieron abalanzarse sobre ella, pero ella dijo: “No me matéis, quiero hacer revivir a nuestro señor. Conozco una montaña en la que crece una raíz, quien la tiene en la boca se cura de todos los males y heridas. Pero la montaña está a doscientas horas de aquí”. Dijo el león: “En veinticuatro horas tienes que haber ido y vuelto y traer la raíz”.

Entonces la liebre saltó y echó a correr y en veinticuatro horas estuvo de vuelta con la raíz. El león colocó de nuevo la cabeza al cazador, la liebre le metió la raíz en

la boca; y de pronto todo se juntó, el corazón empezó a latir de nuevo y volvió la vida. El cazador se asustó al no ver la doncella y pensó: “Se habrá ido mientras yo dormía para librarse de mí”.

El león, con las prisas, le había puesto la cabeza al revés, pero el cazador no se dio cuenta pues pensaba muy entristecido en la hija del rey. Fue en la comida cuando se dio cuenta que la cabeza miraba atrás y como no lo podía comprender, preguntó a los animales qué le había pasado mientras había estado dormido. Entonces el león le contó que ellos también se habían dormido de cansancio y que al despertar se lo habían encontrado muerto y con la cabeza cortada, que la liebre había ido a buscar la raíz de la vida, y que él con las prisas había colocado la cabeza al revés; pero que estaba dispuesto a enmendar su falta. Entonces arrancó la cabeza del cazador, le dio la vuelta y la liebre lo curó con la raíz de la vida.

Sucedió que justo al año volvió a pasar por la misma ciudad donde había salvado a la princesa del dragón, y esta vez toda la ciudad estaba adornada de rojo púrpura. Preguntó al posadero: “¿Qué significa esto? Hace un año estaba toda llena de crespón negro. ¿A qué viene hoy el rojo púrpura?”. Hace un año la hija de nuestro rey debía ser entregada al dragón, pero el mariscal luchó con él y lo mató; así que mañana se va a celebrar la boda. Por eso hace un año la ciudad estaba cubierta de crespón negro y ahora lo está de rojo púrpura”.

Al día siguiente, cuando iba celebrarse la boda, el cazador dijo al mediodía al hospedero: “A que hoy voy a comer aquí en su fonda, señor hospedero, pan de la mesa real”. “Apuesto cien monedas de oro que eso no es verdad”, dijo el hospedero. El cazador aceptó la apuesta y puso un bolso con otras tantas monedas de oro al lado. Luego llamó a la liebre y le dijo: “Anda, buena saltadora, ve a buscarme pan del que come el rey”. Como era la más insignificante, no podía encargarlo a nadie más y tuvo que ponerse en camino ella misma. “Cuando salte sola por las calles los perros de los carniceros me perseguirán”, así pensó y así fue. Los perros corrieron detrás de ella a morderla, pero ella se refugió dando grandes saltos en la caseta de la guardia, sin que el soldado lo notara. Llegaron los perros y quisieron sacarla, pero el soldado no estaba para bromas y les dio con la culata de manera que se fueron gritando y aullando. Cuando la liebre vio que el terreno estaba despejado, entró en el palacio, directamente a donde estaba la princesa, se sentó debajo de su silla y la rascó en el pie. “Vete de aquí”, dijo la princesa pensando que era su perro. La liebre volvió a rascarla por segunda vez, y la princesa repitió: “¡Vete de aquí!”. Pero la liebre no se dio por vencida y la rascó por tercera vez. Entonces la princesa se inclinó y

reconoció a la liebre por su collar. La cogió en brazos y la llevó a su alcoba. “¿Qué quieres, querida liebre?” le preguntó. “Mi señor, que ha matado el dragón, está aquí y me envía; he de pedir un pan como lo come el rey”. Al oírlo se llenó de alegría y mandó recado al panadero que trajera un pan como lo come el rey. “Pero el panadero me lo ha de llevar allí, para que los perros de los carniceros no me hagan nada”, dijo la liebre. El panadero se lo llevó hasta la puerta de la fonda y entonces la liebre se puso de pie en sus patas traseras, cogió la cesta con las patas delanteras y la llevó a su señor. “Ya ve, señor posadero, las cien monedas de oro son mías”. El posadero se quedó asombrado, pero el cazador aún dijo: “Bien, señor posadero, ahora ya tengo pan, pero también quiero comer del asado del rey”. “Eso ya lo veremos”, dijo el posadero, pero esta vez no se atrevió a apostar. El cazador llamó al zorro y le dijo: “Zorrito, ve a buscarme asado como lo come el rey”. El zorro conocía mejor los caminos escondidos, rincones y esquinas donde no le podían descubrir los perros, se sentó debajo de la silla de la princesa y la rascó en el pie. Ella se agachó y reconoció al zorro por el collar; se lo llevó a su alcoba y le dijo:

“¿Qué quieres, querido zorro?” le preguntó. “Mi señor, que ha matado el dragón, está aquí y me envía; he de pedir asado como lo come el rey”. Entonces encargó al cocinero que hiciera un asado como lo come el rey y que lo llevara hasta la puerta. Allí el zorro le cogió la fuente y, después de ahuyentar con su cola las moscas que se habían sentado encima, se lo entregó a su señor.

Al terminar de comer con sus animales dijo al posadero: “Ahora que he comido y bebido igual que el rey, voy a ir al palacio y casarme con la hija del rey”. El posadero preguntó: “¿Cómo va a poder ser eso, si ella ya tiene novio y hoy se celebra la boda?” Entonces el cazador sacó el pañuelo en que había envuelto las siete lenguas del dragón y dijo: “Eso que sostengo en la mano me va a ayudar”. “Aunque crea todo, eso no lo creo y apuesto mi casa y bienes”. El cazador cogió una bolsa con mil monedas de oro, la colocó en la mesa y dijo: “Eso es lo que yo juego”.

Mientras tanto, el rey sentado en la mesa real preguntó a su hija: “¿Qué querían esos animales salvajes que han venido aquí, entrando y saliendo de mi palacio? – “No lo puedo decir, pero haréis bien en enviar un mensaje al señor de estos animales para hacerle venir”. El rey envió un sirviente a la posada para invitar al desconocido. El criado llegó justo en el momento en que el posadero y el cazador habían hecho la apuesta. “Ya ve, señor posadero, el rey envía un criado para invitarme, pero de esta manera aún no voy a ir”. Y dirigiéndose al sirviente dijo: “Ruego al rey me envíe vestidos reales, una carroza con seis caballos y criados para atenderme”. Cuando el

rey oyó la respuesta, preguntó a su hija: “¿Qué he de hacer?” – “Haréis bien en irlo a buscar como os lo ha pedido”. El rey así lo hizo.

Cuando el cazador vio llegar a los criados, se puso los vestidos reales, cogió el pañuelo con las lenguas del dragón, subió a la carroza y fue a palacio. Cuando el rey lo vio venir preguntó a su hija: “¿Cómo lo he de recibir?”. “Haréis bien en salir a su encuentro”. Entonces el rey fue a su encuentro y lo subió al palacio, y todos los animales le seguían. El rey le asignó un lugar entre él y su hija. El mariscal, como novio, estaba sentado al otro lado, pero no lo reconoció. Justo en aquel momento se mostraron las siete cabezas del dragón, y el rey dijo: “Estas siete cabezas las ha cortado el mariscal al dragón, por esto hoy le doy como esposa a mi hija. Entonces se levantó el cazador, abrió las fauces del dragón y preguntó: “¿Dónde están las lenguas del dragón?”. El mariscal se asustó, quedó pálido y no supo qué decir. Por fin el miedo le hizo decir: “Los dragones no tienen lenguas”. El cazador dijo: “Los mentirosos no deberían tener, pero las lenguas del dragón son la señal del vencedor”, a la vez que desenvolvía el pañuelo. Ahí estaban las siete lenguas; colocó una en cada una de las fauces y encajaban perfectamente. Luego cogió el pañuelo, en que estaba bordado el nombre de la princesa, y le preguntó a quién se lo había entregado. “Al que mató el dragón”, dijo ella. A continuación llamó a sus animales, cogió la cadena de cada uno y el león el cierre, lo enseñó a la princesa y preguntó de quién era. Ella contestó: “la cadena y el cierre eran míos, yo los repartí entre los animales que habían ayudado a vencer el dragón”.

El rey preguntó a su hija: “¿Es verdad que éste ha matado el dragón?”. “Sí, es verdad, ahora puedo revelar la infamia del mariscal, ya que ha salido a relucir sin mi intervención, ya que me había arrancado la promesa de callar. Por eso yo pedí que la boda se aplazara un año”. Entonces el rey mandó reunir a doce consejeros para que juzgaran al mariscal, y lo condenaron a ser descuartizado por cuatro bueyes.

El rey entregó su hija al cazador y lo nombró gobernador para todo su reino. La boda se celebró con gran alegría. El joven rey hizo venir a su padre y a su padre adoptivo y los llenó de regalos. Tampoco se olvidó del posadero, al que dijo: “Ya ve, señor posadero, me he casado con la hija del rey, y su casa y bienes ahora me pertenecen”. “Eso sería lo justo”, dijo el posadero. Pero el joven rey añadió: “Que rija la gracia: casa y bienes sigan siendo suyos y le regalo además las mil monedas de oro”.

El joven rey y la joven reina estaban contentos y felices viviendo juntos. Él salía a menudo a cazar, pues era su alegría, y los animales le tenían que acompañar. Cerca

del palacio había un misterioso bosque del que se decía que una vez dentro, no se volvía a salir fácilmente. El joven rey, sin embargo, sentía un deseo muy grande de cazar allí y no dejó de marear al anciano rey hasta que se lo permitió. Entonces salió con un gran séquito y cuando llegó al bosque, vio una cierva blanca como la nieve y dijo a su gente: “Esperaos aquí hasta que vuelva, quiero perseguir a este bello animal”. Luego entró en el bosque sólo acompañado de sus animales. El séquito lo estuvo esperando hasta la noche, pero no volvió. Entonces volvieron a palacio y dijeron a la joven reina: “El joven rey ha perseguido en el bosque encantado a una cierva blanca y no ha vuelto”. Ella se quedó profundamente preocupada por su suerte.

Había estado persiguiendo al bello venado sin conseguir alcanzarlo. Cuando le parecía que estaba a un tiro, ya estaba saltando otra vez a gran distancia, y al final desapareció del todo. Entonces se dio cuenta que se había internado en lo más profundo del bosque. Tocó su corneta, pero nadie contestó, pues su séquito no lo podía oír. Como ya se hacía de noche y veía que no podrían llegar ese día, bajó de su caballo, encendió una lumbre cerca de un árbol para disponerse a pasar la noche. Cuando estuvo sentado junto al fuego y los animales se hubieron tumbado al lado suyo, le pareció oír una voz humana. Miró alrededor, pero no veía nada. Al cabo de un rato volvió a oír un gemido como si viniera de arriba. Miró hacia arriba y vio a una mujer vieja sentada en el árbol que no dejaba de quejarse diciendo: “¡Ay, qué frío tengo! ¡Ay, qué frío tengo!”. Le dijo: “Baja y caliéntate, si tienes frío”. “No, tus animales me van a morder”. “No te van a hacer nada, madrecita, bájate tranquila”. Pero era una bruja y dijo: “Voy a echarte una rama del árbol; si les das con ella en la espalda, no me harán nada”. Se la echó, y él la cogió y tocó a sus animales. En seguida quedaron inmóviles, convertidos en piedras. Al verse segura, saltó del árbol, tocó también al cazador con una rama y lo convirtió en una piedra. Riéndose maliciosamente llevó las piedras a una zanja donde ya había otras piedras como éstas.

Al no volver el joven rey, el miedo y la preocupación de la joven reina fueron creciendo de día en día.

Sucedió que justo en ese tiempo llegó al reino el hermano gemelo que había ido hacia oriente cuando se separaron. Había estado buscando donde ofrecer sus servicios, pero no había encontrado nada, por lo que había ido yendo de un lado a otro haciendo bailar a sus animales. En esto estaba cuando un día se le ocurrió ir a mirar cómo estaba el cuchillo que al separarse habían clavado en un árbol, para

poder averiguar la suerte del otro hermano. Cuando llegó al lugar vio que el lado de su hermano estaba medio oxidado y medio brillante. Se asustó y pensó: “A mi hermano le ha de haber sucedido un gran desgracia, pero quizás todavía lo puedo salvar, ya que la mitad de la hoja del cuchillo sigue brillante”.

Se encaminó con sus animales hacia occidente y cuando llegó a la puerta de la ciudad, le saludó la guardia y le preguntó si quería que avisaran a su esposa; que la joven reina ya llevaba unos días angustiada al no volver, y estaba temiendo que hubiera muerto en el bosque encantado. Pues la guardia creía que era el joven rey en persona, tanto se le parecía y también llevaba a los animales salvajes detrás de él. Entonces se dio cuenta que estaban hablando de su hermano y le pareció lo mejor presentarse como si fuera él porque de esta manera seguramente lo podría salvar mejor. La guardia le escoltó a palacio, y allí fue recibido con gran alegría. La joven reina estaba convencida que era su marido y le preguntó por qué se había ausentado tanto tiempo. “Me había perdido en el bosque y no pude encontrar la salida hasta ahora”. Por la noche le acompañaron a la cama real, pero él puso una espada de doble filo entre él y la joven reina; ella no comprendía qué significaba aquello, pero no se atrevía a preguntar.

Él se quedó unos días y mientras fue averiguando todo acerca del bosque encantado. Por fin dijo: “Tengo que volver a cazar allí”. El rey y la joven reina quisieron disuadirlo, pero él insistió y se puso en camino con un gran séquito. Cuando llegó al bosque le pasó lo mismo que a su hermano. Vio una cierva blanca y dijo a su séquito: “Quedaos aquí esperando hasta que vuelva; quiero perseguir este bello venado”. Entró en el bosque y sus animales le siguieron. Pero no pudo alcanzar la cierva. Se internó tan profundamente que tuvo que pernoctar allí mismo. Cuando hubo encendido un fuego, oyó unos gemidos por encima de él: “¡Ay, qué frío tengo! ¡Ay, qué frío tengo!”. Miró hacia arriba y vio a la vieja bruja arriba en el árbol. Le dijo: “Baja, madrecita, y caliéntate”. “No, tus animales me van a morder”. “No te van a hacer nada”. “Voy a echarte una rama del árbol; si les das con ella, no me harán nada”. Cuando el cazador oyó esto, no se fió de la vieja y dijo: “Yo no pego a mis animales. Bájate o te voy a buscar”. “¿Qué te propones? A mí no me haces nada”. “Si no vienes, te bajo de un tiro”. “Tus balas no me asustan”. Entonces le apuntó y disparó, pero la bruja estaba inmune contra las balas de cobre; empezó a reír a carcajadas y gritó: “No me vas a dar”. El cazador se dio cuenta y sabía el remedio, arrancó tres botones de plata de su capa y cargó su escopeta, pues allí no podían llegar sus artes. Y cuando disparó enseguida cayó dando grandes gritos. El le

puso encima el pie y dijo: “Vieja bruja, si no confiesas inmediatamente dónde está mi hermano, te cojo con las dos manos y te echó al fuego. Entonces ella tuvo mucho miedo, pidió clemencia y dijo: “Está en una zanja convertido en piedra con sus animales”. Entonces él la obligó a acompañarle a la zanja, la amenazó y dijo: “Vieja macaco, inmediatamente devuelves la vida a mi hermano y a todos las criaturas que yacen aquí o te echó al fuego”. Ella cogió una rama y tocó las piedras; entonces su hermano con sus animales volvió a la vida; y muchos otros, mercaderes, artesanos, pastores, resucitaron, agradecieron su liberación y volvieron a casa. Los hermanos gemelos, al verse de nuevo, se besaron y alegraron de corazón. Luego cogieron la bruja, la ataron y la echaron al fuego; cuando se hubo con sumido, el bosque de pronto se abrió y se volvió luminoso y claro, de modo que se podía ver el palacio desde una distancia de tres horas de camino.

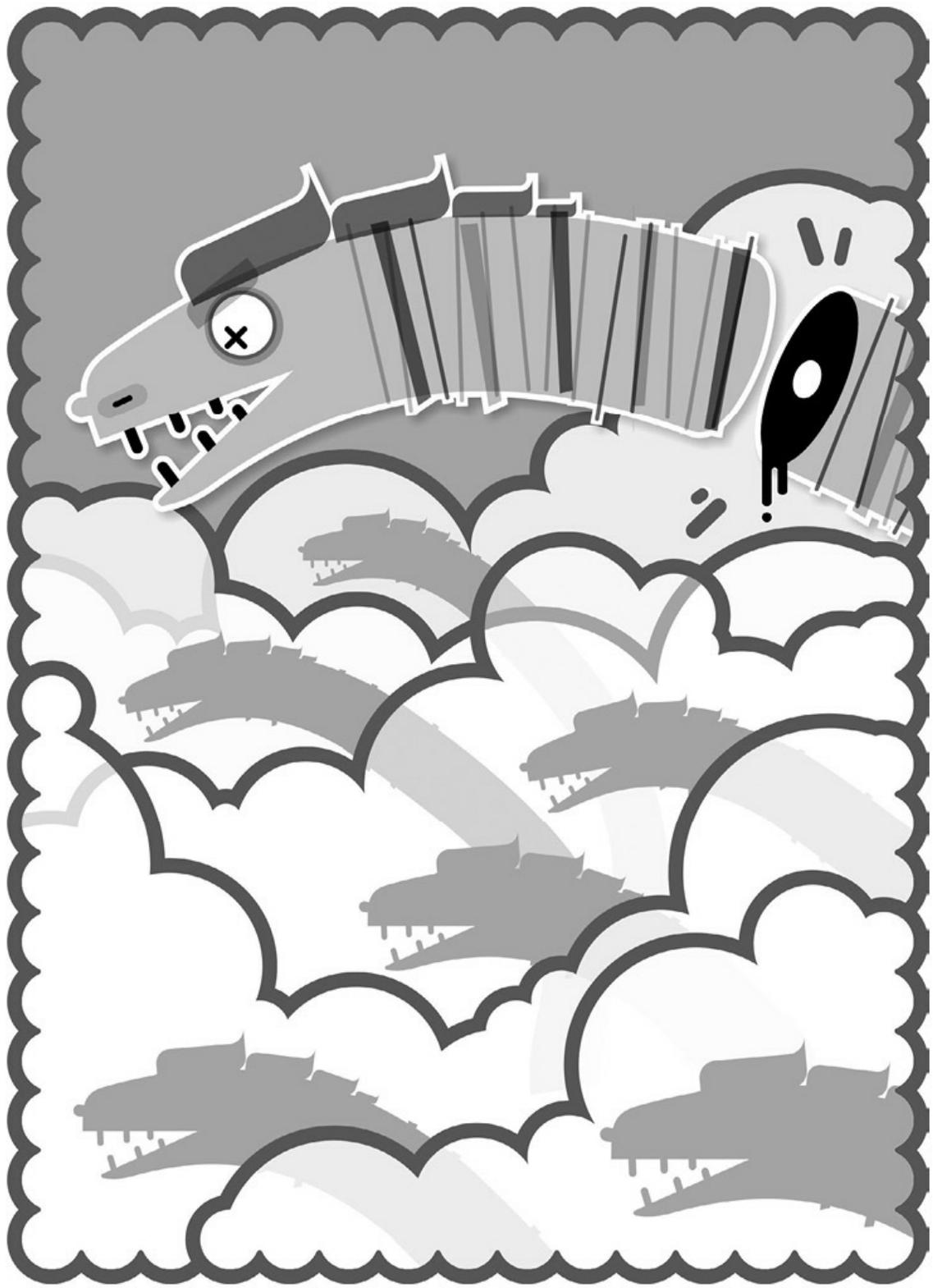
Entonces los dos hermanos volvieron juntos a casa y por el camino se contaron la suerte que habían corrido cada uno. Cuando el más pequeño dijo que era el lugarteniente del rey en todo el país, el otro contestó: “Ya lo he notado, porque cuando llegué a la ciudad, me confundieron contigo y me dispensaron honores reales. La joven reina me consideró su marido y tuve que comer a su lado y dormir en tu cama”. Cuando el otro oyó esto, tuvo un arrebato de celos y de ira tan grande que cogió la espada y le cortó la cabeza a su hermano. Pero cuando lo vio allí muerto y desangrándose se arrepintió profundamente: “Mi hermano me ha salvado”, exclamó, “y yo lo he matado”, se quejaba lastimosamente. Entonces acudió su liebre y se ofreció para ir a buscar la raíz de la vida. Se fue corriendo dando saltos, y volvió justo a tiempo para que el muerto retornara a la vida; y no se notaba nada de la herida.

Después de esto siguieron adelante, y el más pequeño dijo: “Tienes el mismo aspecto que yo, llevas vestidos reales como yo, te siguen los animales como a mí; vamos a entrar por dos puertas opuestas a la ciudad y llegar al mismo tiempo ante el anciano rey. Así pues se separaron, al anciano rey le llegó al mismo tiempo la guardia de una y otra puerta para anunciar que el joven rey había vuelto de la cacería con sus animales”. “No es posible, dijo el rey, las puertas están a una hora de distancia”. Pero en esto ya entraban los dos hermanos al patio real desde dos lados distintos y ambos subieron al palacio. Entonces el rey preguntó a su hija: “¿Dime, cuál de ellos es tu marido? Uno y otro tienen el mismo aspecto. Yo no los distingo”. Ella se sintió muy angustiada y tampoco era capaz de decirlo. De pronto se acordó del collar que había entregado a los animales; se agachó a buscar y descubrió el cierre de oro que

había dado al león. Entonces exclamó muy contenta: “Al que pertenece este león, éste es mi verdadero marido”. El joven rey se rió y dijo: “Así es, éste es el verdadero”. Se sentaron juntos a la mesa, comieron y bebieron y estuvieron muy felices. Por la noche, cuando el joven rey se acostó, su esposa preguntó: “¿Por qué en las noches pasadas siempre ponías una espada de doble filo en nuestra cama? Creí que me querías matar”. Ahí se dio cuenta, cuán fiel había sido su hermano.



Hay varios cuentos en los que aparecen zorros. En el caso del de *Los dos hermanos* el zorro aparece, junto con la liebre, el lobo, el oso y el león, como animal agradecido que se acuerda toda la vida de que un ser humano le ha salvado la vida y se lo recompensa con una fidelidad inquebrantable valiéndose de su particular talento, que hace bien al bueno y mal al malo. También en este cuento, como en el del *Pájaro de oro*, aparece un pájaro de oro. El pájaro ya de por sí siempre está relacionado con lo trascendente, por sus alas que le elevan rápidamente; en este caso el oro lo acentúa aún más.



La pluma de oro

Hubo una vez dos hermanos, de los que uno era rico y el otro pobre. El rico era un joyero y tenía mal corazón; el pobre se ganaba la vida haciendo escobas y era bueno y justo. El pobre tenía dos hijos gemelos que se parecían como una gota de agua a otra. De vez en cuando los niños iban a la casa del rico, y a veces les daban de comer algo de las sobras. Sucedió que el hombre pobre, en una de las veces que fue al bosque para coger ramas, vio un pájaro completamente de oro y de tal belleza como no había visto nunca ninguno. Entonces cogió una piedrecilla, se la tiró y acertó. Sin embargo, sólo cayó una pluma de oro, mientras que el pájaro se fue volando. El hombre cogió la pluma y la llevó a su hermano. Éste la miró y dijo “es oro puro” y le dio mucho dinero. Al día siguiente, el hombre subió a un abedul con la intención de cortar algunas ramas, y en esto salió volando de allí el mismo pájaro; y cuando el hombre se puso a rebuscar, encontró un nido, y dentro del nido había un huevo de oro. Se llevó el huevo y se lo dio a su hermano, que volvió a decir “es oro puro” y le pagó lo que valía. Por fin el joyero dijo: “Ya me gustaría tener al mismo pájaro”. El pobre volvió por tercera vez al bosque y de nuevo vio al pájaro sentado en el árbol. Entonces cogió una piedra, lo alcanzó tirándolo al suelo y lo llevó a su hermano, que le dio por él un gran montón de oro. Ahora podré tirar adelante, pensó, y se fue muy contento a casa.

Tres veces, es decir todas las veces que hiciera falta, un pobre, que se sabía necesitado, sale al bosque, a la vida con sus oscuridades y sus oportunidades, y al final consigue no sólo la pluma, ni siquiera sólo el huevo, sino el pájaro de oro entero. Sin embargo, aunque había sido suyo, ya no le es. Fue a parar a las manos de otro, y en lugar del pájaro de oro se quedó con un sucedáneo, monedas, muchas, pero sólo eso; algo muerto, que no asciende volando al cielo y es vivo. Hasta aquí el cuento narra el origen: un ser humano que al principio, que quiere decir en principio, aunque es pobre lo tiene todo, pero lo pierde. La explicación del por qué de esa pérdida está en su ignorancia e ingenuidad ante el mal.

Sin embargo, algo ha quedado del pájaro de oro, y al final llevará al ser humano a encontrarse con un tesoro todavía mayor, pues se convertirá en rey, mejor dicho, llegará a ser lo que es desde siempre aunque ahora tiene aspecto de pobre. Para poder darse cuenta de esto, hay que recordar que en estos mitos populares que son los cuentos, todos los personajes, humanos y animales, son uno mismo.

Perdida del pájaro de oro y promesa

El joyero era muy listo y sabía perfectamente qué clase de pájaro era éste. Llamó a

su mujer y le dijo: “Ásame el pájaro de oro y procura que no se pierda nada. Quiero comerlo yo solo”. Pero el pájaro no era un pájaro cualquiera sino de una cualidad tan maravillosa que quien comiera su corazón e hígado iba a encontrarse cada mañana una moneda de oro debajo de su almohada. La mujer preparó el pájaro, lo enfiló en una broqueta y lo puso en el asador. Sucedió entonces que mientras estaba en el fuego y la mujer se había ausentado un momento de la cocina por otros menesteres, entraron los dos niños del pobre y fueron al asador. Le dieron unas cuantas vueltas, y como se habían caído dos trocitos del pájaro a la sartén que estaba debajo, el uno dijo: “Vamos a comer esos trocitos, tengo mucha hambre, y nadie lo notará”. Entonces se comieron los dos trocitos. En esto justo entró la mujer, que se dio cuenta que comían algo y les preguntó: “¿Qué habéis comido?”. “Dos trocitos que cayeron de dentro del pájaro”, contestaron. “Esto ha sido el corazón y el hígado” dijo la mujer muy asustada, y para que su marido no echara nada en falta y no se enfadara, mató rápidamente un pollo, le sacó corazón e hígado y los metió en el pájaro de oro. Cuando ya estuvo a punto, se lo sirvió al joyero que lo comió entero sin dejar nada. Sin embargo a la mañana siguiente, cuando buscó debajo de su almohada pensando encontrar una moneda de oro, no se encontró con ninguna.

Los niños, por otra parte, no sabían la suerte que les había caído. A la mañana siguiente al levantarse, se cayó algo al suelo que sonaba y cuando se agacharon a cogerlo, eran dos monedas de oro. Las llevaron a su padre que se extrañó mucho y se preguntaba cómo podía ser eso. Cuando a la mañana siguiente se volvieron a encontrar con otras dos monedas de oro, y así día tras día, el padre fue a ver a su hermano a contarle esa extraña historia. El joyero se dio cuenta enseguida de dónde venía eso y que los niños habían comido corazón e hígado del pájaro de oro, y para vengarse y por ser envidioso y duro de corazón, dijo al padre: “Tus hijos están aliados con el diablo, no cojas el oro y no consientas que sigan en tu casa; pues tiene poder sobre ellos y te puede llevar a la ruina”. El padre temía al Maligno y aunque le resultó muy duro, llevó a los gemelos al bosque y los abandonó con un corazón lleno de pena.

Exilio y años de formación

Y así es como el ser humano ha caído finalmente en el estado en que se encuentra, en medio del bosque, que equivale al desierto de algunos países que rodean el Mediterráneo, expuesto a las fieras, pero también abierto a regalos inesperados, llevando a pesar de todo un gran tesoro inherente imposible de destruir. De esta manera empieza a buscar el camino a casa, trata de “volver a casa”²⁵, de “volver a la morada primera”²⁶.

Los dos niños fueron errando por el bosque buscando el camino a casa, pero no lo pudieron encontrar, sino que se fueron perdiendo cada vez más. Por fin se encontraron con un cazador que les preguntó: “¿De quién sois?”. “Somos los niños del pobre confeccionador de escobas”, respondieron y le contaron que su padre no quiso tenerlos más en su casa porque todas las mañanas aparecía una moneda de oro debajo de su almohada. “Bueno, dijo el cazador, eso no es algo grave, con tal de que sigáis siendo honrados y no os volváis gandules”. Era un hombre bueno, los niños le cayeron en gracia y como él no tenía, se los llevó a su casa y les dijo: “Quiero ser vuestro padre y educaros”. Aprendieron el oficio de cazador, y la moneda de oro que cada uno encontraba por la mañana debajo de su almohada la fue guardando para cuando en el futuro les hiciera falta.

Cuando ya se hubieron hecho mayores, un día su padre adoptivo se los llevó al bosque y les dijo: “Hoy tenéis que hacer un tiro de prueba para que os pueda examinar y autorizar como cazadores”. Se fueron con él al mirador, esperaron mucho tiempo, pero no se acercó ningún animal. El cazador miró hacia arriba y vio pasar una manada de gansos salvajes que volaban en forma de triángulo. Le dijo al primero: “Abate uno de cada esquina”. Este lo hizo y pasó el examen. Poco después pasó otra cadena, que tenía la forma del número dos. Entonces el cazador le mandó al segundo abatir a su vez uno de cada esquina. También éste consiguió su tiro de prueba. Entonces el padre adoptivo dijo: “Os dejo libres, ahora sois cazadores formados”.

En aquel tiempo en que los cuentos aún se transmitían exclusivamente de boca en boca, sentados alrededor de la lumbre, los cazadores eran gente que cazaba justo lo que hiciera falta para comer. Conocían muy bien a los animales, los respetaban, los cuidaban si encontraban alguno herido y les echaban comida en pesebres colocados en la orilla de los bosques en los inviernos crudos, como eran la mayoría en esas zonas de la Baja Sajonia de Alemania, donde los Hermanos Grimm fueron recogiendo los cuentos haciéndoselos contar a las ancianas de los pueblos. De ahí que en los cuentos los cazadores siempre aparezcan como salvadores. Es el caso de este cuento de *Los dos hermanos*, pero también, por ejemplo, en *Blancanieves* y en *Caperucita Roja*. El bosque y el desierto son lugares de formación y de entrenamiento espiritual. Llega el momento en que hay que afrontar la vida como adultos.

Afrontar la vida con compasión

Los dos hermanos entonces entraron en el bosque a deliberar y tomaron una decisión. Cuando por la noche se hubieron sentado a la mesa a cenar, dijeron a su

padre adoptivo: “No tocaremos la comida ni comeremos un bocado hasta que nos haya concedido una petición”. “¿Cuál es vuestra petición?”. “Hemos terminado nuestra formación, ahora tenemos que probarnos en el mundo, por eso, permitidnos que nos vayamos a recorrer el mundo”. Entonces el anciano dijo muy contento: “Estáis hablando como cazadores hechos y derechos. Lo que estáis pidiendo ha sido mi propio deseo; poneros en camino, os irá bien”. Luego se pusieron a comer y beber alegremente.

En siglos pasados, cuando alguien había terminado los años de aprendizaje y había pasado de aprendiz a oficial, salía de su ciudad o pueblo para visitar a maestros de su oficio en otras partes del país o continente y acabar siendo igualmente maestro. La reacción del cazador que los había acogido, educado y formado, recuerda a la de Doña Ínferos, que dice “¡Muy bien! Yo misma te acompañaré al portal”, cuando la chica pide volver con los suyos. La chica sabía que esto suponía volver a una situación difícil, y también los dos hermanos cazadores saben que es exponerse de nuevo a la intemperie, a los peligros del bosque y afrontar la inseguridad.

Cuando llegó el día de partir, el padre adoptivo regaló a cada uno una buena escopeta y un perro y los invitó a que cogieron cuantas monedas de oro quisieran de las que había ido guardando. Les acompañó un trozo y antes de despedirse todavía les dio un cuchillo brillante diciendo: “Si alguna vez os vais a separar, clavad ese cuchillo en un árbol en el lugar en que os separéis; de esta manera el que vuelva a ese lugar podrá saber cómo está su hermano ausente; pues si el lado hacia el que marchó el hermano está oxidado, habrá muerto, de lo contrario seguirá brillante”.

Empieza el largo camino, en que se trata de andar, andar, pasar, atravesar, como reza el final de un sutra de la gran sabiduría, el *Hannya Shingyô*.

Los hermanos siguieron su camino alejándose cada vez más y se adentraron en un bosque tan grande que era imposible atravesarlo en un solo día. Por lo tanto pasaron la noche en él y comieron lo que llevaban en el morral de cazador. Caminaron otro día más y tampoco lograron salir del bosque. Como ya no tenían nada para comer, uno dijo: “Tenemos que cazar algo, de lo contrario vamos a pasar hambre”. Dicho esto, cargó su escopeta y miró alrededor. En esto que apareció una vieja liebre, pero al apuntarle, la liebre exclamó:

Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.

Se metió entre los matorrales y apareció acto seguido con dos crías. Los animalitos

jugaban tan alegres y eran tan graciosos que los cazadores fueron incapaces de matarlos. Por lo tanto acogieron a las pequeñas liebres que empezaron a seguirles a pies juntillas. Al poco pasó sigilosamente un zorro. Al quererlo abatir, el zorro exclamó:

**Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.**

Y efectivamente trajo dos crías, que los cazadores tampoco quisieron matar, por lo que los dieron de compañía a las liebres y también les siguieron. No había pasado mucho tiempo cuando salió un lobo de la espesura. Los cazadores le apuntaron, pero el lobo exclamó:

**Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.**

Los cazadores juntaron los dos cachorros de lobo con los otros animales y siguieron su camino. En esto que apareció un oso, que tenía ganas de seguir todavía algún tiempo recorriendo el bosque y exclamó:

**Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.**

Los dos oseznos fueron añadidos a los demás animales, y ya eran ocho entre todos. En esto que apareció un león agitando su melena. Pero los cazadores no se asustaron y le apuntaron. Entonces el león también exclamó:

**Buen cazador, déjame con vida,
y te daré dos crías.**

Va y coge dos pequeños leones; y ahora los cazadores tenían dos leones, dos osos, dos lobos, dos zorros y dos liebres, que les seguían y servían. Sin embargo, a todo esto no se había calmado su hambre. Así que se dirigieron a los zorros: “Escuchad, vosotros que os sabéis escurrir sigilosamente, que sois astutos y listos, procuradnos algo de comer”. Contestaron ellos: “No lejos de aquí hay un pueblo, donde ya hemos ido a coger alguna que otra gallina; os vamos a enseñar el camino”. Llegaron al pueblo, compraron algo de comer y también consiguieron comida para sus animales y luego siguieron caminando. Los zorros conocían muy bien aquella zona, sabían donde estaban los gallineros, y pudieron orientar en todo momento a los cazadores.

Así siguieron una temporada, pero no podían encontrar ningún empleo donde estar juntos. Entonces dijeron: “No hay más remedio, nos tenemos que separar”. Dividieron los animales de modo que cada uno tuviera un león, un oso, un lobo, un zorro y una

liebre. Luego se despidieron prometiéndose amor fraterno hasta la muerte y clavaron el cuchillo, que les había dado su padre adoptivo, en un árbol, después de lo cual uno partió hacia poniente y el otro hacia levante.

Seguir a solas

El largo camino hacia el encuentro consigo mismo, con lo que verdaderamente es en el fondo y de lo que son promesa las monedas de oro que siempre encuentra debajo de la almohada, ahora entra en otra fase. Una fase de mayor soledad, sin el hermano gemelo al lado, pero hay algo que les sigue uniendo aunque estén separados.

El ser humano sigue el camino solitario acompañado de sus fieles animales:

un león – vigilante, con buen olfato, de gran fuerza, vencedor del mal, a veces feroz,

un oso – bondadoso por naturaleza, pero peligroso cuando se le ataca,

un lobo – de ojos brillantes que ven en la noche, devorador,

un zorro – listo y astuto, ladrón,

y una liebre – en la antigüedad, expresión de fuerzas naturales, corredora veloz, vigilante pues duerme con los ojos abiertos.

Todo eso es el mismo ser humano: león, oso, lobo, zorro y liebre, con sus grandes posibilidades y sus posibles defectos. Equipado de esta manera sigue caminando.

El cazador más pequeño llegó con sus animales a una ciudad toda ella cubierta de crespón negro. Fue a una posada donde preguntó si podría hospedarse con sus animales. El dueño les asignó un establo, en que había un agujero. Por allí salió la liebre a coger una col, el zorro fue a por una gallina y luego también por el gallo; pero el lobo, el oso y el león eran tan grandes que no cabían por el agujero. Entonces el posadero les hizo llevar a un prado donde había una vaca, y comieron hasta hartarse. Cuando ya había procurado comida para sus animales, el cazador preguntó por qué toda la ciudad estaba enlutada con crespón negro. El posadero contestó: “Mañana ha de morir la hija única del rey”. “¿Está muy enferma?”. “No, está perfectamente sana, pero tiene que morir”. “¿Cómo puede ser eso?”. “Allá fuera de la ciudad hay una montaña alta en que vive un dragón; todos los años ha de entregársele una doncella, de lo contrario devasta el país. Ya se han entregado todas las doncellas, y sólo queda la princesa. No hay perdón; hay que entregarla y eso ha de ser mañana”. “¿Por qué no matan al dragón?”. “Ya lo han intentado muchos caballeros y todos han perdido su vida; el rey ha prometido la mano de su hija al que venciere el dragón y además el reino después de su muerte”.

Unos descubrimientos en los Balcanes han demostrado que realmente existieron “dragones”, unos animales equipados en su interior con bolsas de hidrógeno, que les permitían volar a pesar de sus alas proporcionalmente pequeñas. Podían atacar echando hidrógeno por la boca, que se inflamaba al contacto con el aire. Si echaban demasiado, aterrizaban en el suelo.

Según unas tradiciones, el dragón está puesto en el camino hacia el árbol de la vida. En la tradición del zen custodia en el fondo del mar un gran tesoro, que es el despertar²⁷. Según la mitología oriental más general, el dragón vela por el orden cósmico, tanto en lo personal como cuando hay desorden en el mundo; en este último caso, a fin de recolocar las cosas debidamente, desata tifones, maremotos, terremotos etc. y también se lleva a las doncellas.

En este cuento occidental lo que queda es el hecho de que el dragón exige anualmente una doncella. Es imagen del mal. El que aparezca ahora en el camino del joven cazador tiene que ver sin duda con lo que ocurre cuando uno se adentra en un camino de recogimiento y abismamiento a solas, dejando atrás todo, pues el dragón está relacionado con los reajustes en el corazón humano, reajustes y purificaciones que rozan la muerte. Dôgen Zenji, el puente principal entre el ch’an de China y el zen de Japón, dice a sus coetáneos: “No os contentéis con los dibujos de dragón, atreveos con el verdadero dragón”²⁸, animándoles de esta manera a la práctica del zen en lugar de contentarse sólo con conocimientos teóricos. Entrar en el camino del zen es dejar de mirar imágenes de dragón bien pintadas, para encontrarse con el dragón vivo; y el dragón vivo lo revuelve absolutamente todo. El cazador del cuento es de los que no se echan atrás cuando aparece el dragón. El encuentro tiene lugar en una montaña, siempre relacionada con la experiencia de lo divino.

La gran prueba

Sin hacer ningún comentario, a la mañana siguiente reunió a sus animales y subió con ellos a la montaña del dragón. Arriba había una ermita y en el altar tres copas llenas con un escrito al lado que decía: “Quien beba estas copas se convertirá en el hombre más fuerte del mundo y podrá blandir la espada que está enterrada en el umbral”. El cazador no bebió, salió afuera a buscar la espada en la tierra, pero fue incapaz de moverla. Entonces volvió, bebió las tres copas y tuvo la fuerza suficiente para coger la espada, y su mano pudo manejarla fácilmente.

No bastan las propias fuerzas, por muchos talentos que se tengan, para afrontar situaciones de esta índole. Es necesaria la fuerza de lo alto, hay que invocarla y acogerla.

Hay una fuerza de otro orden, que es decisiva en el camino.

Cuando llegó la hora en que la princesa debía ser entregada al dragón, la acompañaron el rey, el mariscal y cortesanos. Desde lejos veían el cazador en lo alto de la montaña pensando que sería el dragón que la esperaba. Al principio la princesa no quería subir, pero por fin tuvo que emprender el difícil camino, porque de lo contrario hubiera sido la perdición de toda la ciudad. El rey y los cortesanos volvieron profundamente entristecidos, pero el mariscal del rey debía quedarse a presenciarlo todo desde lejos.

Cuando la princesa llegó arriba, no estaba el dragón sino el joven cazador. Éste la consoló y dijo que la quería salvar, la llevó a la ermita y la encerró. Al poco llegó volando con gran estruendo el dragón de siete cabezas. Al ver al cazador se extrañó y dijo: “¿Qué tienes tú que ver aquí en la montaña?”. “Quiero luchar contigo”. “Muchos caballeros han perdido aquí su vida, contigo también podré”, y empezó a respirar fuego por sus siete bocas. El fuego debía encender la hierba seca para que el cazador se asfixiara con el humo y el calor, pero acudieron sus animales y fueron pisando el fuego hasta apagarlo. Entonces el dragón fue contra el cazador, pero éste blandió su espada haciendo silbar el aire y le cortó tres cabezas. El dragón se enfureció todavía más, se levantó en el aire y echó fuego contra el cazador con la intención de abalanzarse sobre él, pero el cazador volvió a blandir su espada y le cortó otras tres cabezas. El monstruo perdió fuerza y aterrizó, pero aún quiso arremeter de nuevo contra el cazador, el cual con las últimas fuerzas que le quedaban le cortó la cola. Y como ya no podía luchar más, llamó a sus animales, que se encargaron de despedazar al dragón.

Cuando hubo terminado la lucha, el cazador abrió la ermita y se encontró con la princesa en el suelo, pues se había desmayado de miedo y horror. La cogió y llevó afuera y cuando volvió en sí y abrió los ojos, le enseñó el dragón despedazado y le dijo que ya estaba salvada. Ella se alegró y dijo: “Ahora serás mi querido esposo, porque mi padre me ha prometido a quien matara al dragón”. A continuación cogió su cadena de corales y la repartió entre los animales, para recompensarles, y el león recibió el cierre de oro. El pañuelo en que estaba bordado su nombre lo regaló al cazador, el cual fue a cortar las lenguas de las siete cabezas del dragón y las envolvió en el pañuelo y lo guardó bien.

El mal ha desaparecido, justo después de haber arremetido con mucha fuerza antes del momento cumbre, que es la boda prevista con la princesa y convertirse en rey, en lo que en el fondo es desde siempre. Donde el peligro llega al límite, la salvación está cerca, dice

Rilke. En la tradición del zen se dice: “Debajo de la gran duda, está la gran iluminación”. Ahora llega el tiempo de actualizar en la vida cotidiana la experiencia de unidad con la verdadera naturaleza, la experiencia de ser de estirpe real.

El engaño

El mal vuelve a arremeter contra el cazador cuando parece que ya está todo conseguido. Esta vez aparece en la forma de un mariscal malvado e impío. En varios cuentos ocurre algo parecido, por ejemplo, en *El agua de la vida*²⁹: Una vez conseguido lo que el príncipe había salido a buscar, habiendo vencido todo tipo de obstáculos, aparecen dificultades ocasionadas por personas malvadas que lo arrebatan, aunque a la postre nunca resulta ser definitivo. Al final vence el bien.

Como estaba tan cansado y exhausto del fuego y de la lucha, dijo a la doncella: “Estamos ambos tan exhaustos y cansados, vamos a dormir un poco”. Ella asintió y se tumbaron en el suelo. El cazador dijo al león: “Has de vigilar para que nadie nos asalte mientras dormimos”, y se durmieron. El león se tumbó al lado, pero también estaba muy cansado de la lucha, así que llamó al oso y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el oso se tumbó a su lado, pero como también estaba cansado llamó al lobo y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el lobo se echó al lado suyo, pero como también estaba cansado, llamó a zorro y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces el zorro se echó al lado suyo, pero como también estaba cansado, llamó a la liebre y le dijo: “Túmbate a mi lado, he de dormir un poco, y si se acerca algo, despiértame”. Entonces la pobre liebre se sentó a su lado, pero la pobre liebre también estaba cansada y no tenía nadie a quien pudiera llamar para vigilar, y se quedó dormida. De modo que allí quedaron dormidos la princesa, el cazador, el león, el oso, el lobo, el zorro y la liebre.

La vigilancia es uno de los requisitos importantes en el camino. En el cuento de *El agua de la vida*, un príncipe tiene que atravesar muchas habitaciones del palacio, alguna con una cama, y un enano le había aconsejado con insistencia que no se quedara dormido, porque de lo contrario no podría volver a salir del palacio encantado. Sin embargo, como está cansado, se tumba para unos minutos, pero se duerme, y sólo en el último momento consigue coger el agua de la vida y salir por el portal, que se cierra detrás de él llevándose un trozo de su talón. De nuevo se volverá a dormir en una barca al atravesar un lago con hermanos envidiosos. En muchos pasajes, los evangelistas

Mateo, Marco y Lucas así como Juan en el Apocalipsis y los apóstoles Pedro y Pablo en sus cartas, insisten en la necesidad de estar vigilantes. “Estad en vela porque no sabéis el día ni la hora” (Mt 24,42). En el cuento de *El agua de la vida* como en el de *Los dos hermanos*, las consecuencias de haberse quedado dormido son muy graves y de momento parecen echar a perder todo lo conseguido.

El mariscal, que debía observar todo desde lejos, al no ver que el dragón se iba volando con la princesa y que en la montaña no se movía nada, se animó a subir. Ahí estaba el dragón destripado y hecho pedazos en el suelo y no muy lejos la princesa y un cazador con sus animales, todos ellos sumidos en un profundo sueño. Y como era malo y no tenía piedad, cogió su espada y cortó la cabeza del cazador; cogió la doncella y la bajó de la montaña. Ella se despertó y se asustó. El mariscal dijo: “Estás en mis manos y has de decir que he sido yo quien ha matado el dragón”. “No puedo hacer esto, porque lo ha hecho un cazador con sus animales”. Entonces sacó su espada y la amenazó con la muerte si no le obedecía, obligándola de esta manera a que lo prometiera.

Luego la condujo al rey que no cabía en sí de alegría la ver a su querida hija que creía devorada por el dragón. El mariscal dijo: “He matado el dragón y he liberado al reino entero, por esto exijo que se me de la princesa de esposa, como ha sido prometido. El rey preguntó a la doncella: “¿Es verdad lo que dice?”. “Ay sí, tendrá que ser verdad, pero pongo como condición que la boda no se celebre hasta dentro de una año”. Pues esperaba llegar a saber algo de su querido cazador en el entretiem po.

La mentira, sin embargo, tiene las piernas cortas, como dice un refrán; al final el sol lo saca a la luz del día. Pero mientras tanto el cazador, el ser humano en busca de su verdadera identidad, si bien no muere, ha de pasar de nuevo por otra etapa desértica vagando por el bosque de la vida.

De la muerte a la vida

En la montaña del dragón los animales seguían durmiendo al lado de su señor muerto. En eso que llegó un gran abejorro y se posó en la nariz de la liebre; pero ella lo espantó con su pata y siguió durmiendo. El abejorro llegó por segunda vez, pero la liebre volvió a espantarlo con su pata y siguió durmiendo. Entonces llegó por tercera vez y le pinchó en la nariz de tal manera que se despertó. En cuanto que hubo despertado, la liebre despertó al zorro, el zorro al lobo, el lobo al oso, el oso al león. Cuando el león vió que la princesa había desaparecido y que su señor estaba muerto, empezó a rugir terriblemente y gritó: “¿Quién ha hecho esto? Oso ¿por qué no me has

despertado?”. El oso preguntó al lobo: “¿Por qué no me has despertado?”. Y el lobo al zorro: “¿Por qué no me has despertado?”. Y el zorro a la liebre: “¿Por qué no me has despertado?”. La pobre liebre no sabía qué contestar y toda la culpa cayó sobre ella. Entonces quisieron abalanzarse sobre ella, pero ella dijo: “No me matéis, quiero hacer revivir a nuestro señor. Conozco una montaña en la que crece una raíz, quien la tiene en la boca se cura de todos los males y heridas. Pero la montaña está a doscientas horas de aquí”. Dijo el león: “En veinticuatro horas tienes que haber ido y vuelto y traer la raíz”.

Entonces la liebre saltó y echó a correr y en veinticuatro horas estuvo de vuelta con la raíz. El león colocó de nuevo la cabeza al cazador; la liebre le metió la raíz en la boca; y de pronto todo se juntó, el corazón empezó a latir de nuevo y volvió la vida. El cazador se asustó al no ver la doncella y pensó: se habrá ido mientras yo dormía para librarse de mí.

El león, con las prisas, le había puesto la cabeza al revés, pero el cazador no se dio cuenta pues pensaba muy entristecido en la hija del rey. Fue en la comida cuando se dio cuenta que la cabeza miraba atrás y como no lo podía comprender, preguntó a los animales qué le había pasado mientras había estado dormido. Entonces el león le contó que ellos también se habían dormido de cansancio y que al despertar se lo habían encontrado muerto y con la cabeza cortada, que la liebre había ido a buscar la raíz de la vida, y que él con las prisas había colocado la cabeza al revés; pero que estaba dispuesto a enmendar su falta. Entonces arrancó la cabeza del cazador, le dio la vuelta y la liebre lo curó con la raíz de la vida.

El lenguaje de los cuentos no es de medias tintas, parece exagerado, como los colores que usa el pintor para sus cuadros que, sin embargo, reflejan la realidad, incluso mejor y con más dimensión que una foto normal. El de los cuentos no es un lenguaje realista sino simbólico, mítico y apela a una dimensión del alma humana en que conecta con los arquetipos. Por esto un niño que está en la “edad del cuento” suele entender mejor que un adulto la verdad que el cuento está transmitiendo.

El cazador se quedó mirando para atrás. Esta es la gran tentación después de un momento cumbre. Pero, en lugar de quedar añorando lo que sucedió en un determinado momento, hay que seguir adelante, de nuevo con las manos vacías. El bien es más fuerte que el mal y también más fuerte que nuestras equivocaciones, con tal de que nos dejemos curar por la “raíz de la vida”. Canta san Juan de la Cruz: “Que bien sé yo la fuente que mana y corre... en este pan de vida yo la veo, aunque es de noche”.³⁰

Es de noche y el cazador está triste. Pero sigue su camino y vagando por el mundo hace bailar a sus animales y divierte a la gente. Es sorprendente que en situaciones en que la persona está interiormente desconsolada, sin embargo, transmite algo muy bueno a los demás, incluso alegría. Así ocurre también en el cuento de *Doña Ínferos*³¹, cuando el duro trabajo de la joven en casa de la anciana se convierte para los niños en nieve y alegría.

El bien es más fuerte que el mal

Sucedió que justo al año volvió a pasar por la misma ciudad donde había salvado a la princesa del dragón, y esta vez toda la ciudad estaba adornada de rojo púrpura. Preguntó al posadero: “¿Qué significa esto? Hace un año estaba toda llena de crespón negro. ¿A qué viene hoy el rojo púrpura?”. Hace un año la hija de nuestro rey debía ser entregada al dragón, pero el mariscal luchó con él y lo mató; así que mañana se va a celebrar la boda. Por eso hace un año la ciudad estaba cubierta de crespón negro y ahora lo está de rojo púrpura”.

Desde antiguo se relaciona el negro con la muerte como también con las tinieblas y el mal, mientras que el rojo púrpura es el color de la vida y está relacionado con lo sagrado y lo propio de un rey.

Al día siguiente, cuando iba celebrarse la boda, el cazador dijo al mediodía al hospedero: “A que hoy voy a comer aquí en su fonda, señor hospedero, pan de la mesa real”. “Apuesto cien monedas de oro que eso no es verdad”, dijo el hospedero. El cazador aceptó la apuesta y puso un bolso con otras tantas monedas de oro al lado. Luego llamó a la liebre y le dijo: “Anda, buena saltadora, ve a buscarme pan del que come el rey”. Como era la más insignificante no podía encargarlo a nadie más, tuvo que ponerse en camino ella misma. “Cuando salte sola por las calles los perros de los carniceros me perseguirán”, así pensó y así fue. Los perros corrieron detrás de ella a morderla, pero ella se refugió dando grandes saltos en la caseta de la guardia, sin que el soldado lo notara. Llegaron los perros y quisieron sacarla, pero el soldado no estaba para bromas y les dio con la culata de manera que se fueron gritando y aullando. Cuando la liebre vio que el terreno estaba despejado, entró en el palacio, directamente a donde estaba la princesa, se sentó debajo de su silla y la rascó en el pie. “Vete de aquí”, dijo la princesa pensando que era su perro. La liebre volvió a rascarla por segunda vez, y la princesa repitió: “¡Vete de aquí!”. Pero la liebre no se dio por vencida y la rascó por tercera vez. Entonces la princesa se inclinó y reconoció a la liebre por su collar. La cogió en brazos y la llevó a su alcoba. “¿Qué quieres, querida

liebre?” le preguntó. “Mi señor, que ha matado el dragón, está aquí y me envía; he de pedir un pan como lo come el rey”. Al oírlo se llenó de alegría y mandó recado al panadero que trajera un pan como lo come el rey. “Pero el panadero me lo ha de llevar allí, para que los perros de los carniceros no me hagan nada”, dijo la liebre. El panadero se lo llevó hasta la puerta de la fonda y entonces la liebre se puso de pie en sus patas traseras, cogió la cesta con las patas delanteras y la llevó a su señor. “Ya ve, señor posadero, las cien monedas de oro son mías”. El posadero se quedó asombrado, pero el cazador aún dijo: “Bien, señor posadero, ahora ya tengo pan, pero también quiero comer del asado del rey”. “Eso ya lo veremos”, dijo el posadero, pero esta vez no se atrevió a apostar. El cazador llamó al zorro y le dijo: “Zorrito, ve a buscarme asado como lo come el rey”. El zorro conocía mejor los caminos escondidos, rincones y esquinas donde no le podían descubrir los perros, se sentó debajo de la silla de la princesa y la rascó en el pie. Ella se agachó y reconoció al zorro por el collar; se lo llevó a su alcoba y le dijo:

“¿Qué quieres, querido zorro?” le preguntó. “Mi señor, que ha matado el dragón, está aquí y me envía; he de pedir asado como lo come el rey”. Entonces encargó al cocinero que hiciera un asado como lo come el rey y que lo llevara hasta la puerta. Allí el zorro le cogió la fuente y, después de ahuyentar con su cola las moscas que se habían sentado encima, se lo entregó a su señor.

El cuento sigue narrando con detalle y gracia como el cazador encarga al lobo verdura, al oso pasteles de confitería y al león vino. Esto último resultó más complicado porque el encargado de la bodega quiso engañarle por dos veces con un vino corriente, pero el león, con su fino paladar, se dio cuenta rápidamente al probarlos. Cuando ya lo tuvo todo, el cazador comió muy contento junto con sus animales.

La compasión que al principio salvó la vida de los animales, renunciando a matarlos para calmar la propia hambre, a lo largo del cuento contribuye decisivamente a allanar el camino que lleva a la vida.

Según Hakuin, importante maestro zen del siglo XVIII, un camino de despertar que no tiene en cuenta al otro y sólo se centra en sí mismo, no lleva a buen fin.

En este cuento, los animales cuyas vidas se respetaron, ayudan a vencer el dragón; ellos son los que ahora hacen posible el reencuentro con la princesa. Comparten el destino del hombre. Este conoce sus necesidades, sabe lo que a cada cual le gusta, comparte su alimento con ellos.

La liberación está cerca

Al terminar de comer con sus animales dijo al posadero: “Ahora que he comido y bebido igual que el rey, voy a ir al palacio y casarme con la hija del rey”. El posadero preguntó: “¿Cómo va a poder ser eso, si ella ya tiene novio y hoy se celebra la boda?” Entonces el cazador sacó el pañuelo en que había envuelto las siete lenguas del dragón y dijo: “Eso que sostengo en la mano me va a ayudar”. “Aunque crea todo, eso no lo creo y apuesto mi casa y bienes”. El cazador cogió una bolsa con mil monedas de oro, la colocó en la mesa y dijo: “Eso es lo que yo juego”.

Mientras tanto, el rey sentado en la mesa real preguntó a su hija: “¿Qué querían esos animales salvajes que han venido aquí, entrando y saliendo de mi palacio?”. “No lo puedo decir, pero haréis bien en enviar un mensaje al señor de estos animales para hacerle venir”. El rey envió un sirviente a la posada para invitar al desconocido. El criado llegó justo en el momento en que el posadero y el cazador habían hecho la apuesta. “Ya ve, señor posadero, el rey envía un criado para invitarme, pero de esta manera aún no voy a ir”. Y dirigiéndose al sirviente dijo: “Ruego al rey me envíe vestidos reales, una carroza con seis caballos y criados para atenderme”. Cuando el rey oyó la respuesta, preguntó a su hija: “¿Qué he de hacer?”. “Haréis bien en irlo a buscar como os lo ha pedido”. El rey así lo hizo.

Cuando el cazador vio llegar a los criados, se puso los vestidos reales, cogió el pañuelo con las lenguas del dragón, subió a la carroza y fue a palacio. Cuando el rey lo vio venir preguntó a su hija: “¿Cómo lo he de recibir?”. “Haréis bien en salir a su encuentro”. Entonces el rey fue a su encuentro y lo subió al palacio, y todos los animales le seguían. El rey le asignó un lugar entre él y su hija. El mariscal, como novio, estaba sentado al otro lado, pero no lo reconoció. Justo en aquel momento se mostraron las siete cabezas del dragón, y el rey dijo: “Estas siete cabezas las ha cortado el mariscal al dragón, por esto hoy le doy como esposa a mi hija”. Entonces se levantó el cazador, abrió las fauces del dragón y preguntó: “¿Dónde están las lenguas del dragón?”. El mariscal se asustó, quedó pálido y no supo qué decir. Por fin el miedo le hizo decir: “Los dragones no tienen lenguas”. El cazador dijo: “Los mentirosos no deberían tener, pero las lenguas del dragón son la señal del vencedor”, a la vez que desenvolvía el pañuelo. Ahí estaban las siete lenguas; colocó una en cada una de las fauces y encajaban perfectamente. Luego cogió el pañuelo, en que estaba bordado el nombre de la princesa, y le preguntó a quién se lo había entregado. “Al que mató el dragón”, dijo ella. A continuación llamó a sus animales, cogió la cadena de cada uno y el león el cierre, lo enseñó a la princesa y preguntó de quién era. Ella contestó: “la cadena y el cierre eran míos, yo los repartí entre los animales que habían

ayudado a vencer el dragón”.

A continuación contó todo lo que había ocurrido desde que se quedaron exhaustos y dormidos en la montaña.

El rey preguntó a su hija: “¿Es verdad que éste ha matado el dragón?”. “Sí, es verdad, ahora puedo revelar la infamia del mariscal, ya que ha salido a relucir sin mi intervención, ya que me había arrancado la promesa de callar. Por eso yo pedí que la boda se aplazara un año”. Entonces el rey mandó reunir a doce consejeros para que juzgaran al mariscal, y lo condenaron a ser descuartizado por cuatro bueyes.

El rey entregó su hija al cazador y lo nombró gobernador para todo su reino. La boda se celebró con gran alegría. El joven rey hizo venir a su padre y a su padre adoptivo y los llenó de regalos. Tampoco se olvidó del posadero, al que dijo: “Ya ve, señor posadero, me he casado con la hija del rey, y su casa y bienes ahora me pertenecen”. “Eso sería lo justo”, dijo el posadero. Pero el joven rey añadió: “Que rija la gracia: casa y bienes sigan siendo suyos y le regalo además las mil monedas de oro”.

La boda es la unificación de la persona, ha llegado a ser lo que es de siempre, un rey lleno de bondad para con todos, un rey espléndido como ya lo pronosticaban las monedas de oro que todas las mañanas aparecían debajo de las almohadas de los dos hermanos.

¿Qué habrá sido del otro hermano? El cuento aún no ha terminado. Es el más largo de los recogidos por los hermanos Grimm, tal como aparece en una edición de 1937. Parece un doble o triple cuento. Cuando hace muchos años mi madre durante todas las cenas nos leía un cuento, éste de *Los dos hermanos* duraba por lo menos dos o tres cenas.

La cierva blanca

El joven rey y la joven reina estaban contentos y felices viviendo juntos. Él salía a menudo a cazar, pues era su alegría, y los animales le tenían que acompañar. Cerca del palacio había un misterioso bosque del que se decía que una vez dentro, no se volvía a salir fácilmente. El joven rey, sin embargo, sentía un deseo muy grande de cazar allí y no dejó de marear al anciano rey hasta que se lo permitió. Entonces salió con un gran séquito y cuando llegó al bosque, vio una cierva blanca como la nieve y dijo a su gente: “Esperaos aquí hasta que vuelva, quiero perseguir a este bello animal”. Luego entró en el bosque sólo acompañado de sus animales. El séquito lo estuvo esperando hasta la noche, pero no volvió. Entonces volvieron a palacio y dijeron a la joven reina: “El joven rey ha perseguido en el bosque encantado a una cierva blanca y no ha

vuelto”. *Ella se quedó profundamente preocupada por su suerte.*

“Como el ciervo huiste habiéndome herido, salí tras ti clamando, y eras ido”, canta san Juan de la Cruz.³² Una característica del ciervo es su curso veloz, desaparece de la vista dando grandes saltos. Para san Agustín es símbolo de la búsqueda de Dios. Se relaciona con el sol y con Cristo, representado en las catacumbas como el verdadero sol. Es símbolo de la luz. “Las tinieblas están desapareciendo, y ya brilla la verdadera luz (1Jn 2,8b). El cazador la persigue, pero no la alcanza, no la puede retener. El cazador todavía ha de aprender que debe soltarlo todo para tenerlo todo. Intentando coger la luz, cosa imposible, la pierde y cae en una zanja.

Había estado persiguiendo al bello venado sin conseguir alcanzarlo. Cuando le parecía que estaba a un tiro, ya estaba saltando otra vez a gran distancia, y al final desapareció del todo. Entonces se dio cuenta que se había internado en lo más profundo del bosque. Tocó su corneta, pero nadie contestó, pues su séquito no lo podía oír. Como ya se hacía de noche y veía que no podrían llegar ese día, bajó de su caballo, encendió una lumbre cerca de un árbol para disponerse a pasar la noche. Cuando estuvo sentado junto al fuego y los animales se hubieron tumbado al lado suyo, le pareció oír una voz humana. Miró alrededor, pero no veía nada. Al cabo de un rato volvió a oír un gemido como si viniera de arriba. Miró hacia arriba y vió a una mujer vieja sentada en el árbol que no dejaba de quejarse diciendo: “¡Ay, qué frío tengo! ¡Ay, qué frío tengo!”. Le dijo: “Baja y caliéntate, si tienes frío”. “No, tus animales me van a morder”. “No te van a hacer nada, madrecita, bájate tranquila”. Pero era una bruja y dijo: “Voy a echarte una rama del árbol; si les das con ella en la espalda, no me harán nada”. Se la echó, y él la cogió y tocó a sus animales. En seguida quedaron inmóviles, convertidos en piedras. Al verse segura, saltó del árbol, tocó también al cazador con una rama y lo convirtió en una piedra. Riéndose maliciosamente llevó las piedras a una zanja donde ya había otras piedras como éstas.

Cuando se ha visto en algún momento la luz, existe el peligro de quedar cegado y no ver más que eso. En la tradición zen es bien conocida esta “enfermedad”³³, como se refiere a este estado Unmon, maestro zen chino del siglo IX-X; la describe como vivir en una nebulosa que impide ver a las personas concretas con sus necesidades concretas. Endurece el corazón y congela la compasión; hablando con la imagen del cuento, crea un corazón de piedra, insensible, como muerto. Los profetas hablan del tiempo mesiánico, como de un tiempo en que Jahvé quitará el corazón de piedra de su pueblo y le dará un corazón de carne.

El amor fraterno redime el corazón de piedra

Al no volver el joven rey, el miedo y la preocupación de la joven reina fueron creciendo de día en día.

Sucedió que justo en ese tiempo llegó al reino el hermano gemelo que había ido hacia oriente cuando se separaron. Había estado buscando donde ofrecer sus servicios, pero no había encontrado nada, por lo que había ido yendo de un lado a otro haciendo bailar a sus animales. En esto estaba cuando un día se le ocurrió ir a mirar cómo estaba el cuchillo que al separarse habían clavado en un árbol, para poder averiguar la suerte del otro hermano. Cuando llegó al lugar vio que el lado de su hermano estaba medio oxidado y medio brillante. Se asustó y pensó: “A mi hermano le ha de haber sucedido un gran desgracia, pero quizás todavía lo puedo salvar, ya que la mitad de la hoja del cuchillo sigue brillante”.

Se encaminó con sus animales hacia occidente y cuando llegó a la puerta de la ciudad, le saludó la guardia y le preguntó si quería que avisaran a su esposa; que la joven reina ya llevaba unos días angustiada al no volver, y estaba temiendo que hubiera muerto en el bosque encantado. Pues la guardia creía que era el joven rey en persona, tanto se le parecía y también llevaba a los animales salvajes detrás de él. Entonces se dio cuenta que estaban hablando de su hermano y le pareció lo mejor presentarse como si fuera él porque de esta manera seguramente lo podría salvar mejor. La guardia le escoltó a palacio, y allí fue recibido con gran alegría. La joven reina estaba convencida que era su marido y le preguntó por qué se había ausentado tanto tiempo. “Me había perdido en el bosque y no pude encontrar la salida hasta ahora”. Por la noche le acompañaron a la cama real, pero él puso una espada de doble filo entre él y la joven reina; ella no comprendía qué significaba aquello, pero no se atrevía a preguntar.

Él se quedó unos días y mientras fue averiguando todo acerca del bosque encantado. Por fin dijo: “Tengo que volver a cazar allí”. El rey y la joven reina quisieron disuadirlo, pero él insistió y se puso en camino con un gran séquito. Cuando llegó al bosque le pasó lo mismo que a su hermano. Vio una cierva blanca y dijo a su séquito: “Quedaos aquí esperando hasta que vuelva; quiero perseguir este bello venado”. Entró en el bosque y sus animales le siguieron. Pero no pudo alcanzar la cierva. Se internó tan profundamente que tuvo que pernoctar allí mismo. Cuando hubo encendido un fuego, oyó unos gemidos por encima de él: “¡Ay, qué frío tengo! ¡Ay, qué frío tengo!” Miró hacia arriba y vió a la vieja bruja arriba en el árbol. Le dijo: “Baja, madrecita, y caliéntate”. “No, tus animales me van a morder”. “No te van a hacer nada”. “Voy a

echarte una rama del árbol; si les das con ella, no me harán nada”. Cuando el cazador oyó esto, no se fió de la vieja y dijo: “Yo no pego a mis animales. Bájate o te voy a buscar”. “¿Qué te propones? A mí no me haces nada”. “Si no vienes, te bajo de un tiro”. “Tus balas no me asustan”. Entonces le apuntó y disparó, pero la bruja estaba inmune contra las balas de cobre; empezó a reír a carcajadas y gritó: “No me vas a dar”. El cazador se dio cuenta y sabía el remedio, arrancó tres botones de plata de su capa y cargó su escopeta, pues allí no podían llegar sus artes. Y cuando disparó enseguida cayó dando grandes gritos. El le puso encima el pie y dijo: “Vieja bruja, si no confiesas inmediatamente dónde está mi hermano, te cojo con las dos manos y te echó al fuego. Entonces ella tuvo mucho miedo, pidió clemencia y dijo: “Está en una zanja convertido en piedra con sus animales”. Entonces él la obligó a acompañarle a la zanja, la amenazó y dijo: “Vieja macaco, inmediatamente devuelves la vida a mi hermano y a todos las criaturas que yacen aquí o te echó al fuego”. Ella cogió una rama y tocó las piedras; entonces su hermano con sus animales volvió a la vida; y muchos otros, mercaderes, artesanos, pastores, resucitaron, agradecieron su liberación y volvieron a casa. Los hermanos gemelos, al verse de nuevo, se besaron y alegraron de corazón. Luego cogieron la bruja, la ataron y la echaron al fuego; cuando se hubo consumido, el bosque de pronto se abrió y se volvió luminoso y claro, de modo que se podía ver el palacio desde una distancia de tres horas de camino.

El amor sincero hace vivir; pero incluso esto se pone a prueba en este cuento. Y de nuevo aparece la muerte, y vuelven las tinieblas. El arrepentimiento, por fin, pone todo en su sitio y lo cura todo. Finalmente será posible llegar de verdad a casa, “volver a la morada primera”, como dice la pastora Marcela³⁴.

El odio mata, la conversión hace revivir

Entonces los dos hermanos volvieron juntos a casa y por el camino se contaron la suerte que habían corrido cada uno. Cuando el más pequeño dijo que era el lugarteniente del rey en todo el país, el otro contestó: “Ya lo he notado, porque cuando llegué a la ciudad, me confundieron contigo y me dispensaron honores reales. La joven reina me consideró su marido y tuve que comer a su lado y dormir en tu cama”. Cuando el otro oyó esto, tuvo un arrebató de celos y de ira tan grande que cogió la espada y le cortó la cabeza a su hermano. Pero cuando lo vio allí muerto y desangrándose se arrepintió profundamente: “Mi hermano me ha salvado”, exclamó, “y yo lo he matado”, se quejaba lastimosamente. Entonces acudió su liebre y se ofreció para ir a buscar la raíz de la vida. Se fue corriendo dando saltos, y volvió justo

a tiempo para que el muerto retornara a la vida; y no se notaba nada de la herida.

El lenguaje de recio simbolismo expresa lo mismo que san Juan evangelista dice con palabras en una de sus cartas: “Quien odia a su hermano, es un asesino” (1Jn 3,15). Pero Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; “no he venido a juzgar sino a salvar” (Jn 12,47), “he venido para que tengan vida y vida en plenitud” (Jn 10,10).

Después de esto siguieron adelante, y el más pequeño dijo: “Tienes el mismo aspecto que yo, llevas vestidos reales como yo, te siguen los animales como a mí; vamos a entrar por dos puertas opuestas a la ciudad y llegar al mismo tiempo ante el anciano rey. Así pues se separaron, al anciano rey le llegó al mismo tiempo la guardia de una y otra puerta para anunciar que el joven rey había vuelto de la cacería con sus animales”. “No es posible, dijo el rey, las puertas están a una hora de distancia”. Pero en esto ya entraban los dos hermanos al patio real desde dos lados distintos y ambos subieron al palacio. Entonces el rey preguntó a su hija: “¿Dime, cuál de ellos es tu marido? Uno y otro tienen el mismo aspecto. Yo no los distingo”. Ella se sintió muy angustiada y tampoco era capaz de decirlo. De pronto se acordó del collar que había entregado a los animales; se agachó a buscar y descubrió el cierre de oro que había dado al león. Entonces exclamó muy contenta: “Al que pertenece este león, éste es mi verdadero marido”. El joven rey se rió y dijo: “Así es, éste es el verdadero”. Se sentaron juntos a la mesa, comieron y bebieron y estuvieron muy felices. Por la noche, cuando el joven rey se acostó, su esposa preguntó: “¿Por qué en las noches pasadas siempre ponías una espada de doble filo en nuestra cama? Creí que me querías matar”. Ahí se dio cuenta, cuán fiel había sido su hermano.

La vuelta a casa

Ahora por fin se ha producido una sólida unificación. La persona vuelve a ser de una sola pieza, después de haber tenido que pasar por muchas pruebas: desterrado de su casa paterna ha tenido que vagar por el bosque de la vida junto con su hermano, donde alguien bondadoso los formó; volvieron a peregrinar juntos por el bosque hasta que las circunstancias les obligaron a seguir a solas, habiendo dejado atrás padre, padre adoptivo y hermano. “Quien no deja atrás padre y madre, mujer e hijo, hermano y hermana, incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo” (Lc 14,26). Dejándolo todo, al final lo recupera todo y con creces, el “céntuplo” (cf Mt 19,29).

Tuvo que luchar contra el mal, el dragón, y habiéndose dormido después de la lucha, en lugar de seguir vigilante, fue víctima del engaño. En todo momento sus animales agradecidos le siguieron como su sombra, ayudándole. También ellos son él mismo, son

la “sombra”, que nunca hay que matar sino encauzar y transformar.

Sucumbe en un momento dado al hechizo de una bruja, se deja llevar de un arrebatado de celos e ira, pero al final, gracias a su recapacitación y a la fidelidad de su hermano, encuentra realmente el camino a casa, que es un palacio, el palacio real que somos nosotros mismos. Se convierte en lugarteniente del rey, ese rey que consulta constantemente a su parte femenina, la princesa; por esto sus decisiones son sabias y nunca violentas. El ser humano ha recuperado su verdadera identidad de persona unificada, libre y noble, de estirpe real, cuya verdadera fuerza consiste en una no-fuerza y que mora en un palacio todo de diamante o muy claro cristal³⁵, indestructible e invisible al ojo humano.

²⁵. Keizan Zenji, *Zazen Yōjinki*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009, 124.

²⁶. Miguel, de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* I,14.

²⁷. *Denkōroku*, caso 15: Nagarjuna.

²⁸. Dōgen Zenji, *Fukanzazengi*.

²⁹. Ana María Schlüter, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 2007³, 47-60.

³⁰. San Juan de la Cruz, *Poesías*. “Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe”.

³¹. Ana María Schlüter, *El camino del despertar en los cuentos*. Ídem, 77-86.

³². San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, estrofa 1^a.

³³. *Shōyōroku*, caso 11.

³⁴. Cervantes Saavedra, Miguel de, *El Quijote* I,14.

³⁵. Santa Teresa, *Las moradas*, principio.

2

EL PÁJARO DE ORO

(Un camino recio hacia la vida de verdad)

Allá en tiempos remotos vivía un rey que tenía un precioso jardín de recreo detrás de su palacio; en él había un árbol que daba manzanas de oro.

Cuando las manzanas maduraban eran contadas, pero a la mañana siguiente siempre faltaba una. Esto le fue comunicado al rey, quien ordenó que se apostase una guardia todas las noches bajo el árbol.

El rey tenía tres hijos; de ellos, envió al mayor al jardín al caer la noche; pero, en cuanto llegó la medianoche, no pudo dominar el sueño, y a la mañana siguiente faltaba de nuevo una manzana. La siguiente noche tuvo que hacer guardia el segundo hijo, pero tampoco a él le fue mejor: cuando dieron las doce se durmió, y por la mañana faltaba una manzana. Ahora le tocaba montar guardia al tercer hijo, que estaba dispuesto a ello, mas el rey no confiaba mucho en él y pensaba que lo haría mucho peor que sus hermanos; no obstante, accedió al fin. El joven se apostó, pues, debajo del árbol, se mantuvo vigilante y no dejó que el sueño lo dominara. Cuando dieron las doce, algo zumbó por los aires, y, a la luz de la luna, vio a un pájaro cuyas plumas relucían como oro puro.

El pájaro se posó en el árbol, y no había acabado de cortar una manzana cuando el joven le lanzó un dardo. El pájaro huyó, pero el dardo había hecho blanco en su plumaje, y una de sus plumas de oro cayó al suelo. El joven la recogió, se la llevó al rey a la mañana siguiente y le contó lo que había visto por la noche. El rey mandó reunir el consejo, y todos declararon que una pluma como aquella valía más que todo el reino. Si la pluma es tan valiosa –declaró el rey–, nada hago con una sola: quiero y tengo que tener el pájaro completo.

El mayor de los hijos se puso en camino, y confiando en su inteligencia pensó que encontraría al pájaro de oro.

Cuando había recorrido un trecho vio a un zorro sentado en el lindero de un bosque, empuñó la escopeta y lo apuntó con ella.

“¡No me dispaes!” gritó el zorro, “te daré un buen consejo a cambio. Tú vas en busca del pájaro de oro y llegarás esta noche a una aldea en la que hay dos posadas, una enfrente de la otra. La una está muy iluminada y tiene mucha animación: no entres en ella; vete a la otra, aun cuando te parezca peor”.

“¡Cómo podría un animal tan estúpido dar un consejo razonable!”, pensó el príncipe, y apretó el gatillo, pero no atinó a darle al zorro, que estiró el rabo y se internó corriendo en el bosque. A continuación prosiguió su marcha y llegó por la tarde a la aldea, en la que se encontraban las dos posadas: en una de ellas se cantaba y se brindaba, y la otra ofrecía un aspecto pobre y siniestro. “Sería un loco”, pensó, “si entrase en esa posada de mala muerte, renunciando a esa otra tan buena”. Así que entró en la alegre, se corrió una juerga y olvidó al pájaro, a su padre y todas las buenas enseñanzas.

Cuando transcurrió cierto tiempo y el hijo mayor no volvió a casa, el mediano se puso en camino con la intención de buscar al pájaro de oro. Al igual que el mayor, se encontró con el zorro, cuyo buen consejo no siguió. Al llegar a las dos posadas vio a su hermano en la ventana de una de ellas, de la que salían gritos de júbilo. El hermano lo llamó, y él no pudo resistir la tentación: entró y se dedicó a divertirse.

De nuevo transcurrió un tiempo; entonces el hijo menor quiso ponerse en camino para probar fortuna, pero el padre no quería consentirlo.

“Es un inútil”, dijo, “menos podría encontrar él el pájaro de oro que sus hermanos; y si le ocurriese alguna desgracia no sabría cómo salir de ella, pues le falta madera”. Pero finalmente, tanto insistió el pequeño, que el padre dio su consentimiento.

En el lindero del bosque estaba de nuevo el zorro, que rogó por su vida y le impartió el buen consejo. El joven era bondadoso y dijo: “Puedes estar tranquilo, zorrillo, que no te haré ningún daño”. “No habrás de arrepentirte de ello”, respondió el zorro, “y para que puedas ir más rápidamente, móntate atrás, en mi rabo.

Apenas se había sentado cuando el zorro se puso a correr, lanzándose a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. Cuando llegaron a la aldea, el joven se bajó, siguió el buen consejo y entró sin titubear en la posada de más baja condición, donde pasó la noche tranquilamente.

A la mañana siguiente, cuando salió al campo, estaba de nuevo allí el zorro, que le dijo: “Voy a decirte lo que has de hacer. Camina siempre en línea recta; llegarás a un palacio ante el cual está apostada toda una hueste de soldados; pero no te preocupes por ellos, pues todos dormirán y roncarán. Pasa entre ellos directamente hacia el palacio, donde reconocerás todas las habitaciones, hasta que llegues a una alcoba en la que encontrarás a un pájaro de oro en una jaula de madera. Al lado se encuentra, como adorno, una jaula de oro vacía; pero guárdate de sacar al pájaro de su jaula mala y de meterlo en la lujosa: de lo contrario te irá mal”.

Y al decir esto, el zorro estiró de nuevo su rabo y el príncipe se sentó en él; y

entonces se lanzó el zorro campo traviesa y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. En el palacio el príncipe se lo encuentra todo como le había dicho el zorro.

El príncipe entró en la alcoba, en la que estaba el pájaro de oro en su jaula de madera; una jaula de oro se encontraba al lado; pero las tres manzanas de oro estaban esparcidas por la alcoba.

El príncipe, sin embargo, entonces pensó que sería ridículo dejar al hermoso pájaro en jaula tan común y fea; abrió la puerta, lo cogió y lo metió en la de oro. Pero en ese mismo momento el pájaro lanzó un penetrante chillido. Los soldados despertaron, entraron en el palacio y encarcelaron al príncipe. A la mañana siguiente tuvo que comparecer a juicio, y, como lo confesara todo, fue condenado a muerte. Sin embargo, el rey dijo que le perdonaría la vida con una condición: que le trajera el caballo de oro, que corría más veloz que el viento; y después, como recompensa, recibiría además el pájaro de oro.

El príncipe se puso en camino, pero daba suspiros y estaba triste; pues, ¿dónde podía encontrar el caballo de oro? Y de repente vio a su viejo amigo, el zorro, sentado a la orilla del camino.

“¿Ves?” dijo el zorro, “eso te ha pasado por no hacerme caso. Pero, ánimo, quiero ayudarte y decirte cómo puedes encontrar el caballo de oro. Tendrás que andar en línea recta, hasta que llegues a un palacio; allí, en un establo, se encuentra el caballo. Ante el establo estarán tumbados los palafreneros, pero dormirán y roncarán; y podrás sacar tranquilamente el caballo de oro. Mas una cosa has de tener en cuenta: ponle la silla mala, hecha de madera y cuero, y no la de oro que allí está colgada; de lo contrario, te irá mal”.

Entonces extendió el zorro su rabo, el príncipe se sentó en él, y el zorro se lanzó a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. Todo sucedió tal como lo había dicho el zorro: el príncipe llegó al establo donde se encontraba el caballo de oro; pero, cuando iba a ponerle la silla mala, pensó: “Es una injuria para un animal tan hermoso el que no le ponga la buena silla que le corresponde”. Pero no había hecho más que rozar con la silla de oro al caballo cuando comenzó a relinchar con gran estruendo. Los palafreneros se despertaron, se apoderaron del joven y lo encarcelaron. A la mañana siguiente fue conducido a juicio y condenado a muerte, pero el rey prometió perdonarle la vida, y darle además el caballo de oro, si lograba rescatar a la hermosa princesa que se encontraba en el palacio de oro.

Apesadumbrado se puso en camino el joven, pero, por suerte suya, se encontró pronto con el fiel zorro.

“Debería abandonarte en tu desgracia”, dijo el zorro, “pero me das lástima y quiero ayudarte de nuevo en tu penuria. Tu camino te conducirá directamente al palacio de oro. Llegarás por la tarde; por la noche, cuando todo esté en calma, la hermosa princesa va al baño a refrescarse. Cuando entre, abalázate sobre ella y dale un beso; entonces te seguirá, y te la podrás llevar; pero no permitas que se despida antes de sus padres; de lo contrario, te irá mal”.

Entonces el zorro extendió su rabo, el príncipe se sentó en él, y el zorro se lanzó a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento.

Esperó hasta la medianoche. Cuando todos dormían profundamente y la hermosa doncella se dirigía al baño, el príncipe se abalanzó sobre ella y le dio un beso. Ella dijo que se iría gustosa con él, pero le suplicó encarecidamente y con lágrimas en los ojos que le permitiera despedirse antes de sus padres. Al principio el príncipe resistió a sus súplicas, pero cuando siguió llorando y gimiendo y se arrojó a sus pies, cedió. Y apenas había llegado la doncella junto a la cama de su padre, éste se despertó y con él todos cuantos estaban en palacio, y el joven fue detenido y apresado.

A la mañana siguiente le habló el rey: “Mereces la muerte; sólo obtendrás clemencia si desmontas la montaña que se encuentra delante de mi ventana y que me quita la vista; y esto lo habrás de hacer en ocho días. Si lo logras, tendrás a mi hija en recompensa”.

El príncipe se puso a cavar y a apalear tierra sin descanso; pero cuando pasaron siete días y vio lo poco que había realizado y que todo su trabajo no representaba nada, le invadió una inmensa tristeza y perdió toda esperanza.

En la tarde del séptimo día se presentó el zorro y le dijo: “No mereces que te ampare, pero ve y acuéstate; haré el trabajo por ti”.

A la mañana siguiente, cuando se despertó y miró por la ventana, la montaña había desaparecido. El joven se apresuró gozoso al rey le anunció que la condición estaba ya cumplida, diciéndole que, lo quisiera o no, ahora tendría él que cumplir su palabra dándole a su hija. Ambos, pues, emprendieron el camino.

No pasó mucho tiempo sin que se les presentara el fiel zorro.

“Tienes ya lo mejor”, dijo, “pero a la doncella del palacio de oro le pertenece también el caballo de oro. “¿Cómo he de conseguirlo?” preguntó el joven. “Te lo diré”, respondió el zorro; “en primer lugar habrás de llevar la hermosa doncella al rey que te envió al palacio de oro. Se alegrarán muchísimo, te enseñarán con gusto el caballo de oro y te lo darán. Móntate inmediatamente y dales a todos la mano de

despedida; al final se la darás a la hermosa doncella, y cuando la hayas cogido, móntala de un tirón y sal huyendo; nadie podrá alcanzarte, pues el caballo es más rápido que el viento”. Todo fue realizado felizmente, y el príncipe se llevó a la hermosa doncella en el caballo de oro.

El zorro no se quedó atrás y le dijo al joven: “Ahora quiero ayudarte también a que consigas el pájaro de oro. Cuando estés en las cercanías del palacio en el que se encuentra el pájaro, haz apear a la doncella, que yo la cuidaré. Entonces cabalga con el caballo de oro hasta el patio del palacio; al verte cundirá la alegría y sacarán el pájaro de oro. En cuanto hayas cogido la jaula, vuelve a galope tendido adonde estamos nosotros y recoge a la doncella”.

Una vez llevado el plan a feliz término, y cuando el príncipe se disponía a regresar a su hogar con sus tesoros, dijo el zorro: “Ahora has de recompensarme por mi ayuda”. “¿Qué pides por ello?” preguntó el joven. “Cuando llegemos a ese bosque, mátame de un tiro y córtame la cabeza y zarpas”. “¡Bonito agradecimiento sería éste!” dijo el príncipe; “no puedo hacer eso”.

Entonces el zorro dijo al príncipe: “Si no quieres hacerlo, he de abandonarte; pero, antes de que me vaya, quiero darte un buen consejo. Cuídate de dos cosas: no compres carne de cadalso y no te sientes al borde de un pozo”. Y diciendo estas palabras desapareció en el bosque.

El joven pensó: “Es un animal extraño y con ideas muy raras. ¡Quién va a comprar carne de cadalso! ¿Y las ganas de sentarme al borde de un pozo?... la verdad es que nunca las he tenido”. Siguió cabalgando con la hermosa doncella, y el camino le condujo de nuevo a la aldea en la que se habían quedado sus dos hermanos. Allí había un tropel de gente que armaba mucho alboroto, y cuando preguntó qué pasaba le respondieron que dos hombres iban a ser ahorcados. Cuando se acercó más, vio que eran sus hermanos, los cuales habían cometido toda suerte de barrabasadas y habían derrochado todos sus bienes. Preguntó si no podrían ser puestos en libertad. “Si queréis pagar por ellos”, respondió la gente, “¿por qué queréis desperdiciar vuestro dinero en esos malvados, pagando su rescate?”.

El príncipe no recapacitó y pagó por ellos; y cuando hubieron sido puestos en libertad, prosiguieron juntos el viaje.

El príncipe llegó con sus dos hermanos al bosque, donde se habían encontrado por primera vez con el zorro, y comoquiera que hacía fresco, y se estaba bien, y el sol ardía en la espalda, dijeron los dos hermanos: “Vamos a descansar aquí un poco, a orillas del pozo, a comer y a beber”. El príncipe dio su consentimiento, y en el curso

de la conversación se olvidó de sí mismo, se sentó al borde del pozo y no se preocupó de qué pudiera pasarle.

Pero los dos hermanos le dieron un empujón, haciéndole caer de espaldas al pozo, y se apoderaron de la doncella, del caballo y del pájaro de oro y se fueron al palacio del padre. “No sólo traemos el pájaro de oro”, dijeron; “nos hemos apoderado también del caballo de oro y de la doncella del palacio de oro”.

Y reinó allí una gran alegría; pero el caballo no comía, el pájaro no cantaba y la doncella permanecía sentada y llorando.

Pero el hermano menor no había muerto. Afortunadamente el pozo estaba seco, y el príncipe cayó sobre una capa de blando musgo, sin herirse, aunque sin poder salir. Tampoco le abandonó el fiel zorro en esa cuita: llegó corriendo a verle y le reprochó no haber seguido su consejo. “Pero no puedo permitirlo”, dijo, “te ayudaré a salir”.

Le dijo que se agarrara fuertemente a su rabo, y lo sacó del pozo.

“Todavía no estás libre de peligros”, dijo el zorro; “tus hermanos no estaban seguros de tu muerte y han apostado centinelas por el bosque: tienen órdenes de matarte al verte.

Un pobre estaba sentado a la orilla del camino. El joven cambió sus ropas por las suyas y llegó de esta forma a la corte del rey. Nadie lo reconoció, pero el pájaro empezó a cantar, el caballo a comer, y la hermosa doncella dejó de llorar.

“¿Qué significa eso?” preguntó el rey admirado. “No lo sé”, respondió la doncella, “pero estaba tan triste y ahora estoy tan contenta. Es como si hubiera llegado mi verdadero prometido”. Y le contó todo lo que le había pasado, pese a que los otros hermanos la habían amenazado con la muerte si decía algo.

El rey mandó venir a todas las personas que se encontraban en su palacio; entonces se presentó también el joven, como un pobre, con sus andrajosas ropas, pero la doncella lo reconoció inmediatamente y se echó en sus brazos. Los malditos hermanos fueron detenidos y ejecutados; y él se casó con la hermosa doncella y fue designado príncipe heredero.

Pero, ¿qué paso con el pobre zorro? Mucho tiempo después fue el príncipe de nuevo al bosque; el zorro le salió al paso y le dijo: “Posees todo cuanto puedas desear, pero mi desgracia no tiene fin, y en tu poder está el salvarme”. Y de nuevo le rogó encarecidamente que le matase a tiros y le cortase la cabeza y las zarpas. El príncipe lo hizo, y apenas había realizado el acto cuando el zorro se transformó en un joven, que era ni más ni menos que el hermano de la hermosa hija del rey, quien

finalmente salía del encanto que pesaba sobre él. Y entonces ya nada faltó para su felicidad mientras vivieron.



Allá en tiempos remotos vivía un rey que tenía un precioso jardín de recreo detrás de su palacio; en él había un árbol que daba manzanas de oro.

El cuento comienza presentando al ser humano en su verdadera esencia, de forma escueta pero muy sugestiva: un rey, un palacio real, un jardín de delicias detrás de él y en él un manzano que lleva manzanas de oro. Cuando santa Teresa, al comienzo de *Las Moradas*, busca una imagen para el alma humana creada a imagen de Dios y por lo tanto tan incognoscible como Él, se le ocurre la comparación con un palacio todo de diamante o muy clara cristal, en el que vive un rey, que es Dios.



Detrás del palacio, dice el cuento, hay un jardín de delicias, es decir, cuando el ser humano es lo que realmente es, de estirpe real, noble y libre, surgen paz y gozo desde donde no se sabe. La parte trasera de la casa es para la tradición zen la parte oculta, inconsciente del ser humano, que suele estar llena de trastos y desorden. Pero en este caso es un jardín delicioso. En el inconsciente no hay desorden, y sólo surge buena

fragancia, gozo y alegría. Es el paraíso, que está dentro, en el corazón humano; es el paraíso o Tierra Pura en el budismo, de la que el Sexto Patriarca Zen de china igualmente dice que está dentro y no hay que buscarla fuera, al Oeste.

Viviendo así, los frutos que da en la vida son oro puro, tiene “manos de santo”, su vida es fértil y cuanto hace tiene un valor infinito, “tiene buen fin”, dice un salmo.

Así es en el fondo y así ha de llegar a manifestarse. Sin embargo, no ocurre así desde el principio, y es un camino largo hasta llegar a ser lo que en el fondo ya se es de siempre y que no se puede dejar de ser nunca. Con palabras de Angelus Silesius:

En cada cual está aquel que debe ser;
si no lo es, feliz no puede ser,

En lo que sigue, el cuento, partiendo de la situación que hay de hecho, describe el camino de cómo reencontrarse consigo mismo, lo cual en este caso es un camino especialmente difícil y lleno de escollos, que roza muchas veces la muerte.

Cuando las manzanas maduraban eran contadas, pero a la mañana siguiente siempre faltaba una. Esto le fue comunicado al rey, quien ordenó que se apostase una guardia todas las noches bajo el árbol.

En algún momento de la vida el ser humano se da cuenta de que van desapareciendo manzanas de oro del árbol plantado en el jardín, es decir que algo importante va faltando y se le va escurriendo de la vida. Lo que siempre pone en marcha y lanza al ser humano a una búsqueda, es una insatisfacción; al principio muchas veces ni se sabe qué es la manzana de oro que falta, sólo hay un sentimiento de malestar y pérdida.

El rey tenía tres hijos; de ellos, envió al mayor al jardín al caer la noche; pero, en cuanto llegó la medianoche, no pudo dominar el sueño, y a la mañana siguiente faltaba de nuevo una manzana. La siguiente noche tuvo que hacer guardia el segundo hijo, pero tampoco a él le fue mejor: cuando dieron las doce se durmió, y por la mañana faltaba una manzana. Ahora le tocaba montar guardia al tercer hijo, que estaba dispuesto a ello, mas el rey no confiaba mucho en él y pensaba que lo haría mucho peor que sus hermanos; no obstante, accedió al fin. El joven se apostó, pues, debajo del árbol, se mantuvo vigilante y no dejó que el sueño lo dominara. Cuando dieron las doce, algo zumbó por los aires, y, a la luz de la luna, vio a un pájaro cuyas plumas relucían como oro puro.

El rey, que habita el fondo del corazón, decide que hay que vigilar. La vigilancia es fundamental en el camino de la vuelta al verdadero ser. El rey tiene tres hijos, el mayor y el segundo, el entendimiento y la voluntad, no son capaces de mantenerse despiertos

durante la noche, en los momentos de oscuridad, de desierto. Como ocurre también en otros cuentos, al final resulta ser el tercero, del que no se esperaba gran cosa, el único capaz de permanecer vigilante toda la noche. Hace falta algo más que el entendimiento y la voluntad para estar vigilantes y llegar a ver al pájaro de oro que se lleva la manzana.

El pájaro se posó en el árbol, y no había acabado de cortar una manzana cuando el joven le lanzó un dardo. El pájaro huyó, pero el dardo había hecho blanco en su plumaje, y una de sus plumas de oro cayó al suelo. El joven la recogió, se la llevó al rey a la mañana siguiente y le contó lo que había visto por la noche. El rey mandó reunir el consejo, y todos declararon que una pluma como aquella valía más que todo el reino. Si la pluma es tan valiosa –declaró el rey–, nada hago con una sola: quiero y tengo que tener el pájaro completo.

El pájaro está relacionado con lo espiritual, sus alas ligeras no tiran hacia abajo sino que elevan hacia arriba en un rápido ascenso. El joven lo ve a la luz de la luna, que en sí misma ya es una imagen del despertar. Pero es sólo un primer reencuentro fugaz con esta su verdadera naturaleza, que no alcanza a ver el entendimiento ni captar la voluntad. Aunque el pájaro logra escapar, la flecha del príncipe le ha arrancado una pluma, la cual según los consejeros del rey vale más que todas las riquezas del país. Realmente, no hay punto de comparación con ese tesoro, al que no llega la polilla ni el ladrón (Mt 6,19-21). Ése hay que buscar, dice Jesús a los que lo escuchan. La pluma encierra una promesa, la del pájaro entero. Y es cuestión ahora de ponerse en camino para encontrarlo.

El mayor de los hijos se puso en camino, y confiando en su inteligencia pensó que encontraría al pájaro de oro. Cuando había recorrido un trecho vio a un zorro sentado en el lindero de un bosque, empuñó la escopeta y lo apuntó con ella. “¡No me dispares!” gritó el zorro, “te daré un buen consejo a cambio. Tú vas en busca del pájaro de oro y llegarás esta noche a una aldea en la que hay dos posadas, una enfrente de la otra. La una está muy iluminada y tiene mucha animación: no entres en ella; vete a la otra, aun cuando te parezca peor”.

“¡Cómo podría un animal tan estúpido dar un consejo razonable!”, pensó el príncipe, y apretó el gatillo, pero no atinó a darle al zorro, que estiró el rabo y se internó corriendo en el bosque. A continuación prosiguió su marcha y llegó por la tarde a la aldea, en la que se encontraban las dos posadas: en una de ellas se cantaba y se brindaba, y la otra ofrecía un aspecto pobre y siniestro. “Sería un loco”, pensó, “si entrase en esa posada de mala muerte, renunciando a esa otra tan buena”. Así que entró en la alegre, se corrió una juerga y olvidó al pájaro, a su padre y todas las buenas enseñanzas.

Cuando transcurrió cierto tiempo y el hijo mayor no volvió a casa, el mediano se puso en camino con la intención de buscar al pájaro de oro. Al igual que el mayor, se encontró con el zorro, cuyo buen consejo no siguió. Al llegar a las dos posadas vio a su hermano en la ventana de una de ellas, de la que salían gritos de júbilo. El hermano lo llamó, y él no pudo resistir la tentación: entró y se dedicó a divertirse.

Siempre se va por buen camino cuando hay humildad y amor. A los dos hermanos mayores les pierde su orgullo que es incapaz de escuchar, no ya a un enano, como ocurre en el cuento del *Agua de la vida*, sino en este caso a un zorro, al que consideran un animal ridículo, incapaz de dar un buen consejo, un irracional del que no se puede aprender nada; una opinión que desgraciadamente abunda entre los humanos. Y para remachar su desprecio, en un arranque de agresividad intentan matar al zorro, que es su propia sombra. El orgullo, unido a la codicia, les lleva más tarde a alojarse en la posada mejor y olvidarse de lo que andaban buscando. Representan el ser humano que ha visto, pero ha olvidado lo que ha visto. Se ha dispersado, perdiéndose en las cosas exteriores. Ha ocurrido como con la semilla que cae entre zarzas que la ahogan (Mt 13,22).

Pero hay otra posibilidad.

De nuevo transcurrió un tiempo; entonces el hijo menor quiso ponerse en camino para probar fortuna, pero el padre no quería consentirlo.

–Es inútil –dijo–, menos podría encontrar él el pájaro de oro que sus hermanos; y si le ocurriese alguna desgracia no sabría cómo salir de ella, pues le falta madera. Pero finalmente, tanto insistió el pequeño que el padre dio su consentimiento.

En el lindero del bosque estaba de nuevo el zorro, que rogó por su vida y le impartió el buen consejo. El joven era bondadoso y dijo: “Puedes estar tranquilo, zorrito, que no te haré ningún daño”. – “No habrás de arrepentirte de ello”, respondió el zorro, “y para que puedas ir más rápidamente, móntate atrás, en mi rabo”.

El tercer príncipe, el más pequeño y menos importante a los ojos de la gente, es amable, sencillo y escucha al zorro. “Sigue derecho” y “no tengas miedo” son consejos recibidos en repetidas ocasiones. El zorro, proverbialmente listo y precavido, le sabe advertir contra los peligros con que se va a encontrar. Es a la vez la sombra del ser humano, es decir la luz, pero en la forma del árbol que se interpone. El ser humano es de estirpe real, pero por algún conjuro tiene aspecto de zorro. Cabalgando sobre esa sombra es como se llega más aprisa y más derecho, nunca despreciándola. Lo curioso es que el príncipe va montado en el rabo, no en la espalda del zorro, y de esta manera va que vuela; es toda una imagen de cómo el tiempo transcurre rápido, o incluso desaparece,

cuando se va montando en el rabo, es decir donde termina la propia sombra, como ocurre en momentos de profundo recogimiento o en el sanmai del zen.

Apenas se había sentado cuando el zorro se puso a correr, lanzándose a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. Cuando llegaron a la aldea, el joven se bajó, siguió el buen consejo y entró sin titubear en la posada de más baja condición, donde pasó la noche tranquilamente.

A la mañana siguiente, cuando salió al campo, estaba de nuevo allí el zorro, que le dijo: “Voy a decirte lo que has de hacer. Camina siempre en línea recta; llegarás a un palacio ante el cual está apostada toda una hueste de soldados; pero no te preocupes por ellos, pues todos dormirán y roncarán. Pasa entre ellos directamente hacia el palacio, donde reconocerás todas las habitaciones, hasta que llegues a una alcoba en la que encontrarás a un pájaro de oro en una jaula de madera. Al lado se encuentra, como adorno, una jaula de oro vacía; pero guárdate de sacar al pájaro de su jaula mala y de meterlo en la lujosa: de lo contrario te irá mal”.

Y al decir esto, el zorro estiró de nuevo su rabo y el príncipe se sentó en él; y entonces se lanzó el zorro campo traviesa y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. En el palacio el príncipe se lo encuentra todo como le había dicho el zorro.

El príncipe entró en la alcoba, en la que estaba el pájaro de oro en su jaula de madera; una jaula de oro se encontraba al lado; pero las tres manzanas de oro estaban esparcidas por la alcoba.

Después de atravesar todas las habitaciones, o moradas, como diría santa Teresa, muchos recovecos del alma, ahí está el pájaro de oro. Ahora el príncipe lo ve entero. Pero esta vez no hará caso de la advertencia del zorro. No parece que le mueva algún provecho propio sino la consideración de que el pájaro de oro no debe estar en una jaula fea sino en una jaula de oro. Se trata de un peligro mucho más sutil que el de entrar en una posada de diversiones, es decir extra-versiones. Pero la verdad es que lo mejor es no meter al pájaro de oro en una jaula de oro, no querer apresar la experiencia de lo que trasciende todo en ninguna jaula de palabras por elevadas que sean, no querer apropiarse de ella como de una propiedad, y si hay que valerse de una imagen para indicar eso, que al menos sea una jaula fea, algo que no vale nada, que no distrae la vista de lo esencial, que es el pájaro vivo.

El príncipe, sin embargo, entonces pensó que sería ridículo dejar al hermoso pájaro en jaula tan común y fea; abrió la puerta, lo cogió y lo metió en la de oro. Pero en ese mismo momento el pájaro lanzó un penetrante chillido. Los soldados despertaron,

entraron en el palacio y encarcelaron al príncipe. A la mañana siguiente tuvo que comparecer a juicio, y, como lo confesara todo, fue condenado a muerte.

Sin embargo, en este camino, aunque se falle una y más veces, nunca está todo perdido. Siempre sigue estando esa “luz que nunca falta en el alma”³⁶, como dice san Juan de la Cruz, y por lo tanto siempre es posible empezar de nuevo y seguir, superando la tristeza y el desánimo. El Rey, que vive en el hondón del alma, al que no se puede engañar, pero que a la vez no quiere la muerte del ser humano sino la vida, anima y muestra una salida.

El rey dijo que le perdonaría la vida con una condición: que le trajera el caballo de oro, que corría más veloz que el viento; y después, como recompensa, recibiría además el pájaro de oro.

¿Qué pide el rey al pedir un caballo de oro? El caballo está relacionado con la victoria en la lucha. Aquí se trata de una lucha interior que ha de llevar a la vida de verdad, que no muere nunca. Un carro de fuego con caballos de fuego arrebató al profeta Elías al cielo (2R 2,11).

El príncipe se puso en camino, pero daba suspiros y estaba triste; pues, ¿dónde podía encontrar el caballo de oro? Y de repente vio a su viejo amigo, el zorro, sentado a la orilla del camino.

“¿Ves?” dijo el zorro, “eso te ha pasado por no hacerme caso. Pero, ánimo, quiero ayudarte y decirte cómo puedes encontrar el caballo de oro. Tendrás que andar en línea recta, hasta que llegues a un palacio; allí, en un establo, se encuentra el caballo. Ante el establo estarán tumbados los palafreneros, pero dormirán y roncarán; y podrás sacar tranquilamente el caballo de oro. Mas una cosa has de tener en cuenta: ponle la silla mala, hecha de madera y cuero, y no la de oro que allí está colgada; de lo contrario, te irá mal”.

Entonces extendió el zorro su rabo, el príncipe se sentó en él, y el zorro se lanzó a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento. Todo sucedió tal como lo había dicho el zorro: el príncipe llegó al establo donde se encontraba el caballo de oro; pero, cuando iba a ponerle la silla mala, pensó: “Es una injuria para un animal tan hermoso el que no le ponga la buena silla que le corresponde”. Pero no había hecho más que rozar con la silla de oro al caballo cuando comenzó a relinchar con gran estruendo. Los palafreneros se despertaron, se apoderaron del joven y lo encarcelaron. A la mañana siguiente fue conducido a juicio y condenado a muerte, pero el rey prometió perdonarle la vida, y darle además el caballo de oro, si lograba

rescatar a la hermosa princesa que se encontraba en el palacio de oro.

El príncipe falla nuevamente, al hacer por segunda vez caso omiso del consejo del zorro y poner una montura de oro encima del caballo de oro. Hay que montar en el caballo de oro con una montura que no llama la atención, como sin montura, vida sin más, pura y desnuda. Por segunda vez roza la muerte.

Apesadumbrado se puso en camino el joven, pero, por suerte suya, se encontró pronto con el fiel zorro.

“Debería abandonarte en tu desgracia”, dijo el zorro, “pero me das lástima y quiero ayudarte de nuevo en tu penuria. Tu camino te conducirá directamente al palacio de oro. Llegarás por la tarde; por la noche, cuando todo esté en calma, la hermosa princesa va al baño a refrescarse. Cuando entre, abalázate sobre ella y dale un beso; entonces te seguirá, y te la podrás llevar; pero no permitas que se despida antes de sus padres; de lo contrario, te irá mal”.

Entonces el zorro extendió su rabo, el príncipe se sentó en él, y el zorro se lanzó a campo traviesa, y a tal velocidad que sus pelos silbaban al viento.

De nuevo un momento de esos en que desaparece el tiempo, un momento de abismamiento que le vuelve a acercar al oro de su verdadera naturaleza, el palacio de oro. Son también momentos en que desde el fondo del corazón se intuye qué hay que hacer, juntamente con la fuerza para seguir en el camino.

Esperó hasta la medianoche. Cuando todos dormían profundamente y la hermosa doncella se dirigía al baño, el príncipe se abalanzó sobre ella y le dio un beso. Ella dijo que se iría gustosa con él, pero le suplicó encarecidamente y con lágrimas en los ojos que le permitiera despedirse antes de sus padres. Al principio el príncipe resistió a sus súplicas, pero cuando siguió llorando y gimiendo y se arrojó a sus pies, cedió. Y apenas había llegado la doncella junto a la cama de su padre, éste se despertó y con él todos cuantos estaban en palacio, y el joven fue detenido y apresado.

A la mañana siguiente le habló el rey: “Mereces la muerte; sólo obtendrás clemencia si desmontas la montaña que se encuentra delante de mi ventana y que me quita la vista; y esto lo habrás de hacer en ocho días. Si lo logras, tendrás a mi hija en recompensa”.

Por tres veces el príncipe no siguió el consejo del zorro, que sin embargo siempre vuelve a acudir en su ayuda salvándole de la muerte. Los consejos que da parecen consejos cada vez más difíciles de cumplir porque aparentemente van contra algo en apariencia bueno. Se dice desde antiguo que el mal ángel tienta a la persona que busca el

bien con algo bueno para llevársela luego a su terreno³⁷: aquí con lo apropiado, lo digno, lo compasivo. Con tentarle a entrar en una posada elegante y de diversión no tuvo éxito, pero ahora sí: pues en el primer caso le parece ridículo meter al pájaro de oro en una jaula fea de madera, en el segundo caso le parece una injuria poner al caballo de oro la montura mala de madera y cuero, y en el tercer caso se rendirá ante las lágrimas de la princesa que pide poderse despedir de sus padres.

El príncipe se puso a cavar y a apalear tierra sin descanso; pero cuando pasaron siete días y vio lo poco que había realizado y que todo su trabajo no representaba nada, le invadió una inmensa tristeza y perdió toda esperanza.

Este momento de tropezar con el límite de las propias fuerzas y rendirse, es esencial. La vida de verdad no se consigue con las propias fuerzas nunca, a pesar de que haya que poner de la propia parte todo lo posible. A Dios rogando y con el mazo dando. Donde el peligro es mayor, la salvación está cerca, decía Rilke. Y efectivamente,

En la tarde del séptimo día se presentó el zorro y le dijo: “No mereces que te ampare, pero ve y acuéstate; haré el trabajo por ti”.

A la mañana siguiente, cuando se despertó y miró por la ventana, la montaña había desaparecido. El joven se apresuró gozoso al rey le anunció que la condición estaba ya cumplida, diciéndole que, lo quisiera o no, ahora tendría él que cumplir su palabra dándole a su hija. Ambos, pues, emprendieron el camino.

El camino, sin embargo, no ha concluido. No ha conseguido todavía el pájaro de oro, a cuya búsqueda había salido. El zorro aparecerá de nuevo y ahora pondrá al servicio del príncipe su capacidad de hacerse con la presa por medio de la astucia y perspicacia, que significan en el cuento una fuerza diferente, no violenta.

No pasó mucho tiempo sin que se les presentara el fiel zorro.

“Tienes ya lo mejor”, dijo, “pero a la doncella del palacio de oro le pertenece también el caballo de oro. “¿Cómo he de conseguirlo?” preguntó el joven. “Te lo diré”, respondió el zorro; “en primer lugar habrás de llevar la hermosa doncella al rey que te envió al palacio de oro. Se alegrarán muchísimo, te enseñarán con gusto el caballo de oro y te lo darán. Móntate inmediatamente y dales a todos la mano de despedida; al final se la darás a la hermosa doncella, y cuando la hayas cogido, móntala de un tirón y sal huyendo; nadie podrá alcanzarte, pues el caballo es más rápido que el viento”. Todo fue realizado felizmente, y el príncipe se llevó a la hermosa doncella en el caballo de oro.

El zorro no se quedó atrás y le dijo al joven: “Ahora quiero ayudarte también a que

consigas el pájaro de oro. Cuando estés en las cercanías del palacio en el que se encuentra el pájaro, haz apearse a la doncella, que yo la cuidaré. Entonces cabalga con el caballo de oro hasta el patio del palacio; al verte cundirá la alegría y sacarán el pájaro de oro. En cuanto hayas cogido la jaula, vuelve a galope tendido adonde estamos nosotros y recoge a la doncella”.

El príncipe hizo cuanto el astuto zorro le había dicho. Consiguió de esta manera, no con sus fuerzas habituales sino con “otra fuerza”, a la princesa del palacio de oro, al caballo de oro y también al pájaro de oro. Pero ahí sigue la sombra del zorro.

“Los seres son innumerables, es mi anhelo salvarlos a todos” recitan quienes practican zen. Según el Sexto Patriarca Zen de China, esto significa en primer lugar salvar a los seres en el propio interior; es decir, todos los personajes que aparecen en el cuento, que son el mismo ser humano en diferentes momentos, que son su verdadera naturaleza, pero distorsionada, como cuando la luz del sol atraviesa una ventana sucia, llena de telarañas y aparece en la pared bajo formas extrañas. Falta salvar al zorro.

Una vez llevado el plan a feliz término, y cuando el príncipe se disponía a regresar a su hogar con sus tesoros, dijo el zorro: “Ahora has de recompensarme por mi ayuda”. “¿Qué pides por ello?” preguntó el joven. “Cuando lleguemos a ese bosque, mátame de un tiro y córtame la cabeza y zarpas”. “¡Bonito agradecimiento sería éste!” dijo el príncipe; “no puedo hacer eso”.

Esto es lo más difícil: hacer lo que hay que hacer cuando aparentemente parece opuesto a algo bueno. Lo engañoso de eso bueno se manifiesta en el cuento por las consecuencias que tiene dejarse llevar por sus consideraciones aparentemente virtuosas, pero que no corresponden a la fidelidad al corazón.

Si Fray Bartolomé de las Casas se hubiera dejado llevar del pensamiento de que los esclavos que él fuera a liberar podían caer en manos de otros que los tratarían mucho peor que él, no hubiera dado el paso de devolverles la libertad y contribuir así de modo importante a la abolición de la esclavitud.

Pero el príncipe no se decide a “matar” al zorro, que significa en este momento del cuento, dar la espalda decididamente a la sombra.

Entonces el zorro dijo al príncipe: “Si no quieres hacerlo, he de abandonarte; pero, antes de que me vaya, quiero darte un buen consejo. Cuídate de dos cosas: no compres carne de cadalso y no te sientes al borde de un pozo”. Y diciendo estas palabras desapareció en el bosque.

Incluso una cuarta vez el príncipe se olvidará del consejo del zorro, esta vez para

salvar a sus hermanos cuando iban a ser ajusticiados por sus fechorías.

El joven pensó: “Es un animal extraño y con ideas muy raras. ¡Quién va a comprar carne de cadalso! ¿Y las ganas de sentarme al borde de un pozo?... la verdad es que nunca las he tenido”. Siguió cabalgando con la hermosa doncella, y el camino le condujo de nuevo a la aldea en la que se habían quedado sus dos hermanos. Allí había un tropel de gente que armaba mucho alboroto, y cuando preguntó qué pasaba le respondieron que dos hombres iban a ser ahorcados. Cuando se acercó más, vio que eran sus hermanos, los cuales habían cometido toda suerte de barrabasadas y habían derrochado todos sus bienes. Preguntó si no podrían ser puestos en libertad. “Si queréis pagar por ellos”, respondió la gente, “¿por qué queréis desperdiciar vuestro dinero en esos malvados, pagando su rescate?”

El príncipe no recapacitó y pagó por ellos; y cuando hubieron sido puestos en libertad, prosiguieron juntos el viaje.

Cuando ya parece todo conseguido, el mal arremete de nuevo. Los elementos venenosos a lo largo del camino se van desinhibiendo, salen a relucir cada vez con mayor claridad, pero es el preámbulo de la curación definitiva, como cuando aparecen los granos del sarampión, lo cual quiere decir que la enfermedad que se estaba encubando ya da la cara y se acerca su curación. San Juan de la Cruz dice: “De esta manera está Dios medicinando y curando al alma... para darle salud...en la tal purga; aquí van saliendo a luz todas sus enfermedades, poniéndoselas en cura, y delante de sus ojos a sentir... así como la humedad que había en el madero no se conocía hasta que dio en el fuego y le hizo sudar y humear y respendar”³⁸.

El príncipe llegó con sus dos hermanos al bosque, donde se habían encontrado por primera vez con el zorro, y comoquiera que hacía fresco, y se estaba bien, y el sol ardía en la espalda, dijeron los dos hermanos: “Vamos a descansar aquí un poco, a orillas del pozo, a comer y a beber”. El príncipe dio su consentimiento, y en el curso de la conversación se olvidó de sí mismo, se sentó al borde del pozo y no se preocupó de qué pudiera pasarle.

Pero los dos hermanos le dieron un empujón, haciéndole caer de espaldas al pozo, y se apoderaron de la doncella, del caballo y del pájaro de oro y se fueron al palacio del padre. “No sólo traemos el pájaro de oro”, dijeron; “nos hemos apoderado también del caballo de oro y de la doncella del palacio de oro”.

Y reinó allí una gran alegría; pero el caballo no comía, el pájaro no cantaba y la doncella permanecía sentada y llorando.

El ser humano cae en un pozo estrecho y oscuro, en una profunda angustia, incluso después de haber llegado a percibir repetidas veces de manera muy viva el oro de la vida auténtica.

Pero el hermano menor no había muerto. Afortunadamente el pozo estaba seco, y el príncipe cayó sobre una capa de blando musgo, sin herirse, aunque sin poder salir. Tampoco le abandonó el fiel zorro en esa cuita: llegó corriendo a verle y le reprochó no haber seguido su consejo. “Pero no puedo permitirlo”, dijo, “te ayudaré a salir”.

Le dijo que se agarrara fuertemente a su rabo, y lo sacó del pozo.

“Todavía no estás libre de peligros”, dijo el zorro; “tus hermanos no estaban seguros de tu muerte y han apostado centinelas por el bosque: tienen órdenes de matarte al verte”.

Un pobre estaba sentado a la orilla del camino. El joven cambió sus ropas por las suyas y llegó de esta forma a la corte del rey. Nadie lo reconoció, pero el pájaro empezó a cantar, el caballo a comer, y la hermosa doncella dejó de llorar.

“Cubierto de barro y polvo, pero cómo sonrío;... hace florecer en un momento los árboles marchitos”, se dice del hombre representado en el décimo y último cuadro del boyero³⁹, una serie de dibujos, cada uno acompañado de un texto y de un poema, que representan el camino al despertar en el zen.

“¿Qué significa eso?” preguntó el rey admirado. “No lo sé”, respondió la doncella, “pero estaba tan triste y ahora estoy tan contenta. Es como si hubiera llegado mi verdadero prometido”. Y le contó todo lo que le había pasado, pese a que los otros hermanos la habían amenazado con la muerte si decía algo.

Esa es otra de las dificultades en el camino, no poder hablar con nadie de lo que sucede hasta que se presenta el momento oportuno, para no empeorar la situación. El rey, que es la personificación de lo justo, es quien en última instancia salva.

El rey mandó venir a todas las personas que se encontraban en su palacio; entonces se presentó también el joven, como un pobre, con sus andrajosas ropas, pero la doncella lo reconoció inmediatamente y se echó en sus brazos. Los malditos hermanos fueron detenidos y ejecutados; y él se casó con la hermosa doncella y fue designado príncipe heredero.

Pasará, sin embargo, mucho tiempo hasta que también el zorro sea salvado.

¿Qué paso con el pobre zorro? Mucho tiempo después fue el príncipe de nuevo al bosque; el zorro le salió al paso y le dijo: “Posees todo cuanto puedas desear, pero mi desgracia no tiene fin, y en tu poder está el salvarme”. Y de nuevo le rogó

encarecidamente que le matase a tiros y le cortase la cabeza y las zarpas. El príncipe lo hizo, y apenas había realizado el acto cuando el zorro se transformó en un joven, que era ni más ni menos que el hermano de la hermosa hija del rey, quien finalmente salía del encanto que pesaba sobre él. Y entonces ya nada faltó para su felicidad mientras vivieron.

La última gran dificultad consiste en que el zorro pide al príncipe por segunda vez que en agradecimiento a su ayuda le mate de un tiro y le corte cabeza y zarpas. El príncipe no será capaz de hacerlo hasta ahora, al final, y con esto el zorro recobra por fin su verdadero aspecto. Es la superación definitiva de la sombra. El príncipe habrá vuelto a casa con la princesa del palacio de oro y su hermano, con un caballo de oro además del pájaro de oro; habrá vuelto al palacio donde en el jardín de delicias crece el árbol de manzanas de oro. Sus fallos habrán contribuido a que a la vuelta trajera mucho más que el pájaro de oro, en cuya búsqueda había salido. ¡Felices fallos! O, como se canta en la Noche Pascual: Felix culpa.

El zorro, sombra y a la vez ángel, está en sintonía con el rey; como ángel es su presencia y protección a lo largo del caminar humano.

El Rey que vive en el hondón del alma ha estado en el trasfondo de todo el cuento, pronuncia la Palabra que no está allá lejos, al otro lado del mar, ni es inalcanzable arriba en el cielo sino que está en el propio corazón (cf Dt 30,11-14): dispuso que había que vigilar, envió a buscar el pájaro de oro y al final salva al justo de todos los males.

[36.](#) San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo II*, 15, 4.

[37.](#) Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales, segundas reglas de discreción* 331-332: “El mal angel... consuela al ánima para lo contrario (de provecho del ánima) y adelante para traerla a su dañada intención y malicia... Propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones”.

[38.](#) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva I*,21-22.

[39.](#) Ana María Schlüter, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 2007³, 16-19.

3

EL ZORRO Y LAS OCAS

(Estar vigilantes y aprender a discernir)

Una vez un zorro llegó a un prado donde estaba descansando una manada de hermosas ocas bien nutridas. Al verlas se rió y se dijo: “Llego muy a punto, estáis reunidas y bien colocadas, de manera que podré comer una tras otra”. Las ocas empezaron a cacarear muy asustadas, a lamentarse y a implorar clemencia para sus vidas. Pero el zorro no quería oír hablar de nada y dijo: “No hay clemencia, tenéis que morir”. Por fin una de las ocas hizo de tripas corazón y dijo: “Ya que nosotras las ocas hemos de perder nuestra joven vida, concédenos una única gracia y permítenos rezar para no morir en nuestros pecados: luego nos pondremos en fila para que puedas ir escogiendo cada vez la más gorda”. “De acuerdo, dijo el zorro, eso es justo y es una petición piadosa: rezad, y mientras tanto esperaré”. Así que la primera oca empezó una oración bastante larga, haciendo siempre “¡ga!, ¡ga!” y ya que no estaba terminando nunca, empezó la segunda sin esperar su turno haciendo también “¡ga! ¡ga!”. Le siguieron la tercera y la cuarta, y al cabo de poco estaban cacareando todas juntas.

Y cuando hayan acabado de rezar, se terminará de contar el cuento; pero por ahora todavía siguen cacareando sus oraciones.



En este breve cuento el zorro aparece como el que va a robar ocas para comérselas. El arte medieval representaba al zorro como imagen del demonio en escenas satíricas; por ejemplo, vestido de monje leyendo a las ocas de un misal y predicándoles, para luego abalanzarse sobre ellas. Esto no se hacía como mofa sino como advertencia para recomendar precaución; el zorro está representado de esta manera en muros de famosas catedrales.⁴⁰

El zorro tiene apariencia de bueno, pero en el fondo se sabe que es astuto, roba y mata y desvía del camino que lleva a la verdadera vida. En este cuento las ocas superan el peligro con la oración. Las ocas son animales relacionados más bien con la simplicidad y la falta de letras, “ganso tonto” se dice. Pero para discernir no hace falta necesariamente saber mucho, tener erudición, lo más importante es tener buen “olfato” y sentido común.

También para san Juan de la Cruz el zorro es alguien que se interpone en el camino que lleva a la vida, en un sentido más profundo y delicado, donde es difícil darse cuenta

y discernir: representa a los que están “hechos las raposillas que demuelen la florida viña del alma” (L III,55), por no dejar pasar a contemplación, a la oración de recogimiento, más allá de pensamientos y palabras. Pero aun habiendo pasado a contemplación mística, pueden volver a aparecer “raposillas”, tanto en tiempos de san Juan de la Cruz, como hoy día.

Melquíades Andrés Martín, en una conferencia pronunciada hace años en la Fundación Universitaria Española expuso la “Nueva visión de los ‘alumbrados’ de 1525”, en la que decía: “El alumbradismo de 1525 es una vía espiritual degenerada... Es a la mística del recogimiento como la cizaña al trigo, como la sombra al cuerpo, como lo mal entendido a la verdad, como lo mal vivido a la ortopraxis”.⁴¹ Sin embargo, “cuando se trata de ver si un autor es alumbrado o no, es necesario analizar el contenido doctrinal de sus obra en conjunto, no basta una frase sacada de su contexto... Las fronteras entre recogidos y alumbrados, quietistas y místicos son volátiles y escurridizas”⁴². Melquíades Andrés señala algunos aspectos que distinguen alumbrados de recogidos, siendo así que ambos proponen una vía de unión con Dios, abierta a todos, basada en una experiencia personal:

“Los alumbrados exaltan un teocentrismo exagerado (se podría decir en la situación actual: un centrarse unilateralmente en lo trascendente), mientras que los demás espirituales se levantan a Dios desde el conocimiento propio.

Según ambas vías, las obras externas no nos salvan. Pero para los recogidos son medios para ir a Dios; para los alumbrados, ataduras. Por eso las menosprecian y se refugian en la mera interioridad.



Para los alumbrados la oración vocal es inútil y nociva en el estado de dejamiento. Para los recogidos la oración vocal es buena, meditar la Pasión de Cristo es mejor, la oración de recogimiento es óptima.

Afirman los recogidos: cuanto más perfecto es el cristiano, mejor practica la ley de Dios y de la Iglesia. Los alumbrados: el perfecto está libre de toda ley.

La acción de Dios en el hombre, según los alumbrados, anula la libertad. Según los recogidos, la ilumina y mueve. Son dos vías coincidentes en algunos aspectos y radicalmente divergentes en los más profundos”⁴³.

Según el doctor Marañón, “el alumbrado es un místico de torpe calidad”, y según el franciscano Ortiz, en el caso de los alumbrados se trata de “mal entendimiento de verdaderas palabras”.⁴⁴

Lo admirablemente valiente y libre, lúcido y sano de san Juan de la Cruz (1542-1591) es que supo sortear, por un lado, el camino de las raposillas o zorros que no dejan pasar al recogimiento, y por el otro, el de otras raposillas o zorros que lo entienden y viven torpemente. “No te acontezca incurrir en una enfermedad por guardarte de otra”, dijo fray Francisco de Osuna (+1540), franciscano del convento de recogimiento de La Salceda (provincia de Guadalajara), autor del *Tercer Abecedario* que tanto inspiró a Santa Teresa de Jesús (1515-1582).

⁴⁰. Dorothea Forstner OSB, *Die Welt der christlichen Symbole*. Tyrolia Verlag, Innsbruck/Wien/München 1982⁴, 259.

⁴¹. Melquíades Andrés Martín, *Nueva visión de los “alumbrados” de 1525*. FUE, Madrid 1973,38.

⁴². Ídem, 28.

⁴³. Ídem, 27.

⁴⁴. Ídem, 38.

4

LA REINA DE LAS ABEJAS

(Convertir el corazón de piedra en un corazón de carne)

Dos príncipes se fueron un día en busca de aventuras y cayeron en tal vida frenética y disipada que no regresaron al hogar.

Su hermano menor, considerado el ingenuo, fue a buscarlos; pero cuando finalmente los encontró se burlaron y de él y le dijeron que cómo iba a andar por el mundo, con su ingenuidad, si ellos dos, mucho más inteligentes, no lograron abrirse camino.

Se pusieron los tres en marcha y llegaron a un hormiguero. Los dos mayores querían hurgar en él para ver cómo salían huyendo de miedo las hormiguitas, llevando consigo sus larvas; pero el hermano menor dijo:

“Dejad a los animalillos en paz; no permitiré que los molestéis”.

Siguieron camino y llegaron a un lago en el que nadaban muchísimos patos. Los dos hermanos mayores querían cazar unos cuantos y asarlos, pero el hermano menor no lo permitió y dijo:

“Dejad a los animales en paz; no toleraré que los matéis”.

Finalmente llegaron a una colmena de abejas; en que había tanta miel que hasta chorreaba por el tronco del árbol.

Los dos quisieron hacer fuego bajo el panal para ahogar con el humo a las abejas y quitarles la miel. El hermano menor los contuvo de nuevo y dijo:

“Dejad a los animalillos en paz; no permitiré que los ahuméis”.

Finalmente, los tres hermanos llegaron a un palacio en cuyas cuadras sólo había caballos de piedra; tampoco se veía un alma, y fueron pasando por todos los salones hasta que llegaron, muy al fondo, a una puerta. La puerta tenía tres cerraduras, pero en el centro había una mirilla por la que podía verse la alcoba. Allí vieron a un lúgubre hombrecillo que estaba sentado frente a una mesa.

Los príncipes llamaron una vez, dos veces, pero no les oía; por fin le llamaron por tercera vez; entonces se levantó, descorrió las cerraduras y salió. Pero no pronunció ni una palabra, sino que los llevó hasta una mesa muy bien dispuesta; y cuando hubieron comido y bebido les asignó a cada uno un dormitorio.

A la mañana siguiente se presentó el lúgubre hombrecillo al hermano mayor, le hizo

señas y le condujo hasta una lápida; en ella estaban escritas tres tareas, cuya solución podría desencantar el palacio. La primera consistía en buscar las perlas de la hija del rey, que se encontraban por miles bajo el musgo del bosque; pero si faltaba una sola antes de ponerse el sol quien las hubiese estado buscando se convertiría en piedra. El hermano mayor fue al bosque y buscó durante todo el día; mas al caer la noche sólo había encontrado cien; y sucedió tal como estaba escrito en la lápida: se convirtió en piedra.

Al día siguiente se lanzó el mediano a la aventura; pero le sucedió como al mayor, no encontró más de doscientas perlas y se convirtió en piedra.

Finalmente le tocó el turno al hermano menor; se puso a buscar en el musgo, pero era muy difícil encontrarlas y avanzaba muy lentamente. Entonces se sentó en una piedra y se puso a llorar. Mientras estaba sentado llegó la reina de las hormigas a las que una vez había salvado la vida, con cinco mil más.

No transcurrió mucho tiempo sin que los animalillos hubiesen encontrado todas las perlas y hecho un montón con ellas.

La segunda tarea consistía en sacar del fondo del lago la llave del dormitorio de la princesa. Cuando el hermano menor llegó al lago se acercaron los patos a los que había salvado la vida en una ocasión, bucearon y sacaron la llave del fondo del agua.

La tercera tarea era la más difícil: de entre las tres hijas durmientes del rey había que escoger la más joven y buena. Pero las tres eran exactamente iguales y sólo se diferenciaban en que antes de dormir habían comido diferentes golosinas; la mayor, un terrón de azúcar; la mediana, un poquito de melaza, y la menor, una cucharada de miel. Entonces vino la reina de las abejas a las que el hermano menor protegiera del fuego y se paseó por las bocas de las tres; al final se posó en los labios de la que había comido miel; y así reconoció el príncipe a la verdadera.

El encanto acabó, todos salieron de su sueño y quien había estado petrificado recobró de nuevo su figura humana. El hermano menor se casó con la más pequeña y más buena y fue rey al morir el padre; sus dos hermanos se casaron con las otras dos princesas.



Dos príncipes se fueron un día en busca de aventuras y cayeron en tal vida frenética y disipada que no regresaron al hogar.

El ser humano es de estirpe real, “linaje escogido”, “sacerdocio real” (1 P 2,9). Pero en un momento dado de la vida se ha olvidado de su dignidad inherente y se pierde

rondando lejos de su hogar, de su verdadera casa. Es como el hijo de casa rica que vive errante entre los pobres, caminando de camino oscuro en camino oscuro, como dice Hakuin Zenji, maestro zen japonés del siglo XVIII en su *Zazen Wasan*, “Canto en alabanza del zazen”⁴⁵.

Su hermano menor, considerado el ingenuo, fue a buscarlos; pero cuando finalmente los encontró se burlaron y de él y le dijeron que cómo iba a andar por el mundo, con su ingenuidad, si ellos dos, mucho más inteligentes, no lograron abrirse camino.



Hay una instancia en el ser humano que, siendo mucho menos llamativa y brillante que las potencias de inteligencia y voluntad, una instancia que las trasciende, aparentemente una nulidad, puede reorientar la vida humana desde lo más hondo del corazón. Ciertamente, primero es objeto de burla. Parece mucho más eficaz leer mucho, estudiar mucho sobre la vida, que dejarse orientar por esa especie de brújula interior. También es

más fácil saber de caminos de recogimiento que adentrarse en la práctica de uno de ellos con responsabilidad y decisión. Es menos arriesgado contentarse con dibujos de dragón que con el verdadero dragón.

El cuento narra como el hermano menor, considerado el ingenuo, va en busca de sus hermanos mayores, más inteligentes y brillantes, y acaban caminando juntos. El ser humano comienza a tener en cuenta esa instancia interior, de la que tiende a dudar si realmente hay que hacerle caso.

Se pusieron los tres en marcha y llegaron a un hormiguero. Los dos mayores querían hurgar en él para ver cómo salían huyendo de miedo las hormiguitas, llevando consigo sus larvas; pero el hermano menor dijo:

“Dejad a los animalillos en paz; no permitiré que los molestéis”.

Durante el camino, por una parte asoma agresividad u odio, que aparece con más fuerza cuanto más reprimido haya estado, pero por otra, también surge compasión y bondad, que va a ser decisiva para que el camino lleve a buen fin. Pues “Él protege el camino de los justos y guarda el camino de los fieles” (Pr 2,8) y “manda a sus mensajeros para que te guarden en todos tus caminos” (S 91,11).

Siguieron camino y llegaron a un lago en el que nadaban muchísimos patos. Los dos hermanos mayores querían cazar unos cuantos y asarlos, pero el hermano menor no lo permitió y dijo:

“Dejad a los animales en paz; no toleraré que los matéis”.

El orgullo y el poder sobre los demás es otro de los tres elementos venenosos –odio, codicia y orgullo– que levanta la cabeza al entrar en un camino de recogimiento; también Jesús sufrió en el desierto esa tentación (cf Mt 4,8-11).

Finalmente llegaron a una colmena de abejas; en que había tanta miel que hasta chorreaba por el tronco del árbol.

Los dos quisieron hacer fuego bajo el panal para ahogar con el humo a las abejas y quitarles la miel. El hermano menor los contuvo de nuevo y dijo:

“Dejad a los animalillos en paz; no permitiré que los ahuméis”.

Aquí acecha la codicia y el deseo de la miel, pero de nuevo el hermano menor, el aparentemente ingenuo, supera la situación y reconduce al camino correcto. Y de esta manera, el ser humano logra entrar en su interior, que es como un palacio para santa Teresa, un templo para san Pablo, una ciudad con cinco puertas exteriores y una interior, para el Sexto Patriarca Zen de China.

Finalmente, los tres hermanos llegaron a un palacio en cuyas cuadras sólo había caballos de piedra; tampoco se veía un alma, y fueron pasando por todos los salones hasta que llegaron, muy al fondo, a una puerta. La puerta tenía tres cerraduras, pero en el centro había una mirilla, por la que podía verse la alcoba. Allí vieron a un lúgubre hombrecillo que estaba sentado frente a una mesa.

La vida en este palacio está petrificada o, a primera vista, ausente del todo. Es la imagen de alguien que no vive de verdad, que tiene un corazón de piedra. Pero hay una promesa profética: “Quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Ez 36,26). Pues en lo más recóndito y profundo hay una vida que no puede morir, aunque en algún momento esté muy recluida y languideciendo y tenga aspecto lúgubre. La puerta de acceso está cerrada con tres cerraduras, es decir, de manera muy eficaz, como indica el número tres, y por lo tanto es muy difícil de abrir. Pero por la mirilla se puede ver que hay vida.

Los príncipes llamaron una vez, dos veces, pero no les oía; por fin le llamaron por tercera vez; entonces se levantó, descorrió las cerraduras y salió. Pero no pronunció ni una palabra, sino que los llevó hasta una mesa muy bien dispuesta; y cuando hubieron comido y bebido les asignó a cada uno un dormitorio.

Hay que llamar todas las veces que haga falta:

Calienta lo enfriado,
dobla lo endurecido y
guía lo extraviado...

El tres indica nuevamente eficacia, algo que sobrevive todavía en las rimas de juegos infantiles y en ritos sagrados.

Luego se abre la puerta y, sin palabras, sentados en una mesa, gozan de comida y bebida reconfortantes, como al que en medio de la oscuridad, al entrar en sí, de repente se le abre un espacio de solaz, alivio y consuelo.

A la mañana siguiente se presentó el lúgubre hombrecillo al hermano mayor; le hizo señas y le condujo hasta una lápida; en ella estaban escritas tres tareas, cuya solución podría desencantar el palacio. La primera consistía en buscar las perlas de la hija del rey, que se encontraban por miles bajo el musgo del bosque; pero si faltaba una sola antes de ponerse el sol quien las hubiese estado buscando se convertiría en piedra. El hermano mayor fue al bosque y buscó durante todo el día; mas al caer la noche sólo había encontrado cien; y sucedió tal como estaba escrito en la lápida: se convirtió en piedra.

Al día siguiente se lanzó el mediano a la aventura; pero le sucedió como al mayor, no encontró más de doscientas perlas y se convirtió en piedra.

No basta con encontrar ese solaz y refugiarse ahí. Sería una forma de egocentrismo. Lo más importante en el camino interior es olvidarse de sí mismo para –encontrarse a sí mismo. Hay que desencantar el palacio entero. No basta un momento de iluminación, ha de quedar iluminada la persona entera; la luz, que no falta nunca en el alma, ha de infundir a toda la persona y transformarla enteramente, a ella y a lo que hace.

En primer lugar, según el cuento, han de encontrarse las perlas de la princesa que está encerrada en el palacio. Las perlas tienen que ver con una luz oculta; según algunos mitos, cuando la perla sale de lo profundo del mar y de la ostra, emite un brillo que ha recibido de la luna, del cielo. En el caso del cuento, quizás por ser de tierras interiores, de la Baja Sajonia en Alemania donde no hay mar, las perlas están escondidas bajo el musgo del bosque, que ahí abunda. Pero también es cierto que están escondidas en la madre Tierra, que produce todo tipo de vida. En cualquier caso, no basta la inteligencia de los hijos mayores, la propia fuerza, para encontrarlas.

Finalmente le tocó el turno al hermano menor; se puso a buscar en el musgo, pero era muy difícil encontrarlas y avanzaba muy lentamente. Entonces se sentó en una piedra y se puso a llorar. Mientras estaba sentado llegó la reina de las hormigas a las que una vez había salvado la vida, con cinco mil más.

El hermano menor se da cuenta de su impotencia, se sienta y llora, y al rendirse a la evidencia, de repente viene en su ayuda otro poder, representado por las hormigas a las que había salvado. Pertenecen a los animalillos más pequeños de la tierra y sin embargo son increíblemente inteligentes y muy trabajadoras. Es la sombra transformada.

No transcurrió mucho tiempo sin que los animalillos hubiesen encontrado todas las perlas y hecho un montón con ellas.

Sentarse en silencio cura lo que es imposible curar de forma activa con las propias fuerzas y lleva a descubrir la luz interior. El autor de la *La nube del no-saber*, lo mismo que otros místicos cristianos, así como el Sexto Patriarca Zen de China lo saben muy bien. Dice este último: “En el suelo del propio corazón hay un buda de iluminación que emite una luz muy fuerte... Cuando esta luz se dirige hacia dentro, elimina los tres elementos venenosos, odio, codicia y orgullo, y con ello instantáneamente todos los infiernos”⁴⁶.

La segunda tarea consistía en sacar del fondo del lago la llave del dormitorio de la princesa. Cuando el hermano menor llegó al lago se acercaron los patos a los que

había salvado la vida en una ocasión, bucearon y sacaron la llave del fondo del agua.

En esta tarea se trata de sacar la llave que posibilita el acceso, no a perlas de la princesa sino a la misma princesa, el alma. Está en el fondo del mar. Si las perlas estaban en la tierra que es fértil y produce vida, el agua también está relacionada con la vida, pues es indispensable para la vida naciente. En la tradición zen, un dragón guarda en el fondo del mar un gran tesoro que hay que arrebatarse.

La tercera tarea era la más difícil: de entre las tres hijas durmientes del rey había que escoger la más joven y buena. Pero las tres eran exactamente iguales y sólo se diferenciaban en que antes de dormir habían comido diferentes golosinas; la mayor, un terrón de azúcar; la mediana, un poquito de melaza, y la menor, una cucharada de miel. Entonces vino la reina de las abejas a las que el hermano menor protegiera del fuego y se paseó por las bocas de las tres; al final se posó en los labios de la que había comido miel; y así reconoció el príncipe a la verdadera.

Han colaborado las hormigas de la tierra, los patos del agua y ahora, las abejas que vienen volando por el aire, la sustancia más sutil, que ni siquiera se ve, pero sin la cual no se puede vivir. Con ayuda de la abeja el príncipe reconoce a la verdadera princesa. Es una tarea de discernimiento, tarea muy difícil; decía el místico medieval Ruysbroeck que la mística verdadera se parece a la falsa como dos pelos de la misma cabeza. La reina de las abejas es la única capacitada para realizarla, pues se atribuye a la abeja un sentido, merced al cual sabe distinguir a las personas buenas y rectas de las que no lo son. Para los neoplatónicos tiene relación con el alma y produce un alimento místico, que es la miel. Se alaba su gran habilidad teniendo fuerzas tan reducidas.

Nada más resolver la tercera tarea, el palacio revive. Al tercer día, la resurrección, Cristo resucita en el corazón humano. Es la resurrección que tiene lugar en el corazón humano hoy. La persona sale de la tumba de un corazón de piedra y vuelve a la vida para el bien de ella misma y de muchas otras personas.

El encanto acabó, todos salieron de su sueño y quien había estado petrificado recobró de nuevo su figura humana. El hermano menor se casó con la más pequeña y más buena y fue rey al morir el padre; sus dos hermanos se casaron con las otras dos princesas.

El cuento termina con una triple boda, la unificación de la persona, unificación sagrada y perfecta, sugerida de nuevo por el tres. Siempre ocurre por el camino de la pequeñez y bondad.

- [45.](#) Hakuin Zenji, *Zazen Wasan*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009, 212.
- [46.](#) Versiones Tsung-pao del sutra del Sexto Patriarca: *El sutra de Hui-neng*. EDAF 2001 (basado en la traducción de Thomas Cleary. Shambala, Boston 1998), capº III; Hwei-Neng, *Vida y Enseñanzas*. Luis Cárcamo, Madrid 1985, capº III.

5

JUAN MI ERIZO

(Esta luz nunca falta en el alma)

Érasede una vez un campesino que tenía bastante dinero y buen vivir, pero a pesar de su riqueza, le faltaba algo para ser feliz: no tenía hijos con su esposa. Frecuentemente, cuando iba a la ciudad con otros campesinos, se reían de él y le preguntaban por qué no tenía hijos. Acabó enfureciéndose y cuando llegó a casa dijo: “Quiero tener un hijo, aunque sea un erizo”. Entonces su mujer tuvo un hijo, que por arriba era un erizo y por abajo un muchacho, y cuando ella vio el niño, se asustó y dijo: “Ya ves, nos has traído la maldición”. Entonces dijo el marido: “¿Qué le vamos a hacer? Tenemos que bautizar al chico, pero no podremos conseguir ningún padrino”. Dijo la esposa: “No podemos darle otro nombre que no sea Juan-mi-erizo”. Cuando fue bautizado, dijo el cura: “Debido a sus espinas no puede estar en una cama ordinaria”. Entonces apilaron un poco de paja detrás del horno y Juan-mi-erizo fue colocado encima. Tampoco podía darle de mamar su madre, puesto que le habría pinchado con las púas.

Allí detrás del horno permaneció ocho años. Su padre estaba harto de él y pensaba: “¿Cuándo morirá?”; pero no moría, sino que permanecía allí acostado.

Y sucedió que en la ciudad había mercado. El campesino quería ir y le preguntó a su mujer qué podía traerle: “Un poco de carne y unos panecillos, lo necesario para casa”, dijo. Después preguntó a la criada, que quería unas zapatillas y unas medias. Finalmente dijo también: “Juan-mi-erizo, ¿qué quieres que te traiga?”. “Papaíto”, dijo, “tráeme una gaita”. Cuando volvió a casa el campesino, le dio a su esposa lo que le había comprado, carne y panecillos, a continuación le dio a la criada las zapatillas y las medias y, finalmente, fue detrás del horno y le dio la gaita a Juan-mi-erizo.

Y cuando Juan-mi-erizo tuvo la gaita, dijo: “Papaíto, ahora vete a la herrería y hazme herrar a mi gallo, después montaré en él y no volveré nunca más”. El padre se alegró de poder quitárselo de encima y le hizo herrar el gallo y, cuando estuvo listo, colocó encima a Juan-mi-erizo, que se llevó consigo también unos cerdos y asnos para apacentarlos en el bosque. Una vez en el bosque, el gallo voló con él posándose en un árbol elevado, y sentado allí apacentaba los cerdos y asnos. Y allí estuvo sentado muchos años hasta que la pira fue muy numerosa. Y su padre no sabía

nada él. Sentado en el árbol, tocaba la gaita y hacía música, que era muy bonita. Una vez pasó por allí un rey que se había extraviado y escuchó la música: quedó encantado y envió a su lacayo para que localizase la procedencia de la melodía. Miró alrededor, pero no vio nada más que un pequeño animal sentado arriba en el árbol parecido a un gallo sobre el que estaba sentado un erizo que tocaba la música.

Luego dijo el rey al lacayo que preguntase por qué estaba allí sentado y si conocía cuál era el camino que conducía a su reino. Entonces Juan-mi-erizo bajó del árbol y dijo que le enseñaría el camino si el rey le prometía de palabra y por escrito lo primero que encontrase en el palacio real, nada más llegar a casa. El rey pensó: “Esto puedo hacerlo fácilmente, pues Juan-mi-erizo no comprende y puedo escribir lo que quiera”. Después tomó el rey una pluma y tinta y escribió algo, y tras esto, Juan-mi-erizo le indicó el camino y el rey llegó felizmente a casa. Su hija, cuando le vio venir de lejos, se puso tan contenta que corrió hacia él y le dio un beso. En ese momento se acordó de Juan-mi-erizo y le contó cómo había llegado y que le había prometido por escrito a un extraño animal lo primero que encontrara al llegar a casa, y que el animal estaba sentado sobre un gallo como si se tratase de un caballo y tocaba una hermosa melodía; pero él había escrito que no tendría nada, puesto que Juan-mi-erizo no sabía leer. Con lo que la princesa se alegró y dijo que sería bueno que no saliese nunca más.

Juan-mi-erizo seguía apacentando los cerdos y asnos y siempre estaba alegre, sentado en el árbol y tocando su gaita. Entonces aconteció que llegó otro rey con sus lacayos y mensajeros. Se había perdido y no sabía volver a casa. Tan inmenso era el bosque. En esto oyó igualmente de lejos la hermosa melodía y dijo a uno de sus mensajeros que le agradaría que echase un vistazo. Entonces llegó el mensajero al pie del árbol y vio posado al gallo y a Juan-mi-erizo encima. Le preguntó qué hacía allí arriba. “Cuido de mis cerdos y asnos; pero, ¿qué deseáis?”. El mensajero dijo que se habían perdido y no sabían volver al reino, a no ser que él les mostrase el camino. Entonces Juan-mi-erizo bajó del árbol con el gallo y dijo al anciano rey que le mostraría el camino a cambio de que él le diese lo primero que encontrase al llegar a su palacio real. El rey aceptó y prometió por escrito a Juan-mi-erizo que recibiría lo primero que se encontrase al llegar a su palacio.

Después de sucedido esto, montó sobre el gallo y le mostró el camino, de modo que el rey consiguió volver felizmente a su reino. Cuando llegó a palacio, recibió además una gran alegría. Tenía una única hija, muy hermosa, que corrió hacia él, le abrazó y le besó, contenta del regreso de su anciano padre. Le preguntó en qué

lugares del mundo había estado durante tanto tiempo, y entonces él le contó cómo se había extraviado y que a punto estuvo de no regresar, pero cuando estaba atravesando un inmenso bosque, sentado a horcajadas en un árbol alto había alguien, mitad erizo mitad persona, que tocaba una hermosa melodía, que le había ayudado y le había mostrado el camino. Pero a cambio le había prometido lo primero que encontrase al llegar al palacio real, y era ella, y esto le apenó. Entonces ella le prometió que iría con él cuando viniera, por amor a su anciano padre.

Pero Juan-mi-erizo apacentaba sus cerdos, y los cerdos tuvieron más cerdos, y fueron tantos que llenaron el bosque. Entonces Juan-mi-erizo ya no quiso seguir viviendo en el bosque, y mandó decir a su padre que debían preparar todos los establos de la aldea, pues él llegaría con una piara tan numerosa que cada uno podría matar todos los cerdos que quisiera. Al oír esto, su padre se afligió, puesto que creía que Juan-mi-erizo había muerto hacía muchísimo tiempo. Pero Juan-mi-erizo se sentó sobre su gallo, condujo a los cerdos hasta la aldea y los mandó matar. ¡Y no veas! Hubo una matanza y un descuartizar que se podía oír el ruido hasta a dos horas de distancia.

Después dijo Juan-mi-erizo: “Papaíto, hazme herrar de nuevo mi gallo donde el herrero. Después monto en él y no vuelvo en toda mi vida”. Entonces el padre mandó herrar al gallo y se alegró de que Juan-mi-erizo no quisiera volver.

Juan-mi-erizo cabalgó al primer reino, cuyo rey había advertido que si alguien venía montado sobre un gallo y llevaba consigo una gaita, debían precipitarse sobre él, golpearle y herirle para que no llegase a palacio. En cuanto Juan-mi-erizo llegó allí cabalgando, le amenazaron con las bayonetas, pero picando espuelas al gallo, se fue volando por encima del portal a la ventana del rey, estableciéndose allí y gritándole que debía darle lo prometido, de lo contrario le costaría su vida y la de su hija. Entonces el rey convenció a su hija para que se fuera con él para salvar la vida de él y la suya propia. Así que se vistió de blanco, su padre le dio una carroza con seis caballos y fieles criados, dinero y bienes. Se sentó dentro con Juan-mi-erizo con el gallo y la gaita a su lado. Después de despedirse, partieron, y el rey pensó que no volvería a verla nunca más.

Pero no sucedió así, ya que cuando llevaban recorrida una parte del camino, ya lejos de la ciudad, Juan-mi-erizo le quitó la hermosa vestimenta y la pinchó con su piel de erizo hasta que estuvo cubierta de sangre, diciendo: “Esta es la recompensa por vuestra deslealtad. Márchate, no te quiero”. Y la condujo a toda velocidad a casa, y fue denostada el resto de su vida.

Juan-mi-erizo montó de nuevo en su gallo y con su gaita en dirección al segundo reino, a cuyo rey también había mostrado el camino. Éste había mandado que si llegaba alguien como Juan-mi-erizo, debían presentarle armas, acompañarle adentro libremente, aclamarle y llevarle a palacio. Cuando le vio la hija del rey, se asustó, pues le pareció tan raro que pensó que no podía ser otro que el de la promesa de su padre. Así pues Juan-mi-erizo recibió su bienvenida, y la princesa fue desposada con él.

Se tuvo que sentar en la mesa real al lado de la princesa, y comieron y bebieron alegremente.

Cuando se hizo de noche y se fueron a descansar, ella sintió mucho miedo por las púas; pero él le dijo que no debía temerle, que no padecería ningún daño. Al anciano rey le dijo que hiciera venir a cuatro hombres para velar delante de la puerta de la alcoba y que encendiesen un gran fuego. Él mismo, al entrar en la alcoba para acostarse, se desprendería de su piel de erizo y la depositaría delante de la cama; entonces los hombres se deberían abalanzar rápidamente y tirarla al fuego, permaneciendo allí hasta que el fuego la hubiese consumido.

Cuando dieron las doce campanadas, entró en la alcoba, se quitó la piel de erizo y la dejó delante de la cama; entonces vinieron los hombres y la cogieron rápidamente y la lanzaron al fuego; y una vez que la hubo consumido el fuego, Juan-mi-erizo quedó redimido, y estaba acostado en la cama con forma enteramente humana. Pero estaba negro, del color de carbón, como quemado. El rey llamó a su médico, que le lavó con buenas pomadas y le aplicó bálsamos; entonces quedó blanco y era un caballero joven y apuesto. Cuando lo vio la hija del rey, se alegró, y a la mañana siguiente se levantaron con alborozo, comieron y bebieron, y se celebró la boda, y Juan-mi-erizo heredó el reino del anciano rey.

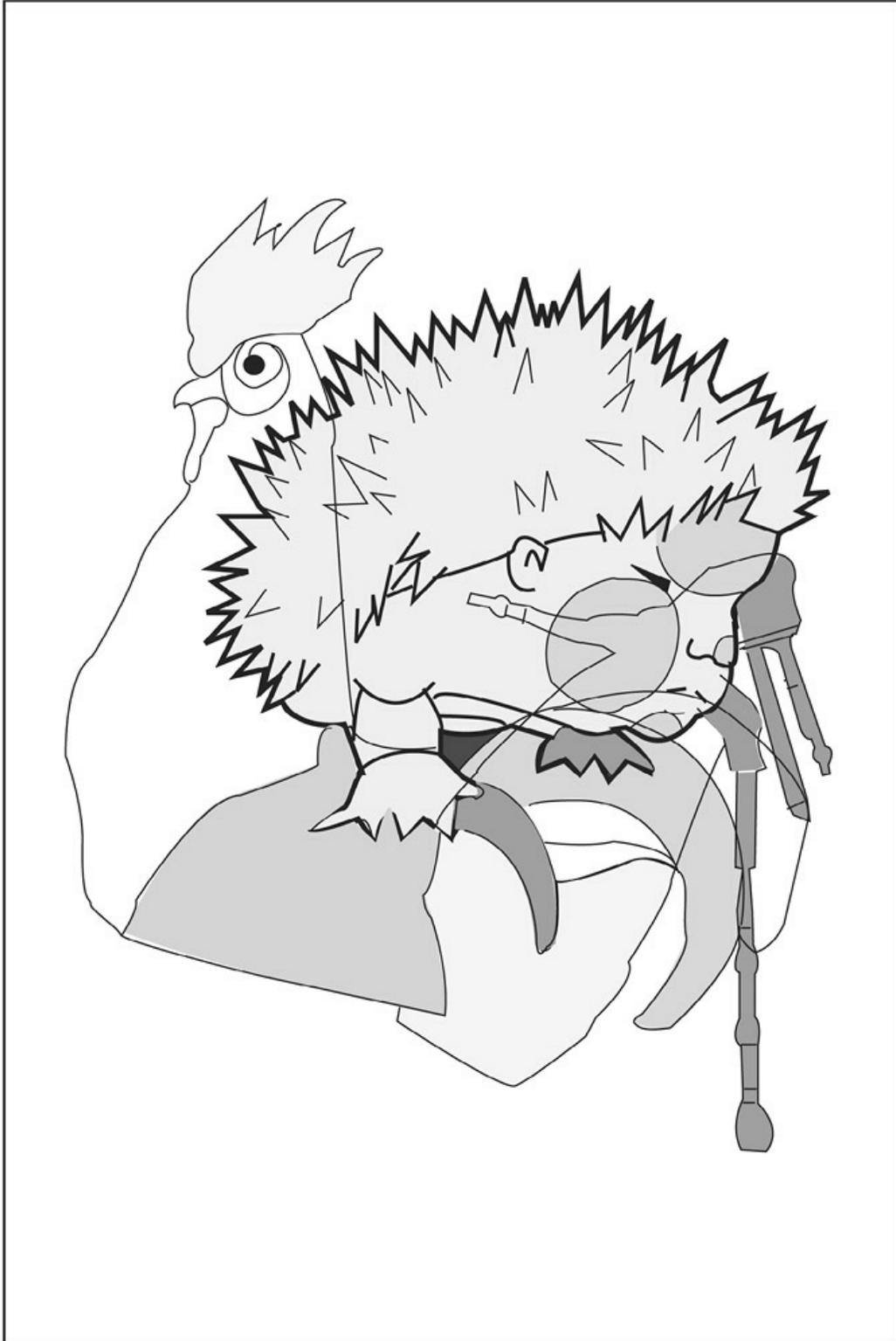
Transcurridos unos años, fue con su esposa a casa de su padre y le dijo que era su hijo; pero el padre dijo que no tenía ningún hijo, que sólo había tenido uno que había nacido con púas como un erizo y que había vagado por el mundo. Entonces se dio a conocer y el anciano padre se alegró y fue con él a su reino.



Hay una certeza profunda, tanto en el zen como en la mística cristiana, de que la matriz búdica o, para san Juan de la Cruz, la luz del alma no puede destruirse nunca. El Buda exclamó en el momento del despertar: “Maravilla de las maravillas, todos los seres son seres iluminados, pero debido a una manera engañosa de pensar y al apego a sí mismos no se dan cuenta”⁴⁷. San Juan de la Cruz escribe: “Esta luz nunca falta en el

alma, pero por las formas y velos... no se le infunde; que si quitase estos impedimentos y velos del todo, quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma ya sencilla y pura, se transformaría en la sencilla y pura sabiduría, que es el Hijo de Dios”⁴⁸. Aun en el caso de una persona muy degenerada, no faltaría, porque de lo contrario no podría ni existir, dice el místico algo más adelante.

Hay un reducto en el ser humano a donde no llega ni el mejor hipnotizador, donde es completamente libre y donde nada le puede afectar. Santo Tomás de Aquino, al hablar de las influencias de las estrellas en el ser humano, dice que las estrellas le pueden condicionar a través del cuerpo, los ángeles buenos y malos a través de lo psíquico, pero sólo Dios puede entrar en el centro de su alma. La Iglesia de Oriente celebra en María desde muy antiguo la imagen de Dios indestructible en el hombre.



Puede ser un camino largo y difícil llegar a manifestar y actualizarla, pero siempre está ahí, aunque esté cubierta de capas de barro y pinchos. En el cuento de *Juan-mi-erizo* el

camino arranca desde el principio de una situación muy complicada y dolorosa.

Cuenta que una vez érase un campesino que tenía bastante dinero y buen vivir, pero a pesar de su riqueza, le faltaba algo para ser feliz: no tenía hijos con su esposa. Frecuentemente, cuando iba a la ciudad con otros campesinos, se reían de él y le preguntaban por qué no tenía hijos.

Al comienzo del cuento, en que otras veces se habla de lo que el ser humano es en esencia, aquí se presenta una situación de insatisfacción. Aunque el campesino lo tiene todo, le falta algo muy importante. En muchas ocasiones es la situación de partida para empezar a ponerse en camino. Nadie se pone en camino si está satisfecho. En las sociedades ricas la búsqueda arranca cuando la multitud de bienes ya no son capaces de encubrir un anhelo muy profundo del alma de encontrar un no-sé-qué que no es ninguna cosa en concreto, sino que es Vida. Pero no siempre se acierta en encontrar la buena dirección, sobre todo si el primer móvil, como en el caso de este cuento, es la rabia. El campesino *acabó enfureciéndose y cuando llegó a casa dijo: “Quiero tener un hijo, aunque sea un erizo”. Entonces su mujer tuvo un hijo, que por arriba era un erizo y por abajo un muchacho, y cuando ella vio el niño, se asustó y dijo: “Ya ves, nos has traído la maldición”.*

Todos los personajes del cuento son el mismo ser humano. En este sentido la maldición cae sobre el hijo. Es un hecho que no tiene vuelta de hojas. Ha caído en un mundo hostil. Para defenderse, se encierra en sí mismo y saca púas. Empieza la vida con una carga negativa, se siente rechazado y arrinconado; pero hay algo que no se puede despreciar ni arrinconar. El bautizo de Juan-mi-erizo encierra la promesa de lo que puede llegar a ser posible en contra de todas las evidencias. Es promesa de vida nueva. Antiguamente las capillas bautismales eran octogonales. El ocho se relaciona con el primer día de la nueva semana, con el día de la resurrección e inicio de un tiempo nuevo, así como el nueve, que aparece en este cuento más adelante, sugiere desde antiguo perfección, plenitud.

El marido dijo: “¿Qué le vamos a hacer? Tenemos que bautizar al chico, pero no podremos conseguir ningún padrino”. Dijo la esposa: “No podemos darle otro nombre que no sea Juan-mi-erizo”. Cuando fue bautizado, dijo el cura: “Debido a sus espinas no puede estar en una cama ordinaria”. Entonces apilaron un poco de paja detrás del horno y Juan-mi-erizo fue colocado encima. Tampoco podía darle de mamar su madre, puesto que le habría pinchado con las púas. Así pues, permaneció ocho años allí detrás del horno. Su padre estaba harto de él y pensaba: “¿Cuándo morirá?”; pero no moría, sino que permanecía allí acostado.

Encerrado en sí mismo, sin poderse relacionar con nadie languidece muchos años, arrinconado detrás del horno, mal visto por el cura, sin que su madre lo cogiera nunca en brazos para amamantarlo y bajo la influencia del deseo de que muriera por parte de su padre. No puede ser más dramática la situación.

Hasta que en el noveno año se levanta de la postración en que ha quedado sumido. Esa reorientación de la vida sucede la mayoría de las veces entre los treinta y cincuenta años.

En el cuento sucede de la siguiente manera: Cierta día *en la ciudad había mercado. El campesino quería ir y le preguntó a su mujer qué podía traerle: “Un poco de carne y unos panecillos, lo necesario para casa”, dijo. Después preguntó a la criada, que quería unas zapatillas y unas medias. Finalmente dijo también: “Juan-mi-erizo, ¿qué quieres que te traiga?”. “Papaíto”, dijo, “tráeme una gaita”. Cuando el campesino volvió a casa, le dio a su esposa lo que le había comprado, carne y panecillos, a continuación le dio a la criada las zapatillas y las medias y, finalmente, fue detrás del horno y le dio la gaita a Juan-mi-erizo.*

El campesino rico, lo mismo que el padre rico de Cenicienta, un día se dispone a ir al mercado de la ciudad y pregunta qué quiere cada una de las personas de la casa que le traiga. Una pide algo para la alimentación, otra, prendas de vestir. Juan-mi-erizo, sin embargo pide algo que trasciende la vida corporal. En el noveno año, se levanta y se empieza a encaminar a una vida nueva. La gaita le va a servir para emprenderla pasados ocho años.

Cuando ya tuvo el instrumento, *dijo: “Papaíto, ahora vete a la herrería y hazme herrar a mi gallo, después montaré en él y no volveré nunca más”. El padre se alegró de poder quitárselo de encima y le hizo herrar el gallo y, cuando estuvo listo, colocó encima a Juan-mi-erizo, que se llevó consigo también unos cerdos y asnos para apacentarlos en el bosque.*

Juan-mi-erizo, es decir el ser humano, se asienta decididamente en la luz, esa que nunca falta en el alma, pues el gallo tiene que ver con la luz. Según una antigua etimología griega su nombre significa “el resplandeciente”⁴⁹. Anuncia la luz de la mañana y ahuyenta la oscuridad. Asimismo despierta del sueño espiritual, libera de las cadenas de la oscuridad y atrae la luz. Al caminante le es guía luminosa. Montado en el gallo, Juan-mi-erizo, el ser humano, entra en el bosque de la vida acompañado de dos animales, el cerdo que está relacionado tanto con la fertilidad como con una vida disoluta por revolverse en el barro, y el asno que, por el contrario, se relaciona a menudo con una

vida humilde y disciplinada, y a veces también es símbolo del eremita que vive alejado del gentío, libre para Dios.

Una vez en el bosque, el gallo voló con él posándose en un árbol elevado, y sentado allí apacentaba los cerdos y los asnos. Y allí estuvo sentado muchos años hasta que la piara fue muy numerosa. Y su padre no sabía nada de él. Sentado en el árbol, tocaba la gaita y hacía música, que era muy bonita.

Hay otro cuento, el de *Los seis cisnes*⁵⁰, en que una niña también ha de pasar mucho tiempo sentada en un árbol, sola y olvidada de todos, tejiendo siete camisitas blancas de pétalos de flores, para salvar a sus hermanos convertidos en cisnes. Es un largo tiempo de transformación. Lo mismo en el caso de Juan-mi-erizo. Hacen falta muchos años de recogerse en el silencio, por ejemplo practicando zazen, que significa literalmente “sentarse a solas con el misterio”, para que la sombra se vaya transformando y dejando paso a la luz inherente. En el lenguaje del cuento eso es apacentar a los cerdos, que luego serán regalo para muchos de su pueblo.

Lo sorprendente de estos tiempos, que suelen ser duros, es que suelen ir acompañados de algo que da alegría a los demás, representado en este cuento por las melodías tan bonitas que tocaba Juan-mi-erizo con su gaita, y en el cuento de *Doña Ínferos* por la nieve que cae en la tierra, mientras la niña sacude los edredones de plumón de ganso y limpia la casa de la anciana. Aunque resulte extraño, la persona pasa por una purificación dolorosa, pero los demás sólo perciben lo bueno que va emanando.

Llega un momento en que parece acercarse ya definitivamente a su verdadera realidad de persona libre y noble, a su naturaleza real inherente, cuando se produce el encuentro con el rey.

Una vez pasó por allí un rey que se había extraviado y escuchó la música: quedó encantado y envió a su lacayo para que localizase la procedencia de la melodía. Miró alrededor, pero no vio nada más que un pequeño animal sentado arriba en el árbol, parecido a un gallo sobre el que estaba sentado un erizo que tocaba la música.

Un rey extraviado es imagen de alguien cuya verdadera naturaleza está oculta. Decía el Sexto Patriarca Zen de China: “El cuerpo físico es la ciudad; nuestros ojos, nuestras orejas, nuestra nariz y nuestra lengua son sus puertas. Hay cinco puertas exteriores, ojos, orejas, nariz, lengua y cuerpo, mientras que la puerta interior es la facultad de formar ideas. El corazón (shin) es el suelo y la naturaleza (sho) es el rey que habita el suelo del corazón. Cuando está la naturaleza (sho), hay rey, y nuestro cuerpo y nuestro espíritu florecen; cuando la naturaleza (sho) no está, no hay rey, y cuerpo y espíritu se

deterioran”⁵¹. En este caso hay rey, pero anda desorientado. Al oír la música, el rey mandó a su lacayo *que preguntase por qué estaba allí sentado y si conocía cuál era el camino que conducía a su reino. Entonces Juan-mi-erizo bajó del árbol y dijo que le enseñaría el camino si el rey le prometía de palabra y por escrito lo primero que encontrase en el palacio real, nada más llegar a casa.*

Juan-mi-erizo está dispuesto a ayudar, pero saca una de sus espinas, negocia: te ayudo si tú me das. Todavía no sabe hacerse vulnerable. Lo que sigue parece darle la razón, pues *el rey*, que no era todavía rey de verdad sino un rey que se manifiesta de forma distorsionada debido a los velos que empañan la luz del alma, *pensó: “Esto puedo hacerlo fácilmente, pues Juan-mi-erizo no comprende y puedo escribir lo que quiera”.* Después tomó el rey una pluma y tinta y escribió algo, y tras esto, Juan-mi-erizo le indicó el camino y el rey llegó felizmente a casa. Su hija, cuando le vio venir de lejos, se puso tan contenta que corrió hacia él y le dio un beso. En ese momento se acordó de Juan-mi-erizo y le contó cómo había llegado y que le había prometido por escrito a un extraño animal lo primero que encontrara al llegar a casa, y que el animal estaba sentado sobre un gallo como si se tratase de un caballo y tocaba una hermosa melodía; pero él había escrito que no tendría nada, puesto que Juan-mi-erizo no sabía leer. Con lo que la princesa se alegró y dijo que sería bueno que no saliese nunca más.

Interfieren el orgullo y la mentira, que son el mayor obstáculo en el camino. Todo sugiere encerrarse en sí mismo y no ir al encuentro de nadie.

Sin embargo, se presenta otra oportunidad:

Juan-mi-erizo seguía apacentando los cerdos y asnos y siempre estaba alegre, sentado en el árbol y tocando su gaita. Entonces aconteció que llegó otro rey con sus lacayos y mensajeros. Se había perdido y no sabía volver a casa. Tan inmenso era el bosque. En esto oyó igualmente de lejos la hermosa melodía y dijo a uno de sus mensajeros que le agradaría que echase un vistazo. Entonces llegó el mensajero al pie del árbol y vio posado al gallo y a Juan-mi-erizo encima. Le preguntó qué hacía allí arriba. “Apaciento mis cerdos y asnos; pero, ¿qué deseáis?”. El mensajero dijo que se habían perdido y no sabían volver al reino, a no ser que él les mostrase el camino. Entonces Juan-mi-erizo bajó del árbol con el gallo y dijo al anciano rey que le mostraría el camino a cambio de que él le diese lo primero que encontrase al llegar a su palacio real. El rey aceptó y prometió por escrito a Juan-mi-erizo que recibiría lo primero que se encontrase al llegar a su palacio. Después de sucedido esto, montó sobre el gallo y le mostró el camino, de modo que el rey consiguió volver felizmente a su reino.

Este es un rey de otro talante, no manda, dice que le “agradaría que...”. Y cuando llega a palacio hay una larga conversación con su hija, la hermosa princesa, que denota apertura, amor y disposición, incluso hasta el sacrificio. Pues *cuando llegó a palacio, el rey tuvo una gran alegría. Tenía una única hija, muy hermosa, que corrió hacia él, le abrazó y le besó, contenta del regreso de su anciano padre. Le preguntó en qué lugares del mundo había estado durante tanto tiempo, y entonces él le contó cómo se había extraviado y que estuvo a punto de no regresar; pero cuando estaba atravesando un inmenso bosque, sentado a horcajadas en un árbol alto había alguien, mitad erizo mitad persona, que tocaba una hermosa melodía, que le había ayudado y le había mostrado el camino. Pero a cambio le había prometido lo primero que encontrase al llegar al palacio real, y era ella, y esto le apenó. Entonces ella le prometió que iría con él cuando viniera, por amor a su anciano padre.*

Mientras se va preparando el encuentro definitivo con su verdadera naturaleza, antes de convertirse en rey, aún ha de pasar algo muy importante, la reconciliación con el pasado, la curación de la memoria: volver a su pueblo para hacer bien a los suyos que le habían arrinconado. Volver con las manos dispuestas a ayudar, como el pastor del décimo cuadro del boyero zen.⁵²

Juan-mi-erizo apacentaba sus cerdos, y los cerdos tuvieron más cerdos, y fueron tantos que llenaron el bosque. Entonces Juan-mi-erizo ya no quiso seguir viviendo en el bosque y mandó decir a su padre que debían preparar todos los establos de la aldea, pues él llegaría con una piara tan numerosa que cada uno podría matar todos los cerdos que quisiera. Al oír esto, su padre se afligió, puesto que creía que Juan-mi-erizo había muerto hacía muchísimo tiempo. Pero Juan-mi-erizo se sentó sobre su gallo, condujo a los cerdos hasta la aldea y los mandó matar. ¡Y no veas! Hubo una matanza y un descuartizar que se podía oír el ruido a dos horas de distancia.

Después dijo Juan-mi-erizo: “Papaíto, hazme herrar de nuevo mi gallo donde el herrero. Después monto en él y no vuelvo en toda mi vida”. Entonces el padre mandó herrar al gallo y se alegró de que Juan-mi-erizo no quisiera volver.

Juan-mi-erizo hace bien, pero sigue siendo rechazado y no cosecha todavía reconocimiento. Ya no apacienta cerdos, ese tiempo de purificación ha terminado, se ha deshecho totalmente de esa sombra y ejerce la compasión. A continuación

Juan-mi-erizo cabalgó al primer reino, cuyo rey había advertido que si alguien venía montado sobre un gallo y llevaba consigo una gaita, debían precipitarse sobre él, golpearle y herirle para que no llegase a palacio. En cuanto Juan-mi-erizo llegó allí

cabalgando, le amenazaron con las bayonetas, pero picando espuelas al gallo, se fue volando por encima del portal a la ventana del rey, estableciéndose allí y gritándole que debía darle lo prometido, de lo contrario le costaría su vida y la de su hija. Entonces el rey convenció a su hija para que se fuera con él para salvar la vida de él y la suya propia. Así que se vistió de blanco, su padre le dio una carroza con seis caballos y fieles criados, dinero y bienes. Se sentó dentro con Juan-mi-erizo con el gallo y la gaita a su lado. Después de despedirse, partieron, y el rey pensó que no volvería a verla nunca más.

Pero no sucedió así, ya que cuando llevaban recorrida una parte del camino, ya lejos de la ciudad, Juan-mi-erizo le quitó la hermosa vestimenta y la pinchó con su piel de erizo hasta que estuvo cubierta de sangre, diciendo: “Esta es la recompensa por vuestra deslealtad. Márchate, no te quiero”. Y la condujo a toda velocidad a casa, y fue denostada el resto de su vida.

La agresividad, las púas del erizo, tiene su lugar en la vida humana, cuando sirve para rechazar con decisión el mal, la mentira. Como suele suceder en el lenguaje simbólico de los cuentos, la forma de hacerlo resulta muy violenta e injusta si se toma en sentido literal.

Juan-mi-erizo montó de nuevo en su gallo y con su gaita se encaminó en dirección al segundo reino, a cuyo rey también había mostrado el camino. Éste había mandado que si llegaba alguien como Juan-mi-erizo, debían presentarle armas, acompañarle adentro libremente, aclamarle y llevarle a palacio. Cuando le vio la hija del rey, se asustó, pues le pareció tan raro que pensó que no podía ser otro que el de la promesa de su padre. Así pues Juan-mi-erizo recibió su bienvenida, y la princesa fue desposada con él.

Se tuvo que sentar en la mesa real al lado de la princesa, y comieron y bebieron alegremente.

Ahora sí se abren las puertas para entrar en el reino, ese reino que está dentro de nosotros, como dice el evangelio.

Cuando se hizo de noche y se fueron a descansar, ella sintió mucho miedo por las púas; pero Juan-me-erizo le dijo que no debía temerle, que no padecería ningún daño. Al anciano rey le dijo que hiciera venir a cuatro hombres para velar delante de la puerta de la alcoba y que encendiesen un gran fuego. Él mismo, al entrar en la alcoba para acostarse, se desprendería de su piel de erizo y la depositaría delante de la cama; entonces los hombres se deberían abalanzar rápidamente y tirarla al fuego,

permaneciendo allí hasta que el fuego la hubiese consumido.

Cuando dieron las doce campanadas, entró en la alcoba, se quitó la piel de erizo y la dejó delante de la cama; entonces vinieron los hombres y la cogieron rápidamente y la lanzaron al fuego; y una vez que la hubo consumido el fuego, Juan-mi-erizo quedó redimido, y estaba acostado en la cama con forma enteramente humana. Pero estaba negro, del color de carbón, como quemado.

El amor hace caer todos los pinchos de erizo y lleva a una vida completamente diferente abierta a los demás y confiada. Queda un resquicio de negrura del pasado, que el Rey, a través de sus médicos, hace desaparecer. La luz de la verdadera naturaleza, que es el rey, acaba de iluminar totalmente.

“En el suelo del propio corazón hay un buda de iluminación que emite una luz muy fuerte, la cual dirigiéndose hacia el exterior ilumina las seis puertas de los sentidos y las purifica. Sus rayos son capaces de abolir los seis cielos del deseo. Cuando esta luz se dirige hacia dentro, elimina los tres elementos venenosos, odio, codicia y orgullo, y con ello instantáneamente todos los infiernos. Nos ilumina completamente por dentro y por fuera, de modo que ya no somos diferentes de quienes han nacido en la Tierra Pura del Oeste”.⁵³

El rey llamó a su médico, que le lavó con buenas pomadas y le aplicó bálsamos; entonces quedó blanco y era un caballero joven y apuesto. Cuando lo vio la hija del rey, se alegró, y a la mañana siguiente se levantaron con alborozo, comieron y bebieron, y se celebró la boda, y Juan-mi-erizo heredó el reino del anciano rey.

Todos los personajes son uno mismo, por lo tanto para la liberación total hace falta que también el padre que rechaza ha de ser redimido. Así ocurre cuando, *transcurridos unos años, el príncipe fue con su esposa a casa de su padre y le dijo que era su hijo; pero el padre dijo que no tenía ningún hijo, que sólo había tenido uno que había nacido con púas como un erizo y que había vagado por el mundo. Entonces se dio a conocer y el anciano padre se alegró y fue con él a su reino.*

La luz que nunca falta en el alma, anunciada desde el principio en el cuento, que sostuvo en forma de gallo durante todo el camino, ha triunfado sobre las tinieblas, y todo el infierno interior ha pasado a ser reino de los cielos.

⁴⁷. Según el sutra Kegon.

⁴⁸. San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo II*, 15,4.

⁴⁹. Forstner, Dorothea, *Die Welt der christlichen Symbole*. Tyrolia Verlag, Innsbruck/Wien/München 1982⁴, 224-

226.

- [50.](#) Schlüter, Ana María, *La luz del alma, el tesoro escondido de los cuentos*. PPC, Madrid 2004, 145-155.
- [51.](#) Versiones Tsung-pao del sutra del Sexto Patriarca: *El sutra de Hui-neng, Ídem*, capº III.
- [52.](#) Ana María Schlüter, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 2007³, 16-19.
- [53.](#) Versiones Tsung-pao del sutra del Sexto Patriarca: *El sutra de Hui-neng, Ídem*, capº III.

6

LA CENICIENTA

(Levanta del polvo a los humildes)

Érrese un hombre rico, cuya mujer cayó enferma; y cuando ésta presintió que se acercaba su fin, llamó a su única hija y le dijo:
“Niña querida, sigue siendo siempre buena y piadosa, que así Dios Nuestro Señor no te abandonará, y yo velaré por ti desde el cielo y estaré siempre a tu lado”.

A continuación cerró los ojos y murió. La joven iba todos los días a llorar a la tumba de su madre y siguió siendo buena y piadosa. Llegó el invierno y la nieve cubrió con su manto blanco la sepultura; y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre contrajo de nuevo matrimonio.

La segunda mujer llevó a la casa dos hijas, hermosas y blancas de rostro, pero negras y horribles de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobre huérfana.

“¿Ha de vivir esta bobalicona en el mismo cuarto que nosotras?” decían, “quien quiera comer que se gane su pan: ¡que salga de aquí esta cocinera!”.

Le quitaron sus lindos vestidos, le hicieron vestir una raída bata gris y calzar zuecos.

“¡Ved ahí a la orgullosa princesa, qué arregladita está!” exclamaron.

Y, entre risas y chanzas, la llevaron a la cocina. Entonces tuvo que trabajar duramente de la mañana a la noche, levantarse temprano, traer el agua, encender el fuego, cocinar y lavar. Además, sus hermanastras la sometían a todas las mortificaciones posibles, se mofaban de ella y le tiraban los guisantes y las lentejas en las cenizas, para que tuviera que pasarse las horas recogéndolos. Por las noches, cuando ya estaba agotada de tanto trabajar, no se iba a la cama, sino que tenía que acostarse junto al fogón, sobre las cenizas. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban *Cenicienta*.

Un día, antes de irse a la feria, preguntó el padre a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese.

“Bonitos vestidos”, dijo una.

“Perlas y piedras preciosas”, dijo la otra.

“Y tú, Cenicienta –preguntó– ¿qué quieres?”.

“Padre, la primera ramita que toquéis con el sombrero durante vuestro regreso; cortadla y traédmela”.

El hombre compró para sus hijastras hermosos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al pasar por unos matorrales un brote de avellano le tiró el sombrero. Lo cortó y se lo llevó consigo. Cuando llegó a su casa, dio a sus hijastras lo que le habían pedido y a Cenicienta el brote de avellano.

La chica le dio las gracias y se fue con el brote a la tumba de su madre; allí lo plantó, y luego lloró hasta que las lágrimas cayeron sobre él y lo regaron; y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol.

Cenicienta iba allí tres veces al día a rezar y a llorar, y siempre venía volando un pajarito blanco que se posaba en el árbol; y cuando Cenicienta expresaba algún deseo, el pajarillo le arrojaba desde el árbol lo que había deseado.

Sucedió que el rey organizó unas fiestas de tres días de duración, a las que fueron invitadas todas las hermosas doncellas del país, para que su hijo eligiese esposa entre ellas. Cuando las dos hermanastras se enteraron de que ellas también figuraban entre las invitadas, llamaron a Cenicienta saltando de alegría, y le dijeron: “Péinanos, límpianos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio”.

Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile y fue a pedir permiso a su madrastra.

“Tú, Cenicienta, ¿acaso pretendes ir al baile cubierta de polvo y suciedad? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?”.

Pero como la muchacha insistiera en sus ruegos, la mujer le dijo finalmente:

“He tirado un plato de lentejas en las cenizas; si en dos horas las recoges y limpias, te dejaré ir”.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomas blancas, luego las tórtolas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las aves del cielo y se posaron en las cenizas.

Las palomas, agachando sus cabezas, empezaron: toc, toc, toc, toc; y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente. No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando. La joven llevó la fuente a su madrastra alegremente porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo: “No, Cenicienta, no puedes ir sin un buen vestido; serías el hazmerreír de todos”.

Y como Cenicienta se echara a llorar, añadió:

“Si eres capaz de limpiar en una hora dos fuentes llenas de lentejas que tiraré en las cenizas, te dejaré ir”. Y pensaba: “Jamás podrá hacerlo”.

La joven salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

“Palomas mansas, tórtolas, aves todas del cielo: venid a ayudarme a recoger las lentejas.

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito”.

Pero cuando tiró las lentejas en las cenizas la joven salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

“Palomas mansas, tórtolas, aves todas del cielo: venid a ayudarme a recoger las lentejas.

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito”.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomas blancas, luego las tórtolas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las aves del cielo y se posaron en las cenizas. Y las palomas, agachando sus cabezas, empezaron: toc, toc, toc, toc; y luego todas las demás las imitaron: toc, toc, toc, toc, y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente.

No había transcurrido ni media hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando.

La joven llevó la fuente a su madrastra, alegremente, porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo: “No irás por mucho que te esfuerces; pues no tienes vestido ni sabes bailar, serías nuestra vergüenza”.

Y diciendo esto le volvió la espalda y se fue apresuradamente con sus presumidas hijas.

Cuando se quedó sola en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre, bajo el avellano y pidió:

Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.

Y el pájaro le echó un vestido bordado en plata y unas zapatillas con adornos de plata y seda. Se vistió a toda prisa y corrió al baile. Su madrastra y sus hermanastras, sin embargo, no la reconocieron: tan bella estaba con su vestido de oro que la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento pudieron imaginarse que

era Cenicienta, a la que creían en la cocina, sucia y buscando lentejas entre las cenizas. El príncipe fue a su encuentro, la tomó de la mano y bailó con ella. Y como no quería bailar con nadie más, no la soltó de la mano; y cuando se acercaba algún otro a invitarla a bailar, decía el príncipe: “Es mi pareja”.

Cenicienta bailó hasta bien entrada la noche; entonces quiso volver a su casa pues debía llegar al avellano antes de la medianoche; pero el príncipe le dijo: “Iré contigo y te acompañaré”. Pues el príncipe quería saber de quién era hija la hermosa joven. Pero ella se escabulló y de un salto se subió al palomar.

El príncipe esperó hasta que llegó su padre, y le dijo que la forastera se había subido al palomar. El anciano pensó: “¿No será Cenicienta?, y ordenó que le trajesen hacha y pico para derribar el palomar; pero cuando lo hizo, no encontraron a nadie. Y cuando entraron en la casa, Cenicienta estaba tirada sobre las cenizas con sus sucias ropas, y un candil de aceite ardía en la chimenea; pues Cenicienta había saltado rápidamente por el otro lado del palomar y había corrido al avellano; allí se había despojado de su hermoso vestido, dejándolo sobre la tumba, y el pájaro se lo había llevado; volvió a la cocina, se puso su bata sucia y se echó sobre las cenizas.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de reanudar la fiesta y sus padres y hermanastras se hubieron marchado, la joven se dirigió al avellano y dijo:

**Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.**

El pájaro le echó un vestido todo bordado en oro, aún más deslumbrante que el de la víspera. Y cuando se presentó en palacio con ese vestido, todos admiraron su belleza. El príncipe que estaba esperándola, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. Cuando los otros se acercaban a sacarla a bailar, decía: “Es mi pareja”.

Ya bien entrada la noche, cuando la joven quiso retirarse, el príncipe se empeñó en seguirla, para ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un salto en el jardín trasero de su casa. Crecía allí un gran y hermosa peral, repleto de magníficas peras, la joven trepó hasta su copa con la ligereza de una ardilla, y el príncipe no supo dónde había ido.

El príncipe esperó al padre y le dijo: “La forastera se me ha escapado; creo que trepó por el peral”. Pensó el padre: “¿Será Cenicienta?” y mandó traer hacha y derribó el árbol, pero ya no había nadie en la copa. Y cuando entraron en la cocina, Cenicienta yacía como de costumbre sobre las cenizas; pues se había bajado del árbol por el lado opuesto, y después de devolver al pájaro del avellano su hermoso

vestido se había puesto la bata gris.

Al tercer día, en cuanto los padres y las hermanastras se hubieron marchado, Cenicienta volvió a la tumba de su madre y habló así al árbol:

Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.

Y el pájaro le arrojó un vestido todo lleno de estrellas, aún más bello y espléndido que los anteriores, y unas zapatillas de oro puro. Cuando se presentó así vestida en la fiesta, todos se quedaron boquiabiertos de admiración. El príncipe sólo bailó con ella, y a todo el que venía a solicitarla le decía: “Es mi pareja”.

Cuando ya bien entrada la noche Cenicienta insistió en irse, el príncipe quiso acompañarla; pero huyó tan rápidamente que no pudo seguirla.

Mas esta vez el príncipe había recurrido a un ardid y mandado embadurnar con pez toda la escalera: al bajar la joven por los peldaños, se le quedó pegada la zapatilla izquierda en uno de ellos. El príncipe la recogió, y era diminuta, graciosa y toda de oro. A la mañana siguiente se presentó en casa del padre y le dijo: “Ninguna otra ha de ser mi esposa, sino aquella cuyo pie quepa en este zapato”.

Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían lindos pies. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla; su madre la acompañó. Pero no le cabía el dedo gordo, y el zapato le estaba pequeño; entonces, la madre, tendiéndola un cuchillo, le dijo: “¡Córtate el dedo! Cuando seas reina no tendrás que ir a pie”.

La muchacha se cortó el dedo gordo, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó al príncipe. Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Pero cuando pasaron por delante de la tumba, dos palomas que estaban posadas en el avellano cantaron:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
en su casa está.

Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba.

Hizo volver grupas al caballo, devolvió a la falsa novia y, diciendo que no era la que buscaba, pidió que la otra hermana se probase el zapato. Esta se retiró a su habitación y logró meter fácilmente los dedos en el zapato, pero el talón no le cabía. Entonces la madre le tendió un cuchillo y le dijo: “¡Córtate un pedazo de talón! Cuando seas reina, no tendrás que ir a pie”.

La muchacha se cortó un trozo de talón, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó ante el príncipe. Éste la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Cuando pasaron por delante de la tumba, las dos palomas que estaban allí cantaron:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
en su casa está.

El príncipe miró el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y que la blanca media estaba ensangrentada. Volvió grupas y devolvió a la falsa novia. “Tampoco ésta es la verdadera”, dijo. “¿No tenéis otra hija?”. “No”, respondió el padre; “sólo una sucia Cenicienta que tuve de mi difunta esposa; pero es imposible que ella sea la novia”. Mandó el príncipe que la llamasen, pero la madrastra repuso: “¡Oh, no! Está demasiado sucia y no debe dejarse ver”.

Pero como el príncipe insistiera, no tuvieron más remedio que llamar a Cenicienta. Esta se lavó primero las manos y la cara; luego entró en la habitación y se inclinó ante el príncipe, quien le tendió el zapato de oro. Entonces se sentó la joven en un taburete, se quitó el pesado zueco y se calzó la zapatilla: le venía como un guante. Y cuando se levantó y el príncipe la miró a la cara, reconoció inmediatamente a la hermosa joven que había bailado con él y exclamó: “¡Esta sí que es mi verdadera novia!”.

La madrastra y sus dos hijas se sobresaltaron y empalidecieron de rabia. El príncipe se fue con Cenicienta a caballo. Al pasar delante del avellano, cantaron las dos palomas blancas:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
ahora contigo va.

Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba.

Y cuando hubieron cantado eso, se acercaron volando y se posaron sobre los hombros de Cenicienta: una a la derecha y la otra a la izquierda; y allí se quedaron.

Cuando llegó el día de la boda, se presentaron las falsas hermanas, deseosas de congraciarse con Cenicienta para participar de su suerte. Cuando los novios se encaminaron a la iglesia la mayor de las hermanas iba a su derecha, y la menor a su

izquierda: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Después, cuando salieron, la mayor iba a la izquierda y la menor a la derecha: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Y de este modo, como castigo por su maldad y falsedad, quedaron ciegas para el resto de sus vidas.



Érase un hombre rico, cuya mujer cayó enferma; y cuando ésta presintió que se acercaba su fin, llamó a su única hija y le dijo:

“Niña querida, sigue siendo siempre buena y piadosa, que así Dios Nuestro Señor no te abandonará, y yo velaré por ti desde el cielo y estaré siempre a tu lado”.

A continuación cerró los ojos y murió. La joven iba todos los días a llorar a la tumba de su madre y siguió siendo buena y piadosa. Llegó el invierno y la nieve cubrió con su manto blanco la sepultura; y cuando el sol de primavera la hubo derretido, el padre contrajo de nuevo matrimonio.

Así empieza este cuento, sin príncipes ni princesas, sino con una niña muy querida en su casa, que se queda huérfana de madre y que, a pesar de seguir siendo la hija de un hombre rico, quedará arrinconada, convertida en pobre y despreciada. La madre tierra que tanto la quería se ha convertido en un lugar duro e inhóspito, en madrastra que la hace sufrir.



La segunda mujer llevó a la casa dos hijas, hermosas y blancas de rostro, pero negras y horribles de corazón. Vinieron entonces días muy duros para la pobre huérfana.

“¿Ha de vivir esta bobalicona en el mismo cuarto que nosotras?” decían, “quien quiera comer que se gane su pan: ¡que salga de aquí esta cocinera!”.

Le quitaron sus lindos vestidos, le hicieron vestir una raída bata gris y calzar

zuecos.

“¡Ved ahí a la orgullosa princesa, qué arregladita está!” exclamaron.

Y, entre risas y chanzas, la llevaron a la cocina. Entonces tuvo que trabajar duramente de la mañana a la noche, levantarse temprano, traer el agua, encender el fuego, cocinar y lavar. Además, sus hermanastras la sometían a todas las mortificaciones posibles, se mofaban de ella y le tiraban los guisantes y las lentejas en las cenizas, para que tuviera que pasarse las horas recogidos. Por las noches, cuando ya estaba agotada de tanto trabajar, no se iba a la cama, sino que tenía que acostarse junto al fogón, sobre las cenizas. Y como por este motivo iba siempre polvorienta y sucia, la llamaban Cenicienta.

La Tierra ha dejado de ser una madre para la muchacha, convirtiéndose en una madrastra mala; pero no sólo esto, también la convivencia con los demás ha quedado afectada y es muy dura. Exiliada en su propia casa, tiene que trabajar hasta el agotamiento día tras día. Esta es la situación de hecho en que se encuentra, a pesar de que en origen es querida y rica. Una “princesa”, la llaman las hermanas que la quieren mal. No saben qué razón tienen al decir esto. Es curioso este hecho, que también se ve en el evangelio cuando a veces son los endemoniados los primeros que de alguna manera se dan cuenta quién es realmente Jesús (cf Mc 3,11-12), pero no para acogerlo sino para rechazarlo porque les resulta molesto.

Como en general en los cuentos, todos los personajes son uno mismo. Cenicienta es el ser humano en su centro, íntimamente querida, bendecida con toda clase de bienes espirituales desde antes de la creación del mundo (cf. Ef 1,3-4). Las hermanastras son las raíces del mal que están en el corazón humano. ¿Cómo aparece este mal? Una serie de cuentos responden con imágenes a la pregunta. En más de un cuento o mito popular, por ejemplo, en *Doña Ínferos* y en *Blancanieves* como en éste de *Cenicienta*, la razón se ve en la pérdida o ausencia de la verdadera madre; mientras que en *Zarzarrosa* es debido a que el rey sólo tenía doce cubiertos, por lo que no pudo invitar a las trece sabias del reino a celebrar el nacimiento de su hija, y entonces la decimotercera se vengó lanzando una maldición sobre la princesa en lugar de bendiciones como las demás. Es una contra doce, es mucho más el bien original que el mal original. Pero en cualquier caso, mientras el mal tiene poder, crea un infierno en el interior del ser humano y se hace necesaria la liberación del mismo.

Un día, antes de irse a la feria, preguntó el padre a sus dos hijastras qué deseaban que les trajese.

“Bonitos vestidos”, dijo una.

“Perlas y piedras preciosas”, dijo la otra.

“Y tú, Cenicienta”, preguntó “¿qué quieres?”.

“Padre, la primera ramita que toquéis con el sombrero durante vuestro regreso; cortadla y traédmela”.

Cuando se vive alejado del centro, los deseos se apegan a cosas externas, relucientes, pero pasajeras. En cambio Cenicienta, despojada ya de todo lo exterior, desea algo vivo, una rama que irá creciendo. Se la pide a su padre, nombrándole, a diferencia de las hermanastras que sólo dicen qué cosas quieren.

El hombre compró para sus hijastras hermosos vestidos, perlas y piedras preciosas; de vuelta, al pasar por unos matorrales un brote de avellano le tiró el sombrero. Lo cortó y se lo llevó consigo. Cuando llegó a su casa, dio a sus hijastras lo que le habían pedido y a Cenicienta el brote de avellano.

La chica le dio las gracias y se fue con el brote a la tumba de su madre; allí lo plantó, y luego lloró hasta que las lágrimas cayeron sobre él y lo regaron; y el brote creció, convirtiéndose en un hermoso árbol.

Cada una recibe lo que ha pedido, pero sólo de Cenicienta se dice que lo agradeció. Y aunque parecía el regalo más insignificante, se convirtió con el tiempo en un hermoso árbol. Es un motivo que se repite en muchos cuentos, de muchas maneras diferentes: no es lo grandioso sino lo pequeño, lo insignificante, lo que no deslumbra, lo que salva. En medio del exilio en que vive Cenicienta se va gestando poco a poco la que verdaderamente es y va a manifestarse. En eso tiene que ver su padre que trajo la rama de avellano, su madre, en cuya tumba la plantó y ella misma que la riega con sus lágrimas. En lo más hondo del corazón se sabe querida, sabe que no le falta nada y confía. Cuando aparecen las lágrimas en el camino interior, es como cuando una mujer rompe aguas, dice uno de los Padres del desierto, está a punto de nacer una vida nueva.

Cenicienta iba allí tres veces al día a rezar y a llorar, y siempre venía volando un pajarito blanco que se posaba en el árbol; y cuando Cenicienta expresaba algún deseo, el pajarillo le arrojaba desde el árbol lo que había deseado.

“En la historia de cualquier religión, en las tradiciones populares, en la arqueología y el arte del mundo entero se encuentran árboles sagrados. El árbol es para los pueblos antiguos manifestación divina, figura del cosmos, centro del mundo, símbolo de la vida, imagen de la naturaleza que se renueva constantemente... Bajo su forma se esconde una realidad espiritual; está henchido de energías sagradas”⁵⁴. Aquí en el cuento de

Cenicienta viene acentuado este aspecto por la presencia de un pájaro, que con sus alas ligeras se eleva al cielo. El árbol de la vida, plantado en el paraíso cura donde no bastan los alimentos y medios humanos. Con el tiempo se convierte en imagen de todo lo bueno y deseable y en imagen de la resurrección. Tratándose en el caso de este cuento de un avellano, cuyo fruto tiene en común con la nuez que hay que cascarla para poder comerla, es a la vez símbolo de paciencia.

Para *Cenicienta* el árbol, que la llevará a la verdadera vida liberándola de su exilio y sufrimiento, ya está, pero aún hace falta mucha paciencia para gozar de su fruto. Y esto ocurre en el lenguaje del cuento de la siguiente manera:

Sucedió que el rey organizó unas fiestas de tres días de duración, a las que fueron invitadas todas las hermosas doncellas del país, para que su hijo eligiese esposa entre ellas. Cuando las dos hermanastras se enteraron de que ellas también figuraban entre las invitadas, llamaron a Cenicienta saltando de alegría, y le dijeron: “Péinanos, límpianos bien los zapatos y abróchanos las hebillas; vamos a la fiesta de palacio”.

Cenicienta obedeció, aunque llorando, pues también ella hubiera querido ir al baile y fue a pedir permiso a su madrastra.

Ir al baile del rey es la oportunidad de llegar a ser reina, de recobrar la dignidad auténtica que todavía está cubierta por el barro y el polvo, por la ceniza de lo pasajero. Pero no es fácil. La vida en el exilio, la tierra que se ha vuelto madrastra, pone dificultades y obstáculos.

“Tú, Cenicienta, ¿acaso pretendes ir al baile cubierta de polvo y suciedad? No tienes vestido ni zapatos, ¿y quieres bailar?”.

Pero como la muchacha insistiera en sus ruegos, la mujer le dijo finalmente:

“He tirado un plato de lentejas en las cenizas; si en dos horas las recoges y limpias, te dejaré ir”.

Sin embargo, hay una salida recurriendo a los pájaros del cielo, muy especialmente a las palomas, tanto la *columba* o paloma mansa como la *turtur* o tórtola. La paloma tiene un significado muy especial; muchas veces es considerada un animal sagrado. Se resalta su simplicidad, amor fiel, inocencia y dulzura. Los Padres de la Iglesia hablan a menudo de la paloma como del alma en su relación mística con Dios.

La joven salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

“Palomas mansas, tórtolas, aves todas del cielo: venid a ayudarme a recoger las lentejas.

Las buenas, en el pucherito;

las malas, en el buchecito”.

Es significativo que el cuento recalque que la joven saliera por la puerta trasera, que todavía hoy significa en el zen el inconsciente. No se puede conectar con el Espíritu Santo, representado en la Escrituras cristianas en forma de paloma, a través de las facultades conscientes, sino sólo a través del “inconsciente espiritual”, en lo más profundo del alma.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomas blancas, luego las tórtolas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las aves del cielo y se posaron en las cenizas.

Las aves, empezando por las palomas –que en el cuento además son blancas, es decir sin color, algo que no se ve– posándose en las cenizas traen a la memoria el pasaje bíblico en que se dice: “La tierra estaba desierta y vacía, las tinieblas cubrían el abismo, y el espíritu de Dios revoloteaba sobre la superficie de las aguas” (Gn 1,2). Es un relato que no habla de lo que hubo al principio de los tiempos, sino de lo que es en principio, de lo esencial que se da también “hoy”. El Espíritu posándose sobre las “cenizas” del ser humano también hoy crea vida, liberándola de lo que es muerte, liberándola de lo caduco y deslindando el bien del mal, la vida de la muerte. “Hoy pongo ante ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge pues la vida para que vivas tú y tu descendencia” (Dt 4,19).

Las palomas, agachando sus cabezas, empezaron: toc, toc, toc, toc; y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente. No había transcurrido ni una hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando. La joven llevó la fuente a su madrastra alegremente porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo: “No, Cenicienta, no puedes ir sin un buen vestido; serías el hazmerreír de todos”.

Y como Cenicienta se echara a llorar, añadió:

“Si eres capaz de limpiar en una hora dos fuentes llenas de lentejas que tiraré en las cenizas, te dejaré ir”. Y pensaba: “Jamás podrá hacerlo”.

Falta todavía el “vestido”, es decir revestirse enteramente del bien. No basta con obrar bien, hay que llegar a serlo. Esto es más difícil todavía; el cuento dice que la madrastra ahora echa a las cenizas dos fuentes llenas de lentejas en lugar de un solo plato.

Pero cuando tiró las lentejas en las cenizas la joven salió al jardín por la puerta trasera y llamó:

“Palomas mansas, tórtolas, aves todas del cielo: venid a ayudarme a recoger las

lentejas.

Las buenas, en el pucherito;
las malas, en el buchecito”.

En la ventana de la cocina se posaron primero dos palomas blancas, luego las tórtolas y, finalmente, comparecieron en alegre tropel todas las aves del cielo y se posaron en las cenizas. Y las palomas, agachando sus cabezas, empezaron: toc, toc, toc, toc; y luego todas las demás las imitaron: toc, toc, toc, toc, y fueron entresacando las semillas buenas y echándolas en la fuente.

No había transcurrido ni media hora cuando, terminado el trabajo, desaparecieron volando.

Lo imposible se vuelve posible si se renuncia a alcanzarlo por las propias fuerzas y se confía en Otra fuerza, “porque nada hay imposible para Dios” (Lc 1,37). Por esto Cenicienta podría cantar al final como María, “grandes cosas ha hecho en mí el Poderoso cuyo nombre es Santo” (Lc 1,49).

Pero todavía hace falta más paciencia hasta que llegue el momento de plenitud.

La joven llevó la fuente a su madrastra, alegremente, porque creía que la dejaría ir al baile; pero ésta le dijo: “No irás por mucho que te esfuerces; pues no tienes vestido ni sabes bailar, serías nuestra vergüenza”.

Y diciendo esto le volvió la espalda y se fue apresuradamente con sus presumidas hijas.

Parece que ya está perdida toda posibilidad de acudir al baile del rey, que el mal puede más que el bien. Pero la joven no pierde la esperanza. “La paciencia todo lo alcanza”, decía Santa Teresa. La verdad es más fuerte que la mentira, aunque en algún momento parezca triunfar esa última.

Cuando se quedó sola en la casa, Cenicienta fue a la tumba de su madre, bajo el avellano y pidió:

Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.

Y el pájaro le echó un vestido bordado en plata y unas zapatillas con adornos de plata y seda. Se vistió a toda prisa y corrió al baile. Su madrastra y sus hermanastras, sin embargo, no la reconocieron: tan bella estaba con su vestido de plata que la tomaron por una princesa extranjera. Ni por un momento pudieron imaginarse que era Cenicienta, a la que creían en la cocina, sucia y buscando lentejas entre las cenizas. El

príncipe fue a su encuentro, la tomó de la mano y bailó con ella. Y como no quería bailar con nadie más, no la soltó de la mano; y cuando se acercaba algún otro a invitarla a bailar, decía el príncipe: “Es mi pareja”.

Cenicienta bailó hasta bien entrada la noche; entonces quiso volver a su casa pues debía llegar al avellano antes de la medianoche; pero el príncipe le dijo: “Iré contigo y te acompañaré”. Pues el príncipe quería saber de quién era hija la hermosa joven. Pero ella se escabulló y de un salto se subió al palomar.

Ha tenido lugar finalmente el encuentro con el hijo del rey, y han bailado juntos durante toda la fiesta. Cuando el ser humano entra en sí y se encuentra con el hijo del rey, Cristo en él, la alegría es inmensa, es una gran fiesta. Pero no es todavía duradera. San Ignacio de Loyola, que sabía por experiencia propia de los altibajos en el camino por el tiempo pasado en la cueva de Manresa, recomienda: Cuando estés en la cumbre, acuérdate del valle, cuando estés en el valle acuérdate de la cumbre.

El príncipe esperó hasta que llegó su padre, y le dijo que la forastera se había subido al palomar. El anciano pensó: “¿No será Cenicienta?”, y ordenó que le trajesen hacha y pico para derribar el palomar; pero cuando lo hubo hecho, no encontraron a nadie. Y cuando entraron en la casa, Cenicienta estaba tirada sobre las cenizas con sus sucias ropas, y un candil de aceite ardía en la chimenea; pues Cenicienta había saltado rápidamente por el otro lado del palomar y había corrido al avellano; allí se había despojado de su hermoso vestido, dejándolo sobre la tumba, y el pájaro se lo había llevado; volvió a la cocina, se puso su bata sucia y se echó sobre las cenizas.

De nuevo está sumergida en la suciedad y el polvo de cenizas, pero ha aprendido cómo salir de allí, como ir a la “fiesta” en el hondón del alma y quedar revestida de una extraordinaria belleza, como no la puede proporcionar ninguna crema ni cirugía estética, sino sólo la paloma del espíritu.

Al día siguiente, cuando llegó la hora de reanudar la fiesta y sus padres y hermanastras se hubieron marchado, la joven se dirigió al avellano y dijo:

**Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.**

El pájaro le echó un vestido todo bordado en oro, aún más deslumbrante que el de la vispera. Y cuando se presentó en palacio con ese vestido, todos admiraron su belleza. El príncipe que estaba esperándola, la tomó inmediatamente de la mano y sólo bailó con ella. Cuando los otros se acercaban a sacarla a bailar, decía: “Es mi pareja”.

Ya bien entrada la noche, cuando la joven quiso retirarse, el príncipe se empeñó en seguirla, para ver a qué casa se dirigía; pero ella desapareció de un salto en el jardín trasero de su casa. Crecía allí un gran y hermosa peral, repleto de magníficas peras, la joven trepó hasta su copa con la ligereza de una ardilla, y el príncipe no supo dónde había ido.

En el jardín trasero, en el inconsciente espiritual, a donde no llegan las facultades humanas corrientes, crece un peral grande y hermoso. En griego y en latín manzana, pera, granada, naranja y limón, todos se llaman *melon* o *malum*, que quiere decir una fruta grande; por los adjetivos se sabe de cual de estos frutales se habla en concreto. Eso quiere decir que el peral de este cuento fundamentalmente es lo mismo que en otros el manzano. Sus frutos son más blandos y sabrosos que los de la nuez de avellano y se usan en las bodas. Hay algunos cuentos en que la prueba definitiva que el pretendiente de una princesa tiene que resolver para casarse con ella es conseguir la manzana de oro del árbol de la vida, que crece al final del mundo.

El príncipe esperó al padre y le dijo: “La forastera se me ha escapado; creo que trepó por el peral”. Pensó el padre: “¿Será Cenicienta?” y mandó traer hacha y derribó el árbol, pero ya no había nadie en la copa. Y cuando entraron en la cocina, Cenicienta yacía como de costumbre sobre las cenizas; pues se había bajado del árbol por el lado opuesto, y después de devolver al pájaro del avellano su hermoso vestido se había puesto la bata gris.

Derribarón el palomar, derribaron el peral, pero no pueden derribar al pájaro en el avellano encima de la tumba de la buena madre. Hay Uno al que no se puede derribar y Éste no juzga por apariencias, conoce el corazón del hombre.

Al tercer día, en cuanto los padres y las hermanastras se hubieron marchado, Cenicienta volvió a la tumba de su madre y habló así al árbol:

**Muévete y sacúdete, árbol querido,
echa oro y plata encima mío.**

Y el pájaro le arrojó un vestido todo lleno de estrellas, aún más bello y espléndido que los anteriores, y unas zapatillas de oro puro. Cuando se presentó así vestida en la fiesta, todos se quedaron boquiabiertos de admiración. El príncipe sólo bailó con ella, y a todo el que venía a solicitarla le decía: “Es mi pareja”.

Cuando ya bien entrada la noche Cenicienta insistió en irse, el príncipe quiso acompañarla; pero huyó tan rápidamente que no pudo seguirla.

Mas esta vez el príncipe había recurrido a un ardid y mandado embadurnar con pez

toda la escalera: al bajar la joven por los peldaños, se le quedó pegada la zapatilla izquierda en uno de ellos. El príncipe la recogió, y era diminuta, graciosa y toda de oro. A la mañana siguiente se presentó en casa del padre y le dijo: “Ninguna otra ha de ser mi esposa, sino aquella cuyo pie quepa en este zapato”.

El ardid del príncipe, lo mismo que el astuto humano o animal, en los cuentos remite siempre a una fuerza de otra índole. Ha quedado algo de la aparición de la bella desconocida, y merced a ello finalmente la que había tenido aspecto sucio y polvoriento quedará convertida para siempre y enteramente en una bella princesa.

Sin embargo, habrá que pasar todavía por más pruebas.

Las dos hermanastras se alegraron, pues ambas tenían lindos pies. La mayor fue a su cuarto para probarse la zapatilla; su madre la acompañó. Pero no le cabía el dedo gordo, y el zapato le estaba pequeño; entonces, la madre, tendiéndola un cuchillo, le dijo: “¡Córtate el dedo! Cuando seas reina no tendrás que ir a pie”.

La muchacha se cortó el dedo gordo, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor; salió del cuarto y se presentó al príncipe. Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Pero cuando pasaron por delante de la tumba, dos palomas que estaban posadas en el avellano cantaron:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
en su casa está.

Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba.

Al pasar por delante de la tumba, el avellano y las palomas, que es lugar de la verdad, se desenmascara la mentira. Y así dos veces seguidas. Es imposible entrar en el reino mintiendo, la mentira es lo totalmente opuesto. Las Escrituras llaman al diablo “padre de la mentira”. La sangre en este caso significa el pecado, como en boca del profeta Isaías: “Aunque vuestros pecados sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve, y si fueran rojos como la púrpura vendrán a ser como la lana” (Is 1,18).

Hizo volver grupas al caballo, y devolvió la falsa novia y, diciendo que no era la que buscaba, pidió que la otra hermana se probase el zapato. Esta se retiró a su habitación y logró meter fácilmente los dedos en el zapato, pero el talón no le cabía. Entonces la madre le tendió un cuchillo y le dijo: “¡Córtate un pedazo de talón! Cuando seas reina, no tendrás que ir a pie”.

La muchacha se cortó un trozo de talón, introdujo a la fuerza el pie en el zapato, reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó ante el príncipe. Éste la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella.

Cuando pasaron por delante de la tumba, las dos palomas que estaban allí cantaron:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
en su casa está.

El príncipe miró el pie de la muchacha y vio que la sangre manaba del zapato y que la blanca media estaba ensangrentada.

La sangre ha cubierto la blancura de la media, de la verdadera naturaleza, como en el cuento de *Doña Ínferos* la blancura de la lana que la niña, al verla manchada, se agacha para lavarla en el agua del pozo.

El príncipe volvió grupas y devolvió a la falsa novia. “Tampoco ésta es la verdadera”, dijo. “¿No tenéis otra hija?”. “No”, respondió el padre; “sólo una sucia Cenicienta que tuve de mi difunta esposa; pero es imposible que ella sea la novia”. Mandó el príncipe que la llamasen, pero la madrastra repuso: “¡Oh, no! Está demasiado sucia y no debe dejarse ver”.

Una y otra vez en los cuentos resulta elegido o elegida quien es más insignificante. En las Escrituras se revela este mismo orden de cosas. La Biblia cuenta que cuando hubo que ungir un nuevo rey en Israel, el profeta Samuel fue enviado a un hombre de Belén, para que ungiera a uno de sus hijos. El hombre le presentó a sus siete hijos mayores, pero ninguno fue elegido. Samuel preguntó si le había presentado a todos sus hijos, y el hombre respondió: “Todavía queda el pequeño, pero está apacentando las ovejas”. Samuel le dijo: “Envía a buscarlo porque no me iré hasta que venga acá”. Al verle, comprendió que éste era el elegido y lo ungió rey (cf. I Sm 16,10-12).

Pero como el príncipe insistiera, no tuvieron más remedio que llamar a Cenicienta. Esta se lavó primero las manos y la cara; luego entró en la habitación y se inclinó ante el príncipe, quien le tendió el zapato de oro. Entonces se sentó la joven en un taburete, se quitó el pesado zueco y se calzó la zapatilla: le venía como un guante. Y cuando se levantó y el príncipe la miró a la cara, reconoció inmediatamente a la hermosa joven que había bailado con él y exclamó: “¡Esta sí que es mi verdadera novia!”.

La madrastra y sus dos hijas se sobresaltaron y empalidecieron de rabia. El príncipe

se fue con Cenicienta a caballo. Al pasar por delante del avellano, cantaron las dos palomas blancas:

Gugurruguu, gugurruguu,
sangre se escurre.
La novia de verdad
ahora contigo va.

Y cuando hubieron cantado eso, se acercaron volando y se posaron sobre los hombros de Cenicienta: una a la derecha y la otra a la izquierda; y allí se quedaron.

El problema del mal está presente en todos los cuentos. En más de una ocasión expresan de manera muy clara que el mal se acaba destruyendo a sí mismo, como por ejemplo en el caso de la reina mala en el cuento de *Blancanieves*⁵⁵, que baila hasta caer muerta cuando acude a la boda de la que creía haber envenenado. En el cuento de *Cenicienta*.

Cuando llegó el día de la boda, se presentaron las falsas hermanas, deseosas de congraciarse con Cenicienta para participar de su suerte. Cuando los novios se encaminaron a la iglesia la mayor de las hermanas iba a su derecha, y la menor a su izquierda: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Después, cuando salieron, la mayor iba a la izquierda y la menor a la derecha: entonces las palomas, de sendos picotazos, les sacaron un ojo a cada una. Y de este modo, como castigo por su maldad y falsedad, quedaron ciegas para el resto de sus vidas.

El lenguaje de los cuentos en ocasiones puede resultar muy cruel si se toma en sentido literal en lugar de simbólico. Sin embargo, de este modo, con colores exagerados, expresa que la mentira acaba cegando; al final ya no sólo se dice lo que no es cierto sino que se acaba no pudiendo ver la realidad. En cambio, quien obra la verdad llega a ser verdad y ve la realidad; ve la verdadera naturaleza de sí mismo y de todo lo demás. Lo expresa la imagen de las dos palomas posadas sobre los hombros de Cenicienta, convertida ella en princesa, en lo que ha sido desde siempre.

Cada vez que esto ocurre, Él ha levantado a alguien del polvo (S 107,41) y lo ha coronado de gloria y dignidad (S 8). Una gran confianza recorre todo el cuento hasta llegar a la plenitud. Humildad y amor mantienen en el buen camino. La verdad es más fuerte que la mentira.

- [54.](#) Dorothea Forstner, *Die Welt der christlichen Symbole*. Tyrolia-Verlag, Innsbruck-Wien-München 1982, 149.
- [55.](#) Schlüter, Ana María, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 1997, 61-76.

7

ZARZARROSA

(Despertar a la Vida junto con toda la creación)

Érase una vez un rey y una reina que se decían todos los días: “¡Ojala tuviéramos una hija!” pero nunca llegaba. Sin embargo un día, cuando la reina estaba bañándose, apareció una rana y dijo: “Tu deseo se va a cumplir. Antes de que transcurra un año darás a luz una hija”. Y así fue. La alegría del rey fue inmensa y organizó una gran fiesta, a la que no sólo invitó a parientes, amistades y conocidos sino también a las mujeres sabias de su reino para que se mostraran benévolas con la niña. Eran trece, pero como sólo tenía doce platos de oro, de los que tenían que comer, una tuvo que quedarse en casa. La fiesta tuvo lugar con todo esplendor, y las mujeres sabias fueron dotando a la niña con sus dones: una con virtud, otra con belleza, la tercera con riqueza y así seguido, con todo lo que se puede desear en este mundo. Cuando acabó de hablar la undécima, de repente entró la décimo tercera. Se quiso vengar por no haber sido invitada y, sin saludar y ni siquiera mirar a nadie, gritó: “Cuando cumpla los quince años, la hija del rey se pinchará en una rueca y caerá muerta”. Y sin decir nada más, dio la vuelta y abandonó la sala. Todos quedaron consternados; entonces avanzó la duodécima, que todavía podía desearle algo, y como no podía suprimir la maldición sino sólo mitigarla, dijo: “No será una muerte, sino un sueño profundo de cien años, en que va a caer la hija del rey”.

El rey, que quería proteger a su querida hija de la desgracia, mandó que en todo el reino se quemaran las ruecas. La niña fue creciendo y se fueron dando en ella todos los dones de las mujeres sabias; era tan bella, virtuosa, amable y sensata que cualquiera que la mirara la tenía que querer.

Sucedió que el día en que cumplía los quince años el rey y la reina se habían ausentado, y la niña estaba sola en el palacio. Entonces empezó a recorrerlo por entero, recorrió a gusto alcobas y habitaciones y por fin llegó a una vieja torre. Subió por la estrecha escalera de caracol hasta una pequeña puerta.

En la cerradura de la puerta había una llave oxidada, y cuando le dio la vuelta, se abrió la puerta y vio a una anciana sentada en una pequeña habitación con una rueca, hilando laboriosamente su lino. “Buenos días, madrecita”, dijo la hija del rey, “¿qué estás haciendo?”. “Estoy hilando”, dijo la anciana moviendo la cabeza. “¿Que es esa

cosa tan divertida que se mueve?” preguntó la niña, cogiendo a la vez el huso porque también quería hilar. Pero apenas lo había tocado, se cumplió la maldición y se pinchó en el dedo. En cuanto se pinchó en el dedo, cayó en la cama que había allí y quedó sumida en un sueño profundo.

La hija del rey quedó sumida en un sueño profundo, y este sueño se extendió a todo el palacio: el rey y la reina, que acababan de llegar a casa, empezaron a dormirse y toda la corte con ellos. También se durmieron los caballos en el establo y los perros en el patio, las palomas en el tejado y las moscas en la pared; incluso el fuego, que llameaba en la lumbre, se aquietó y se durmió; el asado dejó de freírse y el cocinero que iba a tirar de las orejas al pinche por un descuido que había cometido, lo soltó y se durmió. El viento amainó, y en los árboles delante del palacio ya no se movía ni una sola hoja.

Alrededor del palacio empezó a crecer una zarza, que de año en año subía más y que acabó por rodear todo el palacio y cubrirlo, de tal modo que ya no se veía nada de él, ni siquiera la bandera en el tejado.

En el país se contaba una leyenda, que trataba de una bella Zarzarrosa durmiente, pues así fueron llamando a la hija del rey. De tal manera que de vez en cuando llegaban príncipes que querían atravesar la zarza y entrar en el palacio. Pero no les era posible porque las espinas, como si fueran manos, los agarraban fuertemente, y los jóvenes quedaban atrapados sin poder soltarse y morían de muerte lastimosa. Después de muchos, muchos años volvió de nuevo un príncipe a ese país y oyó a un anciano hablar de la zarza; decía que había detrás de ella un palacio, en el que desde hacía cien años dormía una princesa extraordinariamente bella, llamada Zarzarrosa, y con ella también el rey y la reina y toda la corte. También sabía por su abuelo que habían venido muchos príncipes intentando atravesar la zarza, pero que se habían quedado atrapados muriendo tristemente. Entonces el joven dijo: “No tengo miedo, quiero ir allí y ver a la bella Zarzarrosa”. Por mucho que el anciano se lo desaconsejara, el joven no hizo caso de sus palabras y fue allá.

Habían pasado justo los cien años y había llegado el momento en que Zarzarrosa tenía que volver a despertar. Cuando el príncipe se acercó a la zarza, toda ella se había convertido en flores grandes y hermosas, que se separaban espontáneamente dejándole pasar sin lastimarlo y que se volvían a juntar detrás de él. En el patio vio a los caballos y perros tumbados y dormidos. En el tejado estaban las palomas que habían metido sus cabezas debajo del ala. Y cuando entró en la casa, las moscas dormían en la pared, el cocinero en la cocina tenía todavía su mano alzada como

para agarrar al pinche, y la muchacha estaba con una gallina negra que tenía que pelar. Siguió atravesando el palacio y en la sala vio dormida a toda la corte, y arriba junto al trono estaban tumbados el rey y la reina. Siguió andando y todo estaba en un silencio tan grande, que se podía oír la propia respiración.

Por fin el príncipe llegó a la torre y abrió la puerta que daba a la pequeña habitación, en que dormía Zarzarrosa. Allí estaba tumbada y era tan bella que no podía apartar sus ojos de ella y se inclinó a besarla. Al rozarla Zarzarrosa abrió los ojos, se despertó y lo miró con simpatía.

Bajaron juntos, y el rey despertó y la reina y toda la corte y se miraron extrañados unos a otros. Los caballos en el patio se levantaron y se sacudieron; los perros saltaron y ladraron; las palomas en el tejado sacaron sus cabezas de debajo del ala, miraron alrededor y se fueron volando al campo; las moscas siguieron andando por las paredes; el fuego de la lumbre se volvió a reavivar, empezó a arder y a cocer la comida; el asado siguió friéndose; el cocinero acabó de dar un cachete al pinche haciéndole gritar; y la muchacha terminó de pelar la gallina. Entonces se celebró con todo esplendor la boda del príncipe con Zarzarrosa y vivieron felices hasta el final de su vida.



Este cuento habla muy claramente del destino común del ser humano y del animal. Es un cuento muy difundido, pero en el fondo desconocido por trivializado.

Érase una vez un rey y una reina que se decían todos los días: “¡Ojala tuviéramos una hija!” pero nunca llegaba. Sin embargo un día, cuando la reina estaba bañándose, apareció una rana y dijo: “Tu deseo se va a cumplir. Antes de que transcurra un año darás a luz una hija”. Y así fue. La alegría del rey fue inmensa y organizó una gran fiesta, a la que no sólo invitó a parientes, amistades y conocidos sino también a las mujeres sabias de su reino para que se mostraran benévolas con la niña. Eran trece, pero como sólo tenía doce platos de oro, de los que tenían que comer, una tuvo que quedarse en casa. La fiesta tuvo lugar con todo esplendor, y las mujeres sabias fueron dotando a la niña con sus dones: una con virtud, otra con belleza, la tercera con riqueza y así seguido con todo lo que se puede desear en este mundo. Cuando acabó de hablar la undécima, de repente entró la décimo tercera. Se quiso vengar por no haber sido invitada y, sin saludar y ni siquiera mirar a nadie, gritó: “Cuando cumpla los quince años, la hija del rey se pinchará en una rueca y caerá muerta”. Y sin decir nada más, dio la vuelta y abandonó la sala. Todos quedaron consternados; entonces avanzó la duodécima, que todavía podía desearle algo, y como no podía suprimir la

maldición sino sólo mitigarla, dijo: “No será una muerte, sino un sueño profundo de cien años, en que va a caer la hija del rey”.



Hasta aquí el cuento habla de lo que el ser humano es en esencia: de estirpe real, algo

muy noble y muy libre. Su verdadera naturaleza está dotada de sabiduría y virtud, como se dio cuenta Siddharta cuando “despertó”, convirtiéndose en un “buda” (despierto).

También aparece una sombra desde el principio, pero no es lo principal; hay doce bendiciones y sólo una maldición, pero ahí está. Al caer en ella arrastrará a todas las criaturas que viven en el palacio, es decir su vida personal entera y la de la humanidad, humanos y animales, para al final también salvarlas a todas.

Ya antes de nacer se comprende que habrá todo un proceso de transformación, al aparecer una rana, la cual para llegar a ser rana pasa por sucesivas metamorfosis. Eso mismo le pasa al ser humano, cuya alma es la hija de rey de este cuento.

El rey, que quería proteger a su querida hija de la desgracia, mandó que en todo el reino se quemaran las ruecas. La niña fue creciendo y se fueron dando en ella todos los dones de las mujeres sabias; era tan bella, virtuosa, amable y sensata que cualquiera que la mirara la tenía que querer.

Sucedió que el día en que cumplía los quince años el rey y la reina se habían ausentado, y la niña estaba sola en el palacio. Entonces empezó a recorrerlo por entero, recorrió a gusto alcobas y habitaciones y por fin llegó a una vieja torre. Subió por la estrecha escalera de caracol hasta una pequeña puerta.

La escalera de caracol indica un proceso, en que se va pasando siempre por el mismo punto, pero cada vez en un nivel superior. El proceso va acompañado de angustia, la escalera es angosta, estrecha. No hay otra forma de llegar a la puerta, que es una puerta pequeña, por la que no cabe la altivez. El cha-do o “camino del te” es un camino de esta índole, las entradas son pequeñas, hay que agacharse aunque sea el mismísimo emperador. Puede pasar quien se hace pequeño, humilde.

En la cerradura de la puerta había una llave oxidada, y cuando le dio la vuelta, se abrió la puerta y vio a una anciana sentada en una pequeña habitación con una rueca, hilando laboriosamente su lino. “Buenos días, madrecita”, dijo la hija del rey, “¿qué estás haciendo?”. “Estoy hilando”, dijo la anciana moviendo la cabeza. “¿Que es esa cosa tan divertida que se mueve?” preguntó la niña, cogiendo a la vez el huso porque también quería hilar. Pero apenas había tocado el huso, se cumplió la maldición y se pinchó en el dedo. En cuanto se pinchó en el dedo, cayó en la cama que había allí y quedó sumida en un sueño profundo.

Llega un momento en la vida del individuo –y de la humanidad– en que se recorre todo el “palacio”, se descubren facultades y capacidades de uno mismo o una misma así como a nivel social. Entre otras se descubre la facultad de hilar pensamientos, lo cual

puede llegar a atrapar y no dejar pasar más allá. A ese más allá se refiere Rilke en uno de sus poemas con la “torre antiquísima”:

Ich kreise um Gott,
den uralten Turm,
und ich kreise Jahrtausende lang,
und ich weiss nicht, bin ich ein Falke,
ein Sturm oder ein grosser Gesang.
Giro en torno a Dios,
la torre antiquísima,
y giro durante milenios,
y no sé si soy un halcón,
una tempestad o una gran canción.

Esa torre es algo muy ancestral, algo que como toda torre asoma al cielo, y ahí dentro hay una mujer muy anciana, encerrada, oculta, desconocida; hasta ella no habían llegado los emisarios del rey. Es como un misterio, fuera del tiempo. Allí el ser humano llega al límite de sus facultades. Si allí intenta usar su capacidad discursiva, hilar e hilar conceptos, se “pincha” y cae como muerta. Se le escurre la vida como le pasó al joven del cuento *Iris* de Hermann Hesse.

De niño había vivido con su madre en una casa rodeada de jardín, y todas las primaveras habían sido una maravilla para él. Hablaba con las mariposas y con las flores, pero lo que más le intrigaba era la *iris germánica*, cuando las abejas recorrían sus pétalos por una franja dorada y desaparecían en el cáliz. Llegó una primavera en que, sin embargo, no fue así. Tendría unos catorce años y empezó a coleccionar mariposas, en lugar de hablar con ellas; además reñía por su madre, con la que siempre se había entendido bien. Empezó a estudiar en la universidad, llegó a ser un catedrático famoso, pero se sentía cada vez más solo y aislado. Tuvo que recorrer un largo camino hasta volver a encontrar la vida que se le había escurrido, entregado exclusivamente a estudios abstractos.

El cuento de Zarzarrosa, narra como *la hija del rey quedó sumida en un sueño profundo, y este sueño se extendió a todo el palacio: el rey y la reina, que acababan de llegar a casa, empezaron a dormirse y toda la corte con ellos. También se durmieron los caballos en el establo y los perros en el patio, las palomas en el tejado y las moscas en la pared; incluso el fuego, que llameaba en la lumbre, se aquietó y se durmió; el*

asado dejó de freírse y el cocinero que iba a tirar de las orejas al pinche por un descuido que había cometido, lo soltó y se durmió. El viento amainó, y en los árboles delante del palacio ya no se movía ni una sola hoja.

Todo queda como muerto cuando se queda dormida el alma humana, que es la princesa del cuento. Y esto tiene consecuencias en la manera como entonces se aborda el mundo, la naturaleza entera, fenómenos atmosféricos, plantas, animales, humanos. Pues a partir de entonces

Alrededor del palacio empezó a crecer una zarza, que de año en año subía más y que acabó por rodear todo el palacio y cubrirlo, de tal modo que ya no se veía nada de él, ni siquiera la bandera en el tejado.

La zarza, los elementos venenosos, formas de codicia, odio y orgullo, van apoderándose del palacio, que es el ser humano en particular y también la humanidad en su conjunto, cuando se ha dormido la princesa, es decir, cuando han quedado olvidadas el alma y con ella la dimensión de profundidad. Lo sufre todo el entorno, ecológico, biológico y social.

Sin embargo, el alma, la princesa, no está olvidada del todo. El cuento dice que *en el país se contaba una leyenda, que trataba de una bella Zarzarrosa durmiente, pues así fueron llamando a la hija del rey. De tal manera que de vez en cuando llegaban príncipes que querían atravesar la zarza y entrar en el palacio. Pero no les era posible porque las espinas, como si fueran manos, los agarraban fuertemente, y los jóvenes quedaban atrapados sin poder soltarse y morían de muerte lastimosa. Después de muchos, muchos años volvió de nuevo un príncipe a ese país y oyó a un anciano hablar de la zarza; decía que había detrás de ella un palacio, en el que desde hacía cien años dormía una princesa extraordinariamente bella, llamada Zarzarrosa, y con ella también el rey y la reina y toda la corte. También sabía por su abuelo que habían venido muchos príncipes intentando atravesar la zarza, pero que se habían quedado atrapados muriendo tristemente. Entonces el joven dijo: “No tengo miedo, quiero ir allí y ver a la bella Zarzarrosa”. Por mucho que el anciano se lo desaconsejara, el joven no hizo caso de sus palabras y fue allá.*

Durante mucho tiempo, diez veces diez, cien años, todo está como muerto, pero la princesa no está muerta, sólo está dormida, y mientras eso es así, la posibilidad de que despierte cuando llegue el momento, sigue en pie. En la vida de una persona, en la humanidad como cuerpo global, la princesa nunca está muerta, y por esto hay una posibilidad de que despierte y el ser humano recobre su verdadero ser, y con él todo lo demás, también los animales. Sigue siendo así hasta el día de hoy. Hace falta que sea el

momento y se den las circunstancias, pero también hace falta escuchar la “leyenda del anciano” y tener valor y decisión para responder a las circunstancias. Hoy de un modo muy especial, si no queremos llegar tarde. Cuando el joven decidió entrar en el palacio,

habían pasado justo los cien años y había llegado el momento en que Zarzarrosa tenía que volver a despertar. Cuando el príncipe se acercó a la zarza, toda ella se había convertido en flores grandes y hermosas, que se separaban espontáneamente dejándole pasar sin lastimarlo y que se volvían a juntar detrás de él. En el patio vio a los caballos y perros tumbados y dormidos. En el tejado estaban las palomas que habían metido sus cabezas debajo del ala. Y cuando entró en la casa, las moscas dormían en la pared, el cocinero en la cocina tenía todavía su mano alzada como para agarrar al pinche, y la muchacha estaba con una gallina negra que tenía que pelar. Siguió atravesando el palacio y en la sala vio dormida a toda la corte, y arriba junto al trono estaban tumbados el rey y la reina. Siguió andando y todo estaba en un silencio tan grande, que se podía oír la propia respiración.

La persona en un momento determinado cae en la cuenta de su falta de vida y se atreve a entrar en el silencio que tiene algo de sepulcral, como si se rozara la muerte. Allí puede percibir su respiración. En todos los caminos a lo profundo, especialmente en Oriente, la respiración tiene una gran importancia. Etimológicamente *respiración* y *espíritu* tienen la misma raíz; respiración en alemán es *Atem*, y comparte raíz indogermánica con la palabra hindú *atman*, alma inmortal.

Por fin el príncipe llegó a la torre y abrió la puerta que daba a la pequeña habitación, en que dormía Zarzarrosa. Allí estaba tumbada y era tan bella que no podía apartar sus ojos de ella y se inclinó a besarla. Al rozarla Zarzarrosa abrió los ojos, se despertó y lo miró con simpatía.

Ahí, en lo más escondido, en la alcoba cerrada, en el hondón del alma, el ser humano descubre su verdadera naturaleza. No hay cosa que se le pueda comparar en belleza. Santa Teresa escribe:

Fuiste por amor criada,
Hermosa, bella, y así
En mis entrañas pintada
Si te perdieras, mi amada,
Alma, buscarte has en mí.
...
Que si te ves, te holgarás

Viéndote tan bien pintada.

El ser humano se vuelve a encontrar consigo mismo.

Uno de los caminos que llevan es el zazen, del que Keizan Zenji (siglo XIII-XIV) dice que “le permite al hombre despertar a su fuerza espiritual y morar en el ámbito del origen. Se le llama a esto manifestar el rostro original o también, dejar que brille la luz original... Zazen verdaderamente es estar sentado en paz después de haber vuelto a la casa paterna... Todo está en sosiego, la mente está completamente libre de trabas. Por esto se parece a haber vuelto a la casa paterna”.⁵⁶ O con la imagen del Sexto Patriarca, volver a estar en “la ciudad, cuyo suelo es el corazón (shin) y la naturaleza (sho) es el rey que habita el suelo del corazón. Cuando está la naturaleza (sho), hay rey, y nuestro cuerpo y nuestro espíritu florecen; cuando la naturaleza (sho) no está, no hay rey, y cuerpo y espíritu se deterioran”.⁵⁷

El ser humano se unifica, príncipe y princesa se unen. Y ese despertar y esa unificación llevan a que reviva todo el palacio, seres humanos y animales. El príncipe y Zarzarrosa:

Bajaron juntos, y el rey despertó y la reina y toda la corte y se miraron extrañados unos a otros. Los caballos en el patio se levantaron y se sacudieron; los perros saltaron y ladraron; las palomas en el tejado sacaron sus cabezas de debajo del ala, miraron alrededor y se fueron volando al campo; las moscas siguieron andando por las paredes; el fuego de la lumbre se volvió a reavivar, empezó a arder y a cocer la comida; el asado siguió friéndose; el cocinero acabó de dar un cachete al pinche haciéndole gritar; y la muchacha terminó de pelar la gallina. Entonces se celebró con todo esplendor la boda del príncipe con Zarzarrosa y vivieron felices hasta el final de su vida.

La boda es la unificación de la persona. Es el redescubrimiento de su dimensión espiritual que hace vivir al ser humano desde el hondón y recobrar su verdadera dignidad. A la vez, junto con él, reviven los animales y toda la creación, representada en el cuento por el aire y viento, fuego, árboles, insectos, pájaros y animales cuadrúpedos.

⁵⁶. Keizan Zenji, *Zazen Yōjinki*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009, 122, 124.

⁵⁷. El sutra de Hui-neng, Ídem, capº III.

8

EL LOBO Y LOS SIETE CABRITOS

(El mal acaba destruyéndose a sí mismo)

Érase una vez una cabra que tenía siete cabritos, a los que quería mucho y protegía del lobo. Un día tuvo que salir a por comida, llamó a los siete y les dijo: “Queridos hijos, tengo que salir a por comida, tened cuidado con el lobo y no le dejéis entrar pues a veces se disfraza, pero lo podréis reconocer al instante por su ronca voz y sus patas negras. Tened cuidado porque si llegase a entrar en casa, os devoraría a todos.

Luego se fue, pero al poco tiempo llegó el lobo a la puerta y dijo: “Abrid, queridos niños, soy vuestra madre y os he traído cosas bonitas”. Pero los siete cabritos se dieron cuenta de que era el lobo al oír su ronca voz. “No abriremos”, dijeron, “tú no eres nuestra madre; ella tiene la voz dulce y amable, y la tuya es ronca; tú eres el lobo”.

Entonces el lobo fue a ver a un tendero, le compró un buen trozo de tiza y se lo comió, haciendo así su voz más dulce. Luego regresó, llamó a la puerta y dijo:

“Dejadme pasar, queridos niños, soy vuestra madre y he traído algo para cada uno”. Pero como el lobo había apoyado una de sus negras patas en la ventana, los niños la vieron y gritaron: “No abriremos; nuestra madre no tiene patas negras como tú; tú eres el lobo”.

Entonces el lobo fue a ver a un panadero y le dijo: “Úntame con masa la pata, que la tengo herida”. Y cuando el panadero le hubo untado la pata con masa, fue a ver a un molinero y le dijo: “Echa harina blanca sobre mi pata”. El molinero pensó: “El lobo quiere engañar a alguien”, y se negó; pero el lobo dijo: “Si no lo haces, te devoraré”. Entonces el molinero se asustó y le blanqueó la pata.

Luego el lobo fue por tercera vez a la casa de los cabritos, llamó a la puerta y dijo: “Dejadme pasar, queridos niños, soy vuestra madre, traigo un regalo para cada uno”. Los siete cabritos querían ver primero su pata y al ver que era blanca como la nieve y que su voz era dulce, creyeron que era verdad lo que decía y abrieron la puerta.

Pero quien entró fue el lobo. Los cabritos se asustaron y corrieron a esconderse. Uno, el mayor, se metió debajo de la mesa, el segundo en la cama, el tercero en la estufa, el cuarto en la cocina, el quinto en el armario, el sexto debajo de una fuente grande y el séptimo en la caja del reloj de pared. Pero el lobo los iba encontrando y

se los fue tragando uno tras otro, excepto al más pequeño que se había escondido en el reloj de pared. Una vez que el lobo hubo saciado su apetito, se fue.

Poco después volvió la anciana cabra. ¡Ay, lo que tuvo que ver, había estado el lobo y se había tragado a sus hijos! Creía que estaban todos muertos. En esto saltó el más pequeño de la caja del reloj y contó lo que había pasado.

El lobo, que se había hartado, se había ido a una pradera verde, se había tumbado al sol y se había quedado profundamente dormido.

La anciana cabra pensó en la posibilidad de salvar todavía a sus hijos, por lo que dijo al cabrito menor: “Coge hilo, aguja y tijeras y sígueme”. Luego salió de casa y encontró al lobo roncando en la pradera. “Ahí está el malvado lobo”, dijo mientras lo observaba por todos los lados, “¡después de haberse merendado a mis hijos!”. Y dirigiéndose al cabrito menor dijo: “Dame las tijeras. ¡Ojalá aún estén vivos!”. Luego abrió la vientre del lobo, y los seis cabritos, a los que el lobo en su voracidad se había tragado enteros, salieron brincando sin haber sufrido daño alguno.

La anciana cabra dijo: “Id ahora y buscad piedras muy grandes”. Con ellas llenaron la vientre del lobo, la volvieron a coser y se fueron corriendo a esconder detrás de un matorral.

Cuando el lobo despertó, sintió un gran peso en su cuerpo y se decía: “¿Qué tumba y retumba dentro de mí? ¿Qué tumba y retumba dentro de mí? ¿Qué es eso? Sólo he comido seis cabritos”. Pensó que bebiendo agua fresca se aliviaría y fue a buscar un pozo, pero al inclinarse, las pesadas piedras lo arrastraron al fondo y se ahogó miserablemente.

Cuando los siete cabritos lo vieron, se acercaron corriendo y danzaron llenos de alegría alrededor del pozo.

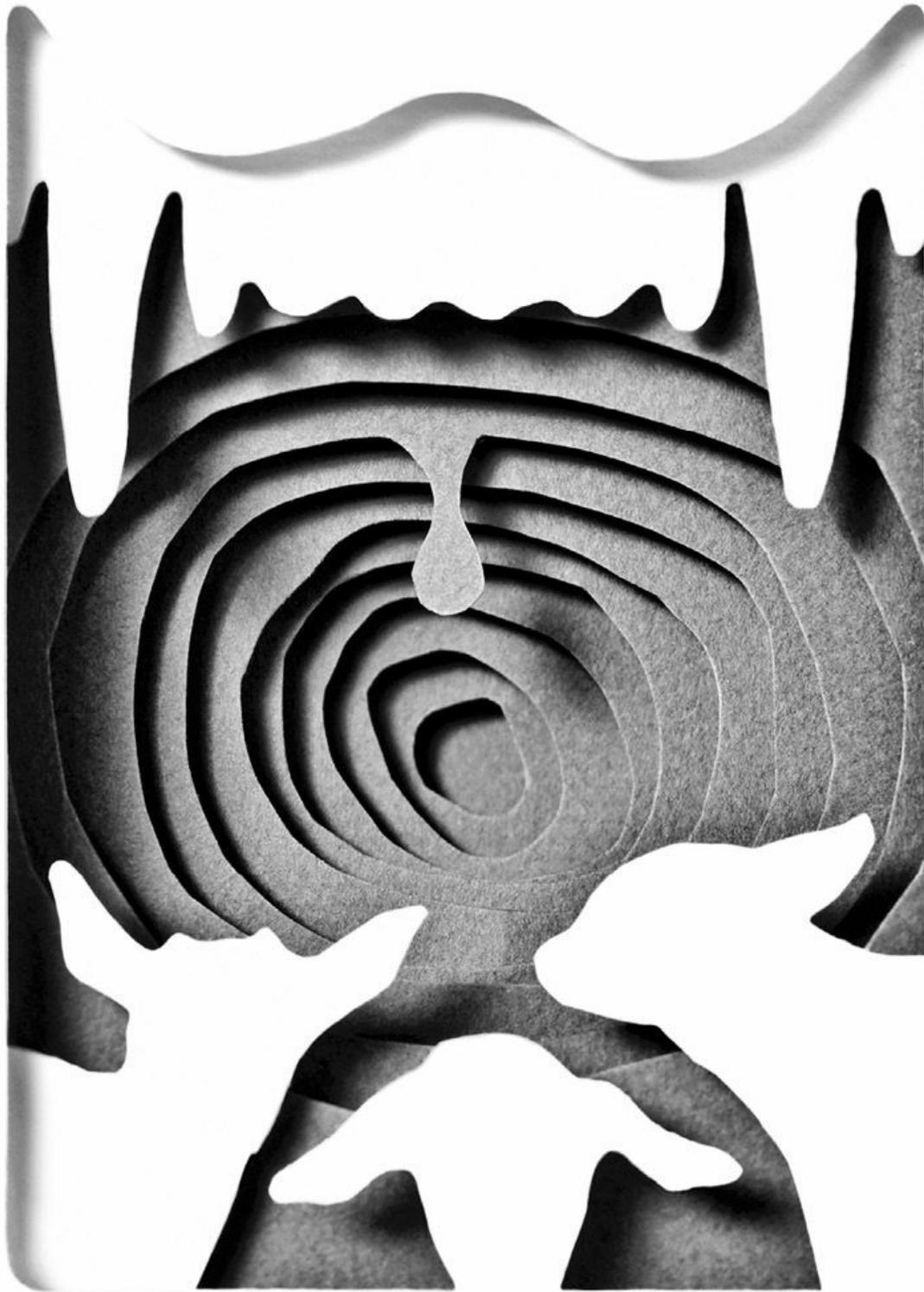


En este cuento el lobo aparece como el mal, lo mismo que el zorro en el cuento del *Zorro y las ocas*. En ambos cuentos la trama se desarrolla exclusivamente entre animales; si bien el lobo del cuento presente busca la connivencia de habilidades humanas para sus planes. Esta imagen, tanto del zorro como del lobo, evidentemente responde a la experiencia de las zonas rurales, donde los zorros roban gallinas y gansos, y los lobos atacan a los rebaños de ovejas y cabras e incluso a las personas.

Es muy diferente la presentación tanto del zorro y del lobo en el cuento de *Los dos hermanos*, en que están relacionados con cazadores, que son los guardianes y protectores de la vida en el bosque; incluidos los zorros y lobos demuestran ser agradecidos y fieles

ayudantes.

Así también aparece en la anécdota de un ermitaño del desierto de Egipto. Postumianus cuenta que había una loba que visitaba todos los días a un ermitaño a la hora de la cena; se quedaba esperando en la puerta hasta que el ermitaño le llevaba el pan que había sobrado. Sucedió que el ermitaño un día fue a acompañar a un hermano y no volvió hasta la noche. La loba llegó a la hora acostumbrada y al no salir su amigo y protector, entró en la ermita y lo buscó. Vio que había un cesto con cinco panes colgado de la pared y cogió uno de los panes. Lo comió y después del robo se fue. Cuando el ermitaño volvió, se encontró con el cesto roto y la falta de un pan. No le cupo duda de quién había sido el ladrón. En los días siguientes la loba no acudía, consciente de su acción. El ermitaño sentía la falta de su protegida y rezó para que volviera. La loba volvió al cabo de siete días a la hora acostumbrada de la cena, pero se le notaba que venía arrepentida, según cuenta Postumianus en los *Diálogos* de Sulpicius Severus, pues no se atrevía a acercarse y estaba cabizbaja como avergonzada. El ermitaño sintió compasión con el animal acongojado, lo acarició y le dio la doble ración de pan.⁵⁸



La visión profética de Isaías es que llegará el momento en que “el lobo y el cordero pacerán juntos” (Is 65,25).

Tanto en el cuento del *Zorro y las ocas* como en éste cabe una lectura simbólica y espiritual, en que no se trata propiamente de animales sino de situaciones humanas

delicadas. Así lo avalan diversas escenas del arte cristiano de los primeros tiempos.

Aunque en otro cuento, el de *Mesa ponte, asno estírate y palo, sal del saco*, la cabra miente y siembra el mal, en este cuento de *El lobo y los siete cabritos*, la cabra es semejante a la oveja, lo que se explica por el hecho de que solían ir juntas en un mismo rebaño; a menudo, en lugar de hablar de rebaños de ovejas y cabras, se hablaba simplemente de rebaños de ovejas, los cuales incluían cabras.

Pues bien, *érase una vez una cabra que tenía siete cabritos, a los que quería mucho y protegía del lobo. Un día tuvo que salir a por comida, llamó a los siete y les dijo:*

“Queridos hijos, tengo que salir a por comida, tened cuidado con el lobo y no le dejéis entrar pues a veces se disfraza, pero lo podréis reconocer al instante por su ronca voz y sus patas negras. Tened cuidado porque si llegase a entrar en casa, os devoraría a todos.

El cuento más adelante habla de una anciana cabra, no vieja puesto que tiene cabritos, pero sí anciana y sabia. Es madre y está preocupada por dar criterios a sus hijos que les ayuden a identificar al lobo; los criterios que da para poder discernir son que tiene patas negras y una voz ronca. Además añade que a veces se disfraza. En el evangelio se habla del lobo que viene con piel de oveja refiriéndose a los falsos profetas (Mt 7,15). La “madre”, que enseña y orienta en la vida, que es guía hacia la vida de verdad, se preocupa de que sus “hijos” no se desvíen, les advierte que tengan cuidado, pues podrían perder la Vida, si se dejaran llevar por palabras engañosas. Es una clara referencia a quien engendra espiritualmente a otros y guía en el camino.

Luego la cabra se fue, pero al poco tiempo llegó el lobo a la puerta y dijo: “Abrid, queridos niños, soy vuestra madre y os he traído cosas bonitas”. Pero los siete cabritos se dieron cuenta de que era el lobo al oír su ronca voz. “No abriremos”, dijeron, “tú no eres nuestra madre; ella tiene la voz dulce y amable, y la tuya es ronca; tú eres el lobo”.

Entonces el lobo fue a ver a un tendero, le compró un buen trozo de tiza y se lo comió, haciendo así su voz más dulce. Luego regresó, llamó a la puerta y dijo:

“Dejadme pasar, queridos niños, soy vuestra madre y he traído algo para cada uno”. Pero como el lobo había apoyado una de sus negras patas en la ventana, los niños la vieron y gritaron: “No abriremos; nuestra madre no tiene patas negras como tú; tú eres el lobo”.

En su ingenuidad los cabritos le dan pistas al lobo para disfrazarse: no tienes la voz dulce de nuestra madre, tienes la pata negra en lugar de blanca, y entonces el lobo se las

sabe apañar para disfrazarse. Las palabras pueden engañar; hay que fijarse cómo vive y actúa, recomendaba hace años un editorial de una revista publicada por la *Buddhist Society* de Londres a raíz de la muerte de un maestro discutible. Un disfraz es algo superpuesto; cambia exteriormente la manera de hablar y de actuar, pero para el mismo fin de antes, a saber, devorar a los cabritos, actúa por beneficio propio, de dinero o prestigio, no le importa la vida de los demás, aunque les diga que les trae regalos. Además se busca cómplices; unos le ayudan sin darse cuenta de las intenciones del lobo, otros sí, pero por miedo sucumben. Así le pasa al molinero, que ya tiene de por sí fama de engañar metiendo piedras en el saco de harina para que pese más.

Entonces el lobo fue a ver a un panadero y le dijo: “Úntame con masa la pata, que la tengo herida”. Y cuando el panadero le hubo untado la pata con masa, fue a ver a un molinero y le dijo: “Echa harina blanca sobre mi pata”. El molinero pensó: “El lobo quiere engañar a alguien”, y se negó; pero el lobo dijo: “Si no lo haces, te devoraré”. Entonces el molinero se asustó y le blanqueó la pata.

Aquí aparece el miedo a las repercusiones a que uno se expone al no colaborar con el mal. Que el sentimiento de miedo aparezca es comprensible, también lo sintió Jesús en el Huerto de los Olivos, sabiendo cercana su muerte. Es la fe viva la que hace dar el siguiente paso aun con miedo. “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo” (Mt 10,28).

Luego el lobo fue por tercera vez a la casa de los cabritos, llamó a la puerta y dijo: “Dejadme pasar, queridos niños, soy vuestra madre, traigo un regalo para cada uno”. Los siete cabritos querían ver primero su pata y al ver que era blanca como la nieve y que su voz era dulce, creyeron que era verdad lo que decía y abrieron la puerta. Entra por la puerta falsa, disfrazado de oveja con pata blanca y voz dulce, engañando; la mentira es la gran aliada del mal. Lo hace de una manera que realmente es difícil de reconocer. El profeta Ezequiel dice: “Son como lobos que desgarran su presa, que derraman sangre y destrozan vidas humanas, para obtener ganancia injusta” (Ez 22,27). El místico medieval Ruysbroeck decía que la mística verdadera se parece a la falsa como dos pelos de la misma cabeza, y así la espiritualidad sana a la malsana. Es difícil discernir, y es fácil dejarse atrapar. Entonces ¿no hay remedio? El cuento da una pista en lo que sigue.

Cuando entró el lobo, los cabritos se asustaron y corrieron a esconderse. Uno, el mayor, se metió debajo de la mesa, el segundo en la cama, el tercero en la estufa, el cuarto en la cocina, el quinto en el armario, el sexto debajo de una fuente grande y el

séptimo en la caja del reloj de pared. Pero el lobo los iba encontrando y se los fue tragando uno tras otro, excepto al más pequeño que se había escondido en el reloj de pared. Una vez que el lobo hubo saciado su apetito, se fue. Poco después volvió la anciana cabra. ¡Ay, lo que tuvo que ver! ¡Había estado el lobo y se había tragado a sus hijos! Creía que estaban todos muertos. En esto saltó el más pequeño de la caja del reloj y contó lo que había pasado.

Una vez más, como suele suceder en muchos cuentos, se salva el más pequeño. La humildad propia hace reconocer el mal olor del orgullo, aunque no se tengan razones para explicarlo. Por lo tanto, más básico todavía que tener criterios explicables, con lo importantes que son, es ser de una manera determinada: vivir en la humildad, que es la verdad, y en el amor. Entonces se desarrolla un olfato que percibe al “lobo”. También en este punto hay una instancia humana que llega más lejos que el mero estudio y razonamientos. La verdad no se descubre pensando sino que la verdad se hace y vive (cf Jn 5).

El lobo, que se había saciado, se había tumbado en una pradera verde y se había quedado profundamente dormido.

Los seis cabritos ¿están definitivamente devorados por el engaño? Una madre no pierde tan fácilmente la esperanza. Además es anciana y sabia y es cabra-oveja, es decir, paciente e inocente, a la vez que como cabra también es espabilada. Así que *pensó en la posibilidad de salvar todavía a sus hijos, por lo que dijo al cabrito menor: “Coge hilo, aguja y tijeras y sígueme”. Luego salió de casa y encontró al lobo roncando en la pradera. “Ahí está el malvado lobo”, dijo mientras lo observaba por todos lados, “¡después de haberse merendado a mis hijos!”. Y dirigiéndose al cabrito menor dijo: “Dame las tijeras. ¡Ojalá aún estén vivos!”. Luego abrió la vientre del lobo, y los seis cabritos, a los que el lobo en su voracidad se había tragado enteros, salieron brincando sin haber sufrido daño alguno. La anciana cabra dijo: “Id ahora y buscad piedras muy grandes”. Con ellas llenaron la vientre del lobo, la volvieron a coser y se fueron corriendo a esconder detrás de un matorral.*

El interés sincero y sabio por el bien de los que ha engendrado espiritualmente, lo cual dista infinitamente del propio lucimiento, consigue arrebatarlos a las fuerzas de la mentira y del mal y hacerlos resucitar de la muerte, del vientre del lobo, como Jonás que estuvo tres días en el vientre del pez (J 2,1).

Cuando el lobo despertó, sintió un gran peso en su cuerpo y se decía: “¿Qué tumba y retumba dentro de mí? ¿Qué tumba y retumba dentro de mí? ¿Qué es eso? Sólo he comido seis cabritos”. Pensó que bebiendo agua fresca se aliviaría y fue a buscar un

pozo, pero al inclinarse, las pesadas piedras lo arrastraron al fondo y se ahogó miserablemente.

Al final, el lobo acaba ahogándose en un pozo, lugar de agua viva, que entierra el mal y es vida para los rectos de corazón. *Cuando los siete cabritos lo vieron, se acercaron corriendo y danzaron llenos de alegría alrededor del pozo.*

En la catacumba de Domitila está representada una oveja saltando de alegría con la vista puesta en un recipiente de leche, símbolo de la eucaristía. Aquí saltan alrededor del agua, agua de Vida. Canta San Juan de la Cruz⁵⁹:

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre
Aunque es de noche.

(...)

Aquí se está llamando a las criaturas,
Y de esta agua se hartan aunque a oscuras,
Porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo
En este pan de vida yo la veo,
Aunque es de noche.

⁵⁸. Sartory, Gertrude und Thomas (ed.), *Ich sah den Ochsen weinen. Die Heiligen und die Tiere*. Herder, Freiburg i.Br./Basel/Wien 1979, 80-82.

⁵⁹. San Juan de la Cruz, *La Fonte*, en: *Obras Completas*. EDE, Madrid 1980.

9

LA OCA DE ORO

(Dando todo, recibirlo todo)

Érasede una vez un hombre que tenía tres hijos, el más pequeño de los cuales se llamaba Tontillo y era menospreciado y escarnecido y dado de lado a cada oportunidad.

En cierta ocasión el mayor se disponía a ir al bosque a cortar leña, y antes de que se fuera le dio la madre una espléndida y exquisita tortilla y una botella de vino, para que no padeciese hambre ni sed. Al llegar al bosque le salió al paso un viejo hombrecillo gris, que le dio los buenos días y le dijo: “Dame un trozo de la tortilla que llevas en tu cesta y déjame beber un trago de tu vino; tengo tanta hambre y estoy sediento”. Más el juicioso hijo respondió: “Si te doy mi tortilla y mi vino, no tendré nada para mí. ¡Lárgate y sigue tu camino!”. Y dejando al hombrecillo plantado, prosiguió su marcha.

Pues bien, cuando se puso a cortar un árbol, no transcurrió mucho tiempo sin que diera un hachazo en falso y la herramienta volase hacia su brazo; de tal forma que tuvo que regresar al hogar y hacerse vendar. Pero esto provenía del hombrecillo gris.

Luego fue el segundo hijo al bosque, y la madre le dio, al igual que al mayor, una tortilla y una botella de vino. A él también le salió al paso el hombrecillo gris y le pidió un trozo de tortilla y un trago de vino. Pero el hijo mediano también habló con gran sensatez: “Lo que te de a ti tendré que quitármelo a mí mismo. ¡Lárgate de aquí!”. Y dejó al hombrecillo plantado y prosiguió su marcha.

No le faltó el castigo: no había hecho más que dar un par de hachazos en el árbol, cuando se dio uno en el pierna; y tan fuerte, que hubo de ser llevado a casa.

Entonces dijo Tontillo: “Padre, déjame ir a cortar leña”. A lo que el padre respondió: “Tus hermanos no han salido muy bien parados en ello; déjate de esas cosas, de las que tú no entiendes”. Pero Tontillo rogó y suplicó tanto tiempo, que el padre dijo al fin: “Pues ve, ya escarmentarás cuando te hieras”.

La madre le dio una tortilla, que había sido hecha con agua, y sobre las cenizas; a lo que añadió una botella de cerveza agria. Cuando llegó al bosque, le salió al paso, igualmente, el viejo hombrecillo gris, quien le dijo: “Dame un pedazo de tu tortilla y un trago de tu botella; tengo tanta hambre y tanta sed”. Respondió Tontillo: “Bien, pero sólo tengo una tortilla hecha sobre las cenizas y cerveza agria; si te parece bien,

sentémonos y comamos”.

Entonces se sentaron, y cuando el hijo menor sacó la cenicienta tortilla, ésta se había convertido en una exquisita tortilla de huevo; y la cerveza agria era un delicado vino. Y así comieron y bebieron; y después habló el hombrecillo: “Porque tienes un buen corazón y repartes gustoso lo que es tuyo, quiero hacerte feliz. Allí hay un viejo árbol, córtalo y encontrarás algo en las raíces. Y a continuación se despidió el hombrecillo.

Tontillo se acercó al árbol y lo derribó; y al caer éste, vio en las raíces una oca que tenía las plumas de oro puro. La sacó, la cogió y se fue a una posada, donde pensaba pasar la noche. Pero el posadero tenía tres hijas que vieron la oca, sintieron curiosidad por saber qué clase de pájaro maravilloso era, y quisieron tener una de sus plumas de oro.

La mayor pensó: “Ya se presentará la oportunidad para que pueda arrancar una pluma”. Y en un momento en que Tontillo había salido de la casa, cogió la oca por las alas, pero los dedos y la mano se le quedaron pegados a ellas. Al poco rato entró la segunda, sin otro pensamiento que el de llevarse una pluma de oro; pero apenas había tocado a su hermana cuando se quedó pegada a ella.

Finalmente, llegó también la tercera con la misma intención; entonces gritaron las otras: “¡No te acerques, por lo que más quieras, no te acerques!”. Pero no entendió por qué no habría de acercarse. Pensó: “Ahí están ellas, yo también puedo estar ahí”. Y se acercó de un salto. En cuanto hubo tocado a sus hermanas, se quedó pegada a ellas. De esta suerte tuvieron que pasar la noche con la oca.

A la mañana siguiente cogió Tontillo a la oca en sus brazos, se fue, y no se preocupó por las tres hermanas prendidas a ella. Estas tenían que andar siempre siguiéndole de un lado para otro, por donde se le antojara ir. En medio del campo se le acercó el cura, y, al ver la procesión dijo: “¿No os avergonzáis, chicas indecentes? ¿Por qué seguís a este joven mozo por el campo? ¿Está eso bien hecho?”. Y al hablar tomó a la menor de la mano y se quedó igualmente pegado y tuvo él mismo que caminar detrás.

Al poco rato vino el sacristán y vio al señor cura siguiendo los pasos a tres mozas. Y entonces se asombró y gritó: “¡Eh!, señor cura, ¿a dónde va con tanta prisa? No olvide que hoy tenemos bautizo”. Y se le acercó corriendo, lo cogió por la manga y se quedó también pegado. Y cuando todos iban trotando así, uno detrás del otro, llegaron dos campesinos del campo con sus azadas. Los llamaron para pedirles que los soltaran. Pero no habían hecho más que tocar al sacristán, cuando se quedaron

pegados, y eran entonces siete los que seguían a Tontillo con su oca.

Llegó después a una ciudad, donde gobernaba un rey que tenía una hija tan seria que nadie podía hacerla reír. Por ello el rey había proclamado una ley, según la cual habría de casarse con ella quien pudiera hacerla reír. Tontillo, cuando oyó esto, fue con su oca y su séquito a presentarse ante la hija del rey, y cuando ésta vio a las siete personas caminando siempre una detrás de otra, comenzó a reír con gran estruendo, y no quería parar nunca. Entonces la pidió Tontillo como prometida, pero al rey no le gustó el yerno, puso toda clase de pegas y dijo que éste tendría que traerle antes un hombre que pudiese beber toda una bodega de vino.

Tontillo pensó en el hombrecillo gris; quizá pudiera ayudarle; se fue al bosque, y en el sitio donde había cortado el árbol vio a un hombre sentado, de rostro compungido. Tontillo le preguntó por lo que tanto le afligía. Y respondió a esto: “Tengo tanta sed, y no puedo calmarla. No soporto el agua fría. He vaciado, en verdad, un tonel de vino, pero ¿qué es una gota sobre una piedra en ascuas?”. “En eso puedo ayudarte”, dijo Tontillo. “Vente conmigo, tú has de saciarte”. Lo condujo entonces a la bodega del rey, y el hombre se abalanzó sobre los grandes toneles, bebió y bebió, hasta que empezaron a dolerle las caderas, pero antes de que transcurriese un día se había bebido toda la bodega.

Tontillo exigió nuevamente a su prometida, pero el rey se enfadó de que un mal rapaz, a quien todos llamaban Tontillo, hubiese de llevarse a su hija, y puso nuevas condiciones: tendría que encontrar primero a un hombre que pudiera comerse toda una montaña de pan.

Tontillo no lo pensó mucho, sino que se fue inmediatamente al bosque; allí estaba sentado en el mismo sitio un hombre que se apretaba fuertemente el cuerpo con un cinturón; tenía un quejumbroso rostro y dijo: “Me he comido todo un horno lleno de pan rallado; pero ¿de qué sirve eso si se tiene tanta hambre como yo? Mi estómago sigue estando vacío, y he de apretarme bien el cinturón para no morir de hambre”.

Tontillo se alegró al oírlo y dijo: “Prepárate y vente conmigo, comerás hasta hartarte”. Lo condujo a la corte del rey, quien había hecho traer toda la harina de su reino para cocer con ella una inmensa montaña de panes. Pero el hombre del bosque se colocó frente a ella, comenzó a comer y a comer, y en un día había desaparecido toda la montaña. Tontillo exigió por tercera vez a su prometida, pero el rey buscó de nuevo un pretexto y pidió un barco que pudiera viajar por tierra y por mar. “Tan pronto como vengas navegando en él”, dijo, “tendrás a mi hija por esposa”.

Tontillo se fue directamente al bosque; allí estaba sentado el viejo y hombrecillo

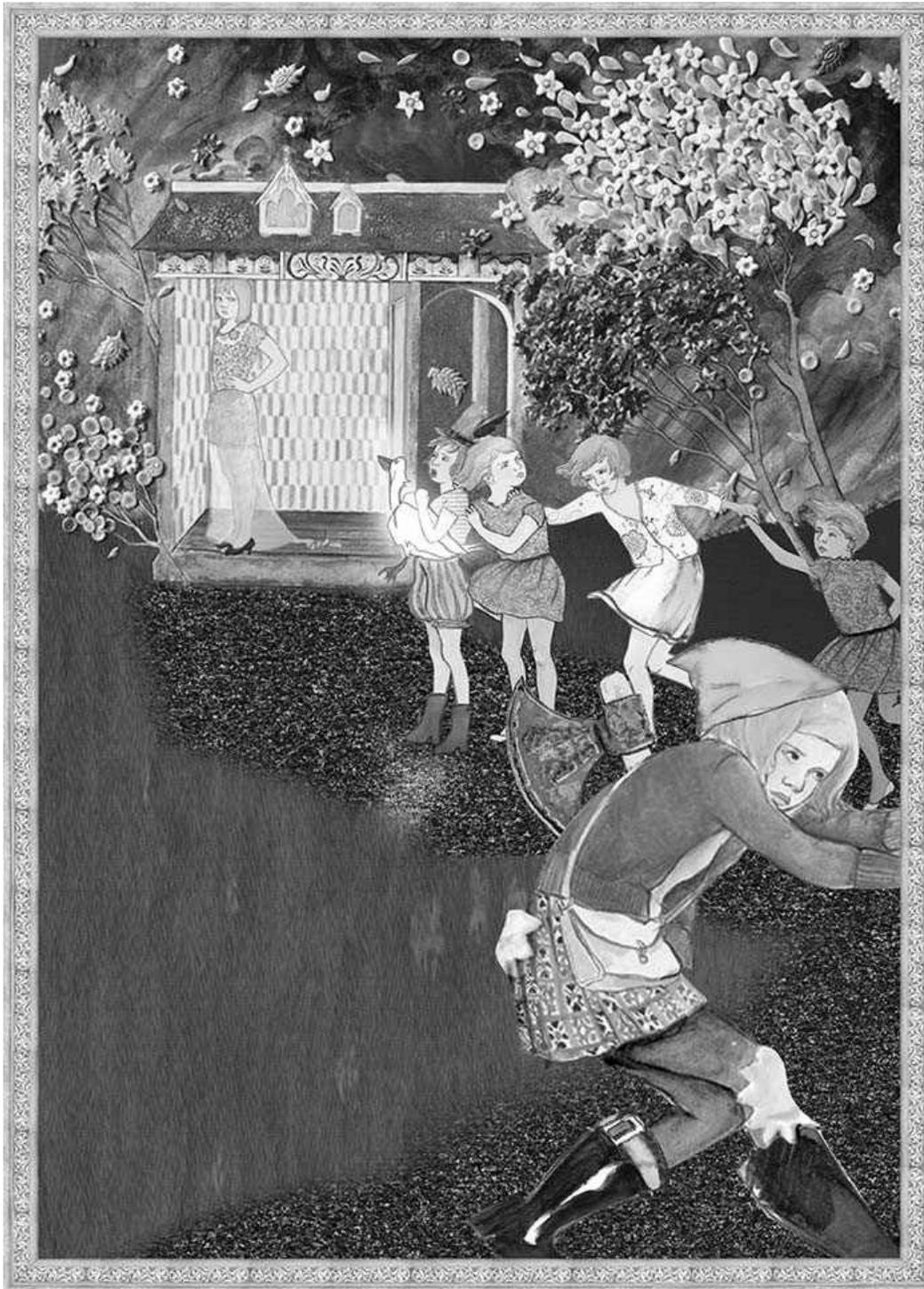
gris al que había dado su tortilla, que dijo: “He bebido y comido por ti, y también quiero darte el barco; todo lo hago porque fuiste compasivo y bondadoso conmigo. Entonces le dio el barco que podía ir por tierra y por mar, y cuando el rey lo vio no pudo negarle por más tiempo a su hija. La boda fue celebrada. Después de la muerte del rey, heredó Tontillo el reino y vivió feliz mucho tiempo con su esposa.



En este cuento se juntan elementos que aparecen en varios cuentos diferentes. Los Hermanos Grimm en la versión original lo presentan junto con *La reina de las abejas*, *Las tres plumas*⁶⁰ y *La blanca paloma*⁶¹, pues en todos ellos aparece un hijo menor, considerado tonto, quien alcanza lo que sus hermanos mayores no consiguen. “Otra” capacidad, aparentemente tonta, que no deslumbra, lleva a encontrar la vida, casarse con una princesa, es decir, llegar a la unificación con su alma.

Recuerda igualmente a *El agua de la vida*⁶², en que aparece también un hombrecillo viejo, al que los hermanos mayores tratan despectivamente, mientras que el príncipe menor lo saluda con amabilidad, lo que le posibilita encontrar el agua de la vida, curar al rey gravemente enfermo y celebrar la boda con una princesa.

Recuerda por fin un cuento muy breve, *Lluvia de estrellas*⁶³, en que una niña pobre, sin casa ni cama, sin padre ni madre, que sólo tiene lo que lleva puesto y un mendrugo de pan recibido de una persona compasiva, da todo lo que tiene y acaba revestida de una camiseta de lino blanco en que recoge las estrellas de oro que caen del cielo.



Pues bien, el presente cuento habla de *un hombre que tenía tres hijos, el más pequeño de los cuales se llamaba Tontillo y era menospreciado y escarnecido y dado de lado a cada oportunidad*. Ocurre que hay una facultad menospreciada, menos deslumbrante que la inteligencia y la voluntad, y cuando el ser humano se dirige al bosque de la vida, trata de abordar las tareas exclusivamente con estas últimas, pues es de las que se fía, las puede controlar, o al menos así le parece. Va bien equipado, con la tortilla de la madre y

vino; el mundo le sonríe. Así lo describe el cuento: *En cierta ocasión el mayor se disponía a ir al bosque a cortar leña, y antes de que se fuera le dio la madre una espléndida y exquisita tortilla y una botella de vino, para que no padeciese hambre ni sed.*

Pero llega el momento, cuando se adentra en el bosque de la vida, en que le habla al corazón “otro” poder. Si lo desprecia, como está acostumbrado a hacerlo con su hermano menor, las cosas le irán mal. Si guarda lo que tiene sólo para sí mismo, lo puede perder todo. No basta con ser juicioso y sensato para alcanzar felicidad y plenitud en la vida.

Al llegar al bosque le salió al paso un viejo hombrecillo gris, que le dio los buenos días y le dijo: “Dame un trozo de la tortilla que llevas en tu cesta y déjame beber un trago de tu vino; tengo tanta hambre y estoy sediento”. Más el juicioso hijo respondió: “Si te doy mi tortilla y mi vino, no tendré nada para mí. ¡Lárgate y sigue tu camino!”. Y dejando al hombrecillo plantado, prosiguió su marcha. Pues bien, cuando se puso a cortar un árbol, no transcurrió mucho tiempo sin que diera un hachazo en falso y la herramienta volase hacia su brazo; de tal forma que tuvo que regresar al hogar y hacerse vendar. Pero esto provenía del hombrecillo gris.

El hombrecillo gris, el cual más que viejo es anciano, o mejor dicho todavía, no tiene edad, es una instancia interior que no actúa por rencor, venganza o castigo, aunque el cuento la revista de una forma que se acerca a la humana. En el lenguaje budista se hablaría de la ley de causa y efecto o ley del *karma*, que llama a la responsabilidad, no al fatalismo como a veces se malentiende, sabiendo que lo que se siembra se siega. En realidad, como dice W. C. Smith, no hay verdades budistas, sino verdades cósmicas, ideales humanos, en los que el budismo, pone especial énfasis.⁶⁴

Luego fue el segundo hijo al bosque, y la madre le dio, al igual que al mayor, una tortilla y una botella de vino. A él también le salió al paso el hombrecillo gris y le pidió un trozo de tortilla y un trago de vino. Pero el hijo mediano también habló con gran sensatez: “Lo que te de a ti tendré que quitármelo a mí mismo. ¡Lárgate de aquí!”. Y dejó al hombrecillo plantado y prosiguió su marcha. No le faltó el castigo: no había hecho más que dar un par de hachazos en el árbol, cuando se dio uno en el pierna; y tan fuerte, que hubo de ser llevado a casa.

Llega un momento en la vida, en que el ser humano, después de haber sufrido varios contratiempos, hace caso a esta otra voz más profunda, que trasciende lo juicioso y sensato, lo cual no quiere decir caer en lo contrario de juicioso y sensato. Esto se ve en la

manera de actuar del hijo menor, al que la vida por de pronto no sonríe. Se las tiene que apa nar con desconfianza, una tortilla hecha con agua sobre las cenizas y cerveza agria.

Tontillo dijo: “Padre, déjame ir a cortar le a”. A lo que el padre respondió: “Tus hermanos no han salido muy bien parados en ello; déjate de esas cosas, de las que t  no entiendes”. Pero Tontillo rogó y suplicó tanto tiempo, que el padre dijo al fin: “Pues ve, ya escarmentar s cuando te hieras”. La madre le dio una tortilla, que había sido hecha con agua, y sobre las cenizas; a lo que a nadi  una botella de cerveza agria.

Cuando llegó al bosque, le salió al paso, igualmente, el viejo hombrecillo gris, quien le dijo: “Dame un pedazo de tu tortilla y un trago de tu botella; tengo tanta hambre y tanta sed”. Respondió Tontillo: “Bien, pero sólo tengo una tortilla hecha sobre las cenizas y cerveza agria; si te parece bien, sentémonos y comamos”.

El ser humano que se encuentra con el hombrecillo gris, que no lo desprecia y comparte generosamente lo que tiene, a partir de este momento podrá contar con un protector y guía seguro. *Se sentaron, y cuando el hijo menor sacó la cenicienta tortilla, ésta se había convertido en una exquisita tortilla de huevo; y la cerveza agria era un delicado vino. Y así comieron y bebieron; y después habló el hombrecillo: “Porque tienes un buen corazón y repartes gustoso lo que es tuyo, quiero hacerte feliz. All  hay un viejo árbol, córtalo y encontrarás algo en las raíces. Y a continuación se despidió el hombrecillo. Tontillo se acercó al árbol y lo derribó; y al caer éste, vio en las raíces una oca que tenía las plumas de oro puro.*

Lo ha entregado todo y recibe el c ntuplo. En lugar de estrellas convertidas en ducados de oro, en este caso recibe una oca de oro. Sale de las profundidades, de las raíces de un  rbol. Es algo esencial, original y básico. Hay un ideograma chino-japonés que se escribe como árbol al que se señala la raíz; cuando precede a sh , naturaleza, se refiere a la naturaleza esencial. En lo más profundo del corazón humano hay un tesoro, oro puro. Viviendo desde ahí se le abre el camino a la verdadera felicidad. Esa oca de oro le lleva, de la manera que nadie podía imaginar, al encuentro con la princesa del alma. Esto se ve en la segunda parte del cuento, que resulta muy pintoresca y hasta chistosa. Dios escribe derecho en renglones torcidos, aunque est n hechos de avaricia y envidia y todo lo que arrastra.

Tontillo sacó la oca, la cogió y se fue a una posada, donde pensaba pasar la noche. Pero el posadero tenía tres hijas que vieron la oca, sintieron curiosidad por saber qué clase de pájaro maravilloso era, y quisieron tener una de sus plumas de oro.

La mayor pensó: “Ya se presentará la oportunidad para que pueda arrancar una

pluma". Y en un momento en que Tontillo había salido de la casa, cogió la oca por las alas, pero los dedos y la mano se le quedaron pegados a ellas. Al poco rato entró la segunda, sin otro pensamiento que el de llevarse una pluma de oro; pero apenas había tocado a su hermana cuando se quedó pegada a ella. Finalmente, llegó también la tercera con la misma intención; entonces gritaron las otras: "¡No te acerques, por lo que más quieras, no te acerques!". Pero no entendió por qué no habría de acercarse. Pensó: "Ahí están ellas, yo también puedo estar ahí". Y se acercó de un salto. En cuanto hubo tocado a sus hermanas, se quedó pegada a ellas. De esta suerte tuvieron que pasar la noche con la oca.

Si antes le daban de lado, ahora le siguen, aunque es por el oro que lleva debajo del brazo. Eso es lo que ven; no pueden ver todavía al otro en su centro, le siguen por el provecho que piensan sacar, como hacían la mayoría de la gente que conocieron a Jesús en su tiempo; le seguían por el pan, para curarse, por esperar que les liberara del poder del imperio romano, pero no veían en sus acciones al que obraba en él. Veían al que ve todo el mundo con los ojos de la cara y del entendimiento.

El hombre del cuento sigue por su camino sin preocuparse por ello.

A la mañana siguiente cogió Tontillo a la oca en sus brazos, se fue, y no se preocupó por las tres hermanas prendidas a ella. Estas tenían que andar siempre siguiéndole de un lado para otro, por donde se le antojara ir. En medio del campo se le acercó el cura, y, al ver la procesión dijo: "¿No os avergonzáis, chicas indecentes? ¿Por qué seguís a este joven mozo por el campo? ¿Está eso bien hecho?". Y al hablar tomó a la menor de la mano y se quedó igualmente pegado y tuvo él mismo que caminar detrás.

Al poco rato vino el sacristán y vio al señor cura siguiendo los pasos a tres mozas. Y entonces se asombró y gritó: "¡Eh!, señor cura, ¿a dónde va con tanta prisa? No olvide que hoy tenemos bautizo". Y se le acercó corriendo, lo cogió por la manga y se quedó también pegado. Y cuando todos iban trotando así, uno detrás del otro, llegaron dos campesinos del campo con sus azadas. Los llamaron para pedirles que los soltaran. Pero no habían hecho más que tocar al sacristán, cuando se quedaron pegados, y eran entonces siete los que seguían a Tontillo con su oca.

El hombre siguió por su camino, sin inmutarse o darse importancia, aunque los que le seguían fueron aumentando en número: primero unas mujeres atraídas por el oro, luego un cura por motivaciones pastorales, un sacristán por el trabajo y finalmente unos campesinos llamados por otros. Y por fin se encuentra con algo completamente imprevisto, nunca imaginado. Se encuentra con una ciudad en que vive un rey, se encuentra con lo que es su naturaleza esencial: una ciudad en que vive un rey y, como

dice el Sexto Patriarca Zen, cuando el rey está bien, toda la ciudad florece, cuando está mal, toda la ciudad desmejora.⁶⁵ El rey que aparece aquí, si bien no está enfermo como en *El agua de la vida*⁶⁶, pero tiene una hija que no sabe reír, que siempre está seria, lo cual le preocupa y, de todas maneras, él mismo aún no tiene el comportamiento noble de un verdadero rey. Así lo narra el cuento: *Tontillo llegó después a una ciudad, donde gobernaba un rey que tenía una hija tan seria que nadie podía hacerla reír. Por ello el rey había proclamado una ley, según la cual habría de casarse con ella quien pudiera hacerla reír. Tontillo, cuando oyó esto, fue con su oca y su séquito a presentarse ante la hija del rey, y cuando ésta vio a las siete personas caminando siempre una detrás de otra, comenzó a reír con gran estruendo, y no quería parar nunca. Entonces la pidió Tontillo como prometida, pero al rey no le gustó el yerno, puso toda clase de pegas y dijo que éste tendría que traerle antes un hombre que pudiese beber toda una bodega de vino. Tontillo pensó en el hombrecillo gris; quizá pudiera ayudarle.*

Y no andaba equivocado, pues *fue al bosque, y en el sitio donde había cortado el árbol vio a un hombre sentado, de rostro compungido. Tontillo le preguntó por lo que tanto le afligía. Y respondió a esto: “Tengo tanta sed, y no puedo calmarla. No soporto el agua fría. He vaciado, en verdad, un tonel de vino, pero ¿qué es una gota sobre una piedra en ascuas?”. “En eso puedo ayudarte”, dijo Tontillo. “Vente conmigo, tú has de saciarte”. Lo condujo entonces a la bodega del rey, y el hombre se abalanzó sobre los grandes toneles, bebió y bebió, hasta que empezaron a dolerle las caderas, pero antes de que transcurriese un día se había bebido toda la bodega.*

Esta es la primera de todas las dificultades que hay que pasar para que el primer encuentro con la propia naturaleza esencial se convierta en un estado duradero, dicho de otra manera, no basta un momento de iluminación para ser una persona iluminada. Para esto hace falta pasar por todo un proceso de transformación o personalización. Tres pruebas ha de superar el ser humano según el cuento, lo cual quiere decir, todas las que hagan falta para llegar a convertirse en rey y no quedarse siendo alguien que sólo ha visto al rey alguna vez.

Tontillo exigió nuevamente a su prometida, pero el rey se enfadó de que un mal rapaz, a quien todos llamaban Tontillo, hubiese de llevarse a su hija, y puso nuevas condiciones: tendría que encontrar primero a un hombre que pudiera comerse toda una montaña de pan.

Tontillo no lo pensó mucho, sino que se fue inmediatamente al bosque; allí estaba sentado en el mismo sitio un hombre que se apretaba fuertemente el cuerpo con un

cinturón; tenía un quejumbroso rostro y dijo: “Me he comido todo un horno lleno de pan rallado; pero ¿de qué sirve eso si se tiene tanta hambre como yo? Mi estómago sigue estando vacío, y he de apretarme bien el cinturón para no morir de hambre”. Tontillo se alegró al oírlo y dijo: “Prepárate y vente conmigo, comerás hasta hartarte”. Lo condujo a la corte del rey, quien había hecho traer toda la harina de su reino para cocer con ella una inmensa montaña de panes. Pero el hombre del bosque se colocó frente a ella, comenzó a comer y a comer, y en un día había desaparecido toda la montaña.

Ha saciado toda su sed y ha saciado toda su hambre. Ya no quedan deseos, ya no se busca a sí mismo, pero aún no basta. Tendrá que superar otra prueba; y ésa, la definitiva, es diferente.

Tontillo exigió por tercera vez a su prometida, pero el rey buscó de nuevo un pretexto y pidió un barco que pudiera viajar por tierra y por mar. “Tan pronto como vengas navegando en él”, dijo, “tendrás a mi hija por esposa”.

Un barco que pueda navegar por tierra y mar, ¿qué es eso? Está claro que no se trata de un barco en el sentido literal. Moverse por tierra y mar ¿qué es eso? Yamada Kôun Roshi comparó en alguna ocasión a la persona verdaderamente iluminada o despierta a un ser capaz de vivir tanto en el mar, como fuera de él. Está anclado en la experiencia del mundo esencial, en que todo es igual, y a la vez vive en el mundo de las mil y una diferencias maravillosas. El maestro zen Keizan Jôkin del siglo XIII-XIV, identifica en su *Zazen Yôjinki*, “Manual de advertencias a tener en cuenta en el zazen”, el mar con el mundo de la igualdad, vacío para los sentidos, y la ola con el mundo de lo diferente en cuanto a forma y color: “Así como no hay ola sin agua, así tampoco agua sin ola... son inseparables el agua y la ola”.⁶⁷ Es la dificultad mayor, llegar a vivir la realidad así, tal cual realmente es. A eso no lleva ningún estudio, ninguna filosofía o ideología; es cuestión de práctica, de seguir en el camino contando con esa otra capacidad simple, profunda, nada llamativa, que en el cuento busca y recibe la protección y ayuda del viejo hombrecillo gris, sin edad ni color, el maestro interior.

Tontillo se fue directamente al bosque; allí estaba sentado el viejo hombrecillo gris al que había dado su tortilla, que dijo: “He bebido y comido por ti, y también quiero darte el barco; todo lo hago porque fuiste compasivo y bondadoso conmigo.

Sabiduría y compasión tienen la misma raíz, son dos caras de la misma naturaleza esencial del ser humano. Son el fruto de un camino recorrido con autenticidad. La tradición judeo-cristiana subraya que la compasión lleva a la iluminación. Así, por

ejemplo, el profeta Isaías dice: “Cuando destierres de ti la opresión, el gesto amenazador y la maledicencia, cuando partas tu pan con el hambriento y sacies el estómago del indigente, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía” (Is 58,9-14).

Entonces, cuando el rey vio el barco que podía ir por tierra y por mar, no pudo negarle por más tiempo a su hija. La boda fue celebrada. Después de la muerte del rey, Tontillo heredó el reino y vivió feliz mucho tiempo con su esposa.

Se ha producido la unificación de la persona y se ha convertido en rey, noble y completamente libre.

[60.](#) Schlüter, Ana María, *La luz del alma, el tesoro escondido de los cuentos*. PPC, Madrid 2004, 97-105.

[61.](#) *Ibidem*, 157-165.

[62.](#) Ídem, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 1997, 47-60.

[63.](#) *Ibidem*, 87-92.

[64.](#) Citado por Schmidt-Leukel, Perry, *Die Wahrheit des Buddhismus aus christlicher Sicht*, en: Doré, Joseph (ed.), *À la rencontre du bouddhisme*. Artel, Namur 2000, 221.

[65.](#) El sutra de Hui-nen, *Ídem*, capº III.

[66.](#) Schlüter, Ana María, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 1997, 47-60.

[67.](#) Keizan Zenji, *Zazen Yôjinki*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009, 123.

10

YORINDA Y YORINGEL

(Volver a recobrar la naturaleza humana)

Érase una vez un antiquísimo palacio, en medio de un bosque grande y espeso; allí vivía una anciana completamente sola; era una archihechicera. De día se convertía en gata y de noche en lechuza nocturna; pero al anochecer volvía a tener forma humana. Era capaz de atraer a los animales salvajes y a los pájaros, para luego matarlos y guisar o freírlos. Si alguien se acercaba a menos de cien pasos del palacio, quedaba paralizado sin poder moverse, hasta que ella lo liberara. Pero cuando entraba en este círculo una doncella, la convertía en un pájaro, la metía en una jaula y la guardaba en una de las salas del palacio. Debía de tener ya unas siete mil jaulas con pájaros tan extraños en el palacio.

Pues bien, hubo una vez una doncella que se llamaba Yorinda, que era más bella que todas las demás jóvenes, y un joven muy apuesto llamado Yoringel. Se habían comprometido y estaban disfrutando de su luna de miel. Para poder hablar entre ellos en intimidad, fueron a pasear al bosque. “Ten cuidado”, decía Yoringel, “y no te acerques demasiado al palacio”.

Era una tarde apacible, los rayos de sol se colaban entre medias de los troncos de las hayas iluminando el tupido verde del bosque, y el canto de la tórtola sonaba triste en las copas de viejas hayas de mayo. De vez en cuando Yorinda lloraba, se sentaba al sol y gemía. Yoringel también gemía. Estaban tan consternados como si se fueran a morir. Miraron alrededor y no sabían donde estaban ni sabían por dónde volver a casa.

El sol se asomaba todavía a medias por encima de la montaña, la otra mitad ya se había puesto. Yoringel miró a través de los matorrales y vio la vieja muralla del palacio, que estaba muy cerca. Se asustó y sintió un miedo mortal. Yorinda empezó a cantar:

Miavecilla con la anilla roja
Canta triste, triste, triste,
Canta la muerte de la paloma
Canta triste, tri, liu lii liii.

Yoringel miró hacia Yorinda. Yorinda había quedado convertida en un ruiseñor que cantaba “liu liu liu lii liii”. Una lechuza de ojos encendidos voló tres veces alrededor

de ella gritando tres veces “HUU-ou”. Yoringel no podía moverse; estaba allí como convertido en piedra, sin poder llorar, ni hablar, ni mover mano o pie. Cuando ya se hubo puesto el sol; la lechuza voló hacia un matorral, y acto seguido salió de allí una vieja encorvada, delgada y amarillenta, con grandes ojos rojos y una nariz arqueada cuya punta le llegaba hasta la barbilla. Murmuraba alguna cosa, cogió el ruiseñor y se lo llevó en la mano. Yoringel no podía decir nada ni moverse de su sitio. El ruiseñor ya no estaba. Por fin la vieja volvió y dijo con voz ronca:

Ave, Zaquiel, cuando la luna
se asome a la jaula,
desata, Zaquiel, a buena hora.

Entonces Yoringel quedó desatado, cayó de rodillas ante la vieja implorando que le devolviera su Yorinda. Pero ella dijo que no volvería a tenerla nunca más y se fue. Él lloraba y se lamentaba, pero no le sirvió de nada. “¡Ay, qué va a ser de mí!”.

Yoringel se fue de allí y por fin llegó a un pueblo desconocido; allí se dedicó mucho tiempo a apacentar ovejas. Muchas veces daba vueltas alrededor del palacio, pero sin acercarse demasiado. Por fin, una noche soñó que encontraba una flor roja que en el centro llevaba una gran perla preciosa; que cogía la flor y se iba con ella al palacio y que todo lo que tocaba con la flor quedaba libre del hechizo; además soñó que de esta manera había recuperado a su Yorinda.

Por la mañana al despertar empezó a caminar por valles y montes en busca de la flor. En la madrugada del noveno día encontró la flor roja. En el centro llevaba una gota de rocío, grande como la perla más hermosa. Esta flor la llevó día y noche hasta llegar al palacio. Cuando ya estuvo a cien pasos del palacio, no se quedó inmobilizado sino que siguió hasta el portal. Yoringel se llenó de alegría; tocó el portal con su flor, y se abrió. Entró, atravesó el patio y se detuvo a escuchar para oír los pájaros. Por fin los oyó y fue hacia allá y encontró la sala; allí estaba la hechicera dando de comer a los pájaros en las siete mil jaulas. Al ver a Yoringel, se enfadó muchísimo, lo increpó e insultó, pero no fue capaz de acercarse a más de dos pasos de distancia. Él no le hizo caso sino que se acercó a las jaulas con pájaros, pero había muchos cientos de ruiseñores. ¿Cómo iba a encontrar a su Yorinda? Mientras estaba mirando y observando, se dio cuenta que la vieja cogió a escondidas una jaula con un pájaro y se acercó a la puerta. De un saltó se acercó a ella, tocó la jaula con su flor y así mismo a la vieja, que entonces ya perdió todo poder mágico. Y Yorinda estaba allí, abrazada al cuello de Yoringel, tan bella como antes.

Luego también volvió a convertir a todos los demás pájaros en doncellas y se fue

con su Yorinda a casa. Allí vivieron muy felices durante mucho tiempo.



Wilhelm Grimm escribió en una dedicatoria para el libro de familia de Achim von Arnim unas palabras de Martin Luther: “No quisiera despojarme por ningún oro de las historias maravillosas que desde mi temprana infancia me acompañan o como las he ido conociendo a lo largo de mi vida”.⁶⁸

El cuento de Yorinda y Yoringel es una de estas historias maravillosas menos conocidas en general. Empieza con un palacio encantado, en el que no vive un rey sino una hechicera. Un palacio en medio del bosque o rodeado de una zarza, o una casita en el bosque –todo son imágenes para el alma humana que a menudo parece habitada por una “sombra” de rey o príncipe, de reina o princesa, sombra acompañada de seres extraños o encantados, como muchachas convertidas en gansos o ruiseñores, príncipes en piedras, o hermanos convertidos en cuervos o cisnes, hechiceras medio mujeres sabias, enanos, demonios con su abuela etc. etc. Santa Teresa comparaba el alma humana con un palacio todo de diamante o muy claro cristal en que vive un rey. Pero de hecho muchas veces parece que el rey no está o está enfermo.



Sin embargo, el ser humano sigue siendo por esencia templo del Espíritu o palacio del Rey. Las Escrituras dicen que el ser humano ha sido creado a imagen de Dios; en este cuento esta imagen aparece distorsionada. En lugar de vida, aparece petrificación y enajenación. Se parte de una situación en que el ser humano aparece desvirtuado. Pero, como señala San Juan de la Cruz, esta luz nunca falta en el alma, y siempre es posible

encontrar el camino de vuelta a casa y convertirse en ser humano de verdad. Es lo que el cuento describe de una manera sencilla y maravillosa.

Érase una vez un antiquísimo palacio, en medio de un bosque grande y espeso; allí vivía una anciana completamente sola; era una archihechicera. De día se convertía en gata y de noche en lechuza nocturna; pero al anochecer volvía a tener forma humana. Era capaz de atraer a los animales salvajes y a los pájaros, para luego matarlos y guisar o freírlos. Si alguien se acercaba a menos de cien pasos del palacio, quedaba paralizado sin poder moverse, hasta que ella lo liberara. Pero cuando entraba en este círculo una doncella, la convertía en un pájaro, la metía en una jaula y la guardaba en una de las salas del palacio. Debía de tener ya unas siete mil jaulas con pájaros tan extraños en el palacio.

El palacio antiquísimo habitado por una hechicera, con aspecto de lechuza nocturna, en este caso sabiduría tenebrosa que hace daño, es una descripción de un poder maligno, que aprisiona y roba la libertad, que es tinieblas, soledad oscura, muerte. Es todo lo contrario de un rey o reina nobles.

Después de esta descripción sombría, el cuento narra cómo puede ocurrir, que un ser humano vaya a parar a este círculo tenebroso en medio de la vida, sin que lo pretenda, más bien queriéndolo evitar.

Hubo una vez una doncella que se llamaba Yorinda, que era más bella que todas las demás jóvenes, y un joven muy apuesto llamado Yoringel. Se habían comprometido y estaban disfrutando de su luna de miel. Para poder hablar entre ellos en intimidad, fueron a pasear al bosque. “Ten cuidado”, decía Yoringel, “y no te acerques demasiado al palacio”.

En el camino interior no sólo hay obstáculos dolorosos. En la tradición del zen se habla de “seis mundos” que pueden aprisionar al ser humano y retenerlo en la oscuridad: el infierno, el mundo de los animales, el mundo del hambre, el mundo de las peleas, el mundo humano y el mundo celestial. Estos mundos no existen fuera del ser humano. Existen en su corazón. El mundo humano se refiere a quedar apresado en un dar vueltas con el pensamiento, no sabiéndolo usar con libertad, y el mundo celestial hace referencia a lo que en el lenguaje sanjuanista se podrían llamar consuelos. Pueden atrapar momentos de plenitud y felicidad, de iluminación incluso. Hay que saber andar con las manos vacías, siempre como empezando de nuevo. Cuando Jacob (Gn 28,11-18) experimentó en sueños la presencia de Yahvé, levantó una estela en recuerdo y luego siguió su camino.

Era una tarde apacible, los rayos de sol se colaban entre medias de los troncos de las hayas iluminando el tupido verde del bosque, y el canto de la tórtola sonaba triste en las copas de viejas hayas de mayo. De vez en cuando Yorinda lloraba, se sentaba al sol y gemía. Yoringel también gemía. Estaban tan consternados como si se fueran a morir. Miraron alrededor y no sabían donde estaban ni sabían por dónde volver a casa.

La euforia lleva fácilmente a la extraversión y aleja de la verdadera “casa”. La tórtola, el alma, ha caído en tristeza y angustia. No se ve cómo volver, es como alguien de estirpe real que anda errante en tierra extraña sin casa.

El sol se asomaba todavía a medias por encima de la montaña, la otra mitad ya se había puesto. Yoringel miró a través de los matorrales y vio la vieja muralla del palacio, que estaba muy cerca. Se asustó y sintió un miedo mortal.

Es conocida la situación en un camino de recogimiento y abismamiento de sentirse en algún momento como ante una muralla, por una parte infranqueable, por otra, sobrecogedora. De alguna manera hay que pasar por una muerte para poder volver a casa y entrar de nuevo en el palacio ya transformado en palacio de rey. Hay que atreverse a enfrentarse con la sombra, pero de momento ni Yorinda ni Yoringel, es decir, el ser humano, son capaces de hacerlo.

O bien uno se queda paralizado como una piedra o bien espiritualizado, con alas como un pájaro que no pisa tierra, y atrapado; y qué más da estar atado por una cadena de hierro que por un hilo de oro, como puede ser una experiencia de iluminación. Existe el peligro de caer en un narcisismo. Los movimientos de la “Nueva Era” tienden a enredarse y empantanarse en la propia interioridad.

A lo que lleva se refleja en lo que sigue contando el cuento.

Yorinda empezó a cantar:

Miavecilla con la anilla roja

Canta triste, triste, triste,

Canta la muerte de la paloma

Canta triste, tri, liu lii liii.

Yoringel miró hacia Yorinda. Yorinda había quedado convertida en un ruiseñor que cantaba “liu liu liu lii liii”. Una lechuza de ojos encendidos voló tres veces alrededor de ella gritando tres veces “HUU-ou”. Yoringel no podía moverse; estaba allí como convertido en piedra, sin poder llorar, ni hablar, ni mover mano o pie. Cuando ya se hubo puesto el sol; la lechuza voló hacia un matorral, y acto seguido salió de allí una

vieja encorvada, delgada y amarillenta, con grandes ojos rojos y una nariz arqueada cuya punta le llegaba hasta la barbilla. Murmuraba alguna cosa, cogió el ruiñeñor y se lo llevó en la mano. Yoringel no podía decir nada ni moverse de su sitio. El ruiñeñor ya no estaba. Por fin la vieja volvió y dijo con voz ronca:

Ave, Zaquiel, cuando la luna
se asome a la jaula,
desata, Zaquiel, a buena hora.

Entonces Yoringel quedó desatado, cayó de rodillas ante la vieja implorando que le devolviera su Yorinda. Pero ella dijo que no volvería a tenerla nunca más y se fue. Él lloraba y se lamentaba, pero no le sirvió de nada. “¡Ay, qué va a ser de mí!”

Ha llegado el momento de afrontar la vida, moverse y pasar por una larga temporada de purificación o, como dice el cuento, irse de allí. *Por fin Yoringel llegó a un pueblo desconocido; allí se dedicó mucho tiempo a apacentar ovejas.*

Mientras se está en tierra extraña, se trata de madurar y transformarse. En otros cuentos hay que cuidar cerdos y asnos o gansos o hay que limpiar la casa de Doña Ínferos, nombre que deriva de infierno o mundo inferior, en cualquier caso, mundo en que se está lejos de casa, de la verdadera identidad propia. Todavía no puede entrar en el palacio hasta que descubre el centro del alma, una flor. Es significativo que la pista la ofrece un sueño, estado en que la mente está dormida y no controla y, sin embargo, es capaz de tomar conciencia. Así lo relata el cuento:

Muchas veces daba vueltas alrededor del palacio, pero sin acercarse demasiado. Por fin, una noche soñó que encontraba una flor roja que en el centro llevaba una gran perla preciosa; que cogía la flor y se iba con ella al palacio y que todo lo que tocaba con la flor quedaba libre del hechizo; además soñó que de esta manera había recuperado a su Yorinda.

Hay sueños que tienen un carácter especial, en que se toma conciencia de una verdad profunda. Los sueños que se narran en las Sagradas Escrituras son todos de esta índole. Encaminan y orientan.

Por la mañana al despertar empezó a caminar por valles y montes en busca de la flor. En la madrugada del noveno día encontró la flor roja. En el centro llevaba una gota de rocío, grande como la perla más hermosa.

En la madrugada del noveno día encuentra la flor. El nueve sugiere plenitud y perfección; es la situación del encuentro con el hondón del alma, que es luz. La flor es criatura de la luz, se abre al sol, es esperanza de fruto; aparece en la primavera cuando

han pasado el dolor y la muerte del invierno. Es flor roja, el color de la vida, en contraposición a la situación de inmovilidad y de no pisar tierra que se había dado antes. La perla en el centro de la flor acentúa la luz y la nueva vida, pues se gesta en la profundidad oscura del mar y resplandece al sol, parecido a la gota de rocío que aparece después de la noche y brilla con los primeros rayos del sol que alumbran el día.

Equipado de esta manera el ser humano puede deshacer cualquier hechizo. Ningún encantamiento llega hasta el centro del alma, no hay poder parapsicológico que pueda vencerla, allí sólo llega Dios.

Esta flor la llevó día y noche hasta llegar al palacio. Andar, andar, pasar, atravesar, como termina uno de los sutras de la sabiduría. Seguir sin detenerse nunca en nada ni en ninguna parte, libre desde lo hondo del corazón y en medio de todas las tareas, situaciones y relaciones concretas de la vida.

Cuando ya estuvo a cien pasos del palacio, no se quedó inmovilizado sino que siguió hasta el portal. Yoringel se llenó de alegría; tocó el portal con su flor, y se abrió. Entró, atravesó el patio y se detuvo a escuchar para oír los pájaros. Por fin los oyó y fue hacia allá y encontró la sala; allí estaba la hechicera dando de comer a los pájaros en las siete mil jaulas. Al ver a Yoringel, se enfadó muchísimo, lo increpó e insultó, pero no fue capaz de acercarse a más de dos pasos de distancia. Él no le hizo caso sino que se acercó a las jaulas con pájaros, pero había muchos cientos de ruiseñores. ¿Cómo iba a encontrar a su Yorinda? Mientras estaba mirando y observando, se dio cuenta que la vieja cogió a escondidas una jaula con un pájaro y se acercó a la puerta. De un saltó se acercó a ella, tocó la jaula con su flor y así mismo a la vieja, que entonces ya perdió todo poder mágico. Y Yorinda estaba allí, abrazada al cuello de Yoringel, tan bella como antes.

El cuento termina con la unificación de la persona. En ella se abrazan lo masculino y lo femenino. Decía el místico sufí Abdul Baha:

“La especie humana tiene dos alas, una masculina y otra femenina, y no podrá emprender el vuelo, mientras no se desplieguen las dos alas a la vez”.

Lo que se puede decir de la humanidad en su conjunto, empieza por cada persona en particular.

Luego Yoringel también volvió a convertir a todos los demás pájaros en doncellas y se fue con su Yorinda a casa. Allí vivieron muy felices durante mucho tiempo.

Ningún camino lleva a buen término si se queda en una búsqueda de sí mismo en el sentido egocéntrico. Yoringel no sólo libera a su Yorinda sino que extiende su actividad

liberadora a todos los demás. Cuando en el zen se recita “los seres son innumerables, hago voto de salvarlos a todos”, en primer término esto se refiere a los seres necesitados de liberación dentro de uno mismo, todos estos personajes que son sombra y aparecen de tantas formas diferentes en los cuentos; pero esto es a la vez la base para acudir en ayuda de todos los demás. Actuando así, Yorinda y Yoringel, es decir el ser humano, vuelve a “casa” y encuentra la verdadera felicidad.

[68.](#) *Die Kinder- und Hausmärchen der Brüder Grimm* (Vollständige Ausgabe in der Urfassung). Völlmer Verlag, Wiesbaden s.a., 10-11.

BIBLIOGRAFÍA

- Die Kinder- und Hausmärchen der Brüder Grimm* (Vollständige Ausgabe in der Urfassung). Vollmer Verlag, Wiesbaden.
- Märchen der Brüder Grimm*. Th. Knaur Nachf., Berlín 1937.
- Grimm, J. y G., *Cuentos*. Los libros de Plon, Barcelona 1982.
- Grimm, Jakob y Wilhelm, *Cuentos*. Alianza Editorial, Madrid 1986⁵.
- Andrés Martín, Melquíades, *Nueva visión de los “alumbrados” de 1525*. FUE, Madrid 1973.
- Angelus Silesius, *Peregrino Querubínico*. Tradición Unánime. Palma de Mallorca 1985.
- Anónimo, *La nube del no-saber*. Ediciones Paulinas, Madrid 1988⁵.
- Campbell, Joseph, *The Masks of God: Primitive Mythology*. Penguin Books, Nueva York 1991.
- Carne de Zen, huesos de Zen*. Editorial Swan, Madrid 1979.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*.
- Dôgen Zenji, *Fukanzazengi*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009.
- Dumoulin, Heinrich, *Zen camino de la iluminación en el Budismo*. Desclée De Brouwer, Bilbao 2002.
- Enomiya-Lassalle, Hugo Makibi, *Zen, camino hacia la propia identidad*. Mensajero, Bilbao 1975.
- *El Zen*. Mensajero, Bilbao 1981.
- *¿A dónde va el hombre?* Sal Terrae, Santander 1982.
- Forstner, Dorothea, *Die Welt der christlichen Symbole*. Tyrolia Verlag, Innsbruck/Wien/München 1982⁴.
- Hagencord, Rainer, *Gott und die Tiere, ein Perspektivenwechsel*. Topos, Kevelaer 2008.
- Heidegger, Martin, *Über den Humanismus*, Vittorio Klostermann, Frankfurt a.M. 1947.
- Huei-Neng, (Versiones Tsung-pao) *Vida y Enseñanzas*. Luis Cárcamo, Madrid 1985; *El sutra de Hui-neng*. EDAF 2001 (de la traducción de Thomas Cleary. Shambala,

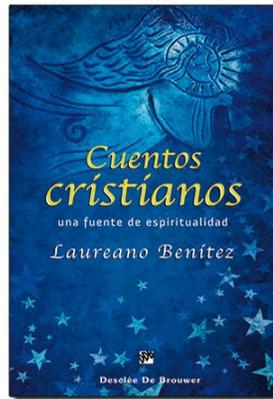
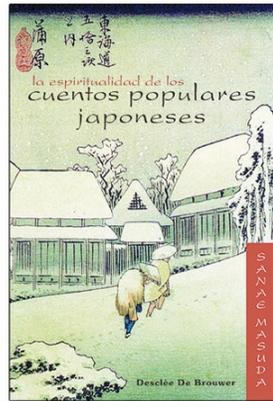
- Boston 1998).
- Jung, Carl Gustav, *Psychologie und Alchemie*. Walter-Verlag, Olten und Freiburg i.Br. 1976², 27; castellano: *Psicología y Alquimia*. Ed. Plaza Janés, Barcelona 1977.
- Keizan Zenji, *Zazen Yôjinki*, en: Schlüter, Ana María, *Atrévete con el dragón vivo*. Zendo Betania, Brihuega 2009.
- La Aurora del Zen*. Editorial Sirio, Málaga 1988.
- Miura, Isshu y Fuller Sasaki, *The Zen Koan*. Harcourt Brace Jovanovich Publishers, San Diego/New York/London 1965.
- Pascal, Blaise, *Pensées* (Selección hecha por Reinhold Schneider). Fischer Bücherei, Frankfurt/Hamburg 1955.
- San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*.
- San Juan de la Cruz, *Obras Completas*. EDE, Madrid 1980.
- Santa Teresa de Jesús, *Las moradas*, en: *Obras Completas*. BAC, Madrid 1986.
- Saviani, Carlo, *El Oriente de Heidegger*. Herder, Barcelona 2004.
- Sartory, Gertrude y Thomas, *Ich sah den Ochsen weinen. Die Heiligen und die Tiere*. Herder, Freiburg i.Br./Basel/Wien 1979.
- Schlüter, Ana María, *El camino del despertar en los cuentos*. PPC, Madrid 1997.
- *Luz del alma, el tesoro escondido de los cuentos*. PPC, Madrid 2004.
- *Atrévete con el dragón vivo. El arte del zazen*. Zendo Betania, Brihuega 2009.
- Schmidt-Leukel, Perry, *Die Wahrheit des Buddhismus aus christlicher Sicht*, en: Doré, Joseph (ed.), *À la rencontre du bouddhisme*. Artel, Namur 2000.
- Yamada Koun, *Barrera sin Puerta* (Mumonkan con comentarios), Ed. Zendo Betania, Brihuega 1993². Los koan del Hekiganroku, Shôyôroku y Denkôroku en mimeo.
- Yoka Daishi, *Shôdôka*, en: Schlüter, Ana María, *El verdadero vacío, la maravilla de las cosas*, Zendo Betania, Brihuega 2008.

Acerca de la autora

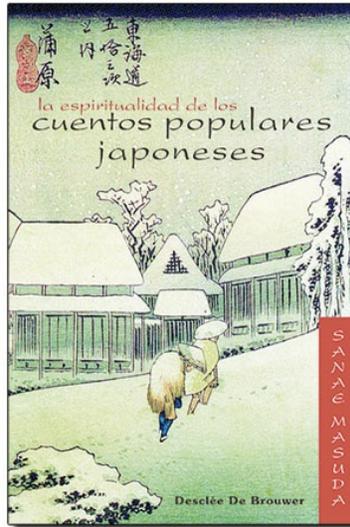


Ana María Schlüter Rodés, nacida en Barcelona, estudió Teología en Nimega y es doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona. Desde 1958 es miembro del instituto religioso de “Mujeres de Betania”. Comprometida durante años con el movimiento vecinal de un barrio periférico de Madrid, es profesora de ecumenismo en varias facultades de Teología. En 1985 fue nombrada maestra zen por Yamada Kôun Roshi y es la fundadora de Zendo Betania, con sede principal en Brihuega (Guadalajara), donde reside desde entonces

Otros libros



Adquiera todos nuestros ebooks en
www.ebooks.edeslee.com



La espiritualidad de los cuentos populares Japoneses

Sanae Masuda

ISBN: 978-84-330-2196-0

www.edesclée.com

Los mitos y los cuentos folclóricos aportan peculiares visiones sobre el ser humano, la vida y el mundo, que impregnan aún hoy el modo de vida de muchos pueblos dotados de culturas diferentes. Los relatos de nuestros antepasados contienen verdades básicas y universales, coexistiendo éstas a su vez con el carácter singular de cada cultura. La autora de este libro espera que sus lectores encuentren, en estas sencillas historias del lejano Japón, ideas y realidades compartidas por nuestras respectivas culturas.



De cuentos y aliados

El cuento terapéutico

Mariana Fiskler

ISBN: 978-84-330-3595-0

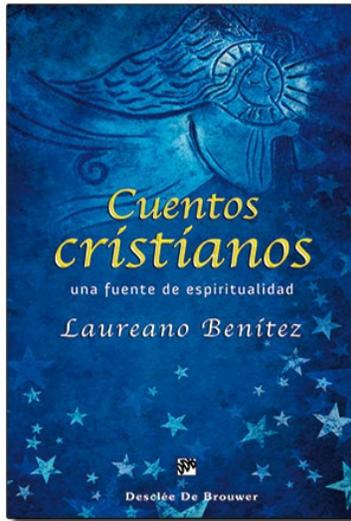
www.ebooks.edesclée.com

Este libro intenta mostrar una puerta de salida o, más exactamente, de entrada, con la expectativa de acercar otro modo de **acceder a una vida mejor**, acompañar la búsqueda del bienestar y propiciar que cada persona se conceda esa vida que desea, y no la que puede o debe vivir. Sin duda cada uno cuenta con personas, actividades y sensaciones que mejoran su vida; pero este libro quiere proponer dos posibilidades más:

Encontrar aliados: todo aquello que ayude a afrontar, allanar y resolver las adversidades que se pueden presentar en el camino. Aliados son la gente a la que se ama, el trabajo, las aficiones, el reparto del tiempo, los espacios propios, leer, escribir cuentos, llevar un diario o aprender las técnicas del 'darse cuenta', entre muchas otras propuestas que se encontrarán aquí.

Apasionarse: Es algo así como tener un amante; pero no se trata de una persona; sino de ese algo que enardece, que ocupa y compromete con la vida, con la ilusión. Ese amante puede llamarse investigación, literatura, pintura, fotografía, decoración, natación, cocina... algo que despierte cada sentido y combata la monotonía y la depresión.

Hoy, aquí, es la escritura la que se propone como una opción para conmocionarse. Si bien los cuentos que curan tienen el acento puesto en la elaboración de situaciones difíciles o dolorosas, no es menos cierto que el escribir conlleva un placer en sí mismo y que permite a quien lo hace –a ti– recuperar tiempos y espacios personales perdidos o nunca antes tenidos.



Cuentos cristianos

Una fuente de espiritualidad

Laureano Benítez

ISBN: 978-84-330-2372-8

www.edesclée.com

Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba; para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo: «Abriré en parábolas mi boca; declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo». (Mt. 13, 34-35)

Las tradiciones espirituales han usado siempre el cuento para transmitir sus enseñanzas, pues los relatos son capaces de explicar, en su aparente simplicidad, los misterios más insondables y las verdades más elevadas. Por eso todos los grandes maestros espirituales han hablado siempre “en parábolas”.

Hoy día está de actualidad la divulgación de cuentos con valores, pero llama la atención el hecho sorprendente de que los **relatos cristianos** son poco conocidos, llegando a pensar los mismos cristianos que son inexistentes, exceptuando el reducido mundo de las parábolas evangélicas. Junto a esto, existe una moda de divulgación de cuentos de las tradiciones orientales, destacando la tradición zen del budismo, la corriente hasídica del judaísmo, la tradición sufí del islamismo y los cuentos chinos taoístas.

En este sentido, la intención fundamental de esta obra es conservar y transmitir

el rico patrimonio de **espiritualidad** atesorado en los cuentos cristianos, para sacar de la oscuridad y el olvido una de las mayores y menos conocidas riquezas de la tradición cristiana.



Lunas

Cuentos y encantos de los evangelios

María Soave

ISBN: 978-84-330-1947-9

www.edesclée.com

Las historias de Soave pueden ser leídas así como quien lee por ciclos, por etapas. En cada luna hay una historia, una experiencia, una utopía para disfrutar, degustar, como un fruto maduro, y relamerse de gusto. La María que canta y cuenta, y la Soave que encanta, es la que cuenta sus historias para encantarnos. Entre potes y olores, sus historias están llenas de amor, melancolía, furia y magia. Palabras poderosas, que tocan, que conmueven, que levantan el ánimo, que dan y recuperan poder, que resucitan Talitas, mujeres pequeñas con sed y ganas de vivir y amar.

1. *Relatos para el crecimiento personal*. Carlos Alemany (ed.). (6ª ed.)
2. *La asertividad: expresión de una sana autoestima*. Olga Castanyer. (35ª ed.)
3. *Comprendiendo cómo somos. Dimensiones de la personalidad*. A. Gimeno-Bayón. (5ª ed.)
4. *Aprendiendo a vivir. Manual contra el aburrimiento y la prisa*. Esperanza Borús. (5ª ed.)
5. *¿Qué es el narcisismo?* José Luis Trechera. (2ª ed.)
6. *Manual práctico de P.N.L. Programación neurolingüística*. Ramiro J. Álvarez. (5ª ed.)
7. *El cuerpo vivenciado y analizado*. Carlos Alemany y Víctor García (eds.)
8. *Manual de Terapia Infantil Gestáltica*. Loretta Zaira Cornejo Parolini. (5ª ed.)
9. *Viajes hacia uno mismo. Diario de un psicoterapeuta en la postmodernidad*. Fernando Jiménez Hernández-Pinzón. (2ª ed.)
10. *Cuerpo y Psicoanálisis. Por un psicoanálisis más activo*. Jean Sarkisoff. (2ª ed.)
11. *Dinámica de grupos. Cincuenta años después*. Luis López-Yarto Elizalde. (7ª ed.)
12. *El eneagrama de nuestras relaciones*. Maria-Anne Gallen - Hans Neidhardt. (5ª ed.)
13. *¿Por qué me culpabilizo tanto? Un análisis psicológico de los sentimientos de culpa*. Luis Zabalegui. (3ª ed.)
14. *La relación de ayuda: De Rogers a Carkhuff*. Bruno Giordani. (3ª ed.)
15. *La fantasía como terapia de la personalidad*. F. Jiménez Hernández-Pinzón. (2ª ed.)
16. *La homosexualidad: un debate abierto*. Javier Gafo (ed.). (4ª ed.)
17. *Diario de un asombro*. Antonio García Rubio. (3ª ed.)
18. *Descubre tu perfil de personalidad en el eneagrama*. Don Richard Riso. (6ª ed.)
19. *El manantial escondido. La dimensión espiritual de la terapia*. Thomas Hart.
20. *Treinta palabras para la madurez*. José Antonio García-Monge. (12ª ed.)
21. *Terapia Zen*. David Brazier. (2ª ed.)
22. *Sencillamente cuerdo. La espiritualidad de la salud mental*. Gerald May.
23. *Aprender de Oriente: Lo cotidiano, lo lento y lo callado*. Juan Masiá Clavel.
24. *Pensamientos del caminante*. M. Scott Peck.
25. *Cuando el problema es la solución. Aproximación al enfoque estratégico*. R. J. Álvarez. (2ª ed.)
26. *Cómo llegar a ser un adulto. Manual sobre la integración psicológica y espiritual*. David Richo. (3ª ed.)
27. *El acompañante desconocido. De cómo lo masculino y lo femenino que hay en cada uno de nosotros afecta a nuestras relaciones*. John A. Sanford.
28. *Vivir la propia muerte*. Stanley Keleman.
29. *El ciclo de la vida: Una visión sistémica de la familia*. Ascensión Belart - María Ferrer. (3ª ed.)
30. *Yo, limitado. Pistas para descubrir y comprender nuestras minusvalías*. Miguel Ángel Conesa Ferrer.
31. *Lograr buenas notas con apenas ansiedad. Guía básica para sobrevivir a los exámenes*. Kevin Flanagan.
32. *Alí Babá y los cuarenta ladrones. Cómo volverse verdaderamente rico*. Verena Kast.
33. *Cuando el amor se encuentra con el miedo*. David Richo. (3ª ed.)
34. *Anhelos del corazón. Integración psicológica y espiritualidad*. Wilkie Au - Noreen Cannon. (2ª ed.)
35. *Vivir y morir conscientemente*. Iosu Cabodevilla. (4ª ed.)
36. *Para comprender la adicción al juego*. María Prieto Ursúa.
37. *Psicoterapia psicodramática individual*. Teodoro Herranz Castillo.
38. *El comer emocional*. Edward Abramson. (2ª ed.)
39. *Crecer en intimidad. Guía para mejorar las relaciones interpersonales*. John Amodeo - Kris Wentworth. (2ª ed.)
40. *Diario de una maestra y de sus cuarenta alumnos*. Isabel Agüera Espejo-Saavedra.
41. *Valórate por la felicidad que alcances*. Xavier Moreno Lara.
42. *Pensándolo bien... Guía práctica para asomarse a la realidad*. Ramiro J. Álvarez.
43. *Límites, fronteras y relaciones. Cómo conocerse, protegerse y disfrutar de uno mismo*. Charles L.

Whitfield.

44. *Humanizar el encuentro con el sufrimiento*. José Carlos Bermejo.
45. *Para que la vida te sorprenda*. Matilde de Torres. (2ª ed.)
46. *El Buda que siente y padece. Psicología budista sobre el carácter, la adversidad y la pasión*. David Brazier.
47. *Hijos que no se van. La dificultad de abandonar el hogar*. Jorge Barraca.
48. *Palabras para una vida con sentido*. Mª. Ángeles Noblejas. (2ª ed.)
49. *Cómo llevarnos bien con nuestros deseos*. Philip Sheldrake.
50. *Cómo no hacer el tonto por la vida. Puesta a punto práctica del altruismo*. Luis Cencillo. (2ª ed.)
51. *Emociones: Una guía interna. Cuáles sigo y cuáles no*. Leslie S. Greenberg. (3ª ed.)
52. *Éxito y fracaso. Cómo vivirlos con acierto*. Amado Ramírez Villafañez.
53. *Desarrollo de la armonía interior. La construcción de una personalidad positiva*. Juan Antonio Bernad.
54. *Introducción al Role-Playing pedagógico*. Pablo Población Knappe y Elisa López Barberá. (2ª ed.)
55. *Cartas a Pedro. Guía para un psicoterapeuta que empieza*. Loretta Cornejo. (3ª ed.)
56. *El guión de vida*. José Luis Martorell. (2ª ed.)
57. *Somos lo mejor que tenemos*. Isabel Agüera Espejo-Saavedra.
58. *El niño que seguía la barca. Intervenciones sistémicas sobre los juegos familiares*. Giuliana Prata, Maria Vignato y Susana Bullrich.
59. *Amor y traición*. John Amodeo.
60. *El amor. Una visión somática*. Stanley Keleman. (2ª ed.)
61. *A la búsqueda de nuestro genio interior: Cómo cultivarlo y a dónde nos guía*. Kevin Flanagan. (2ª ed.)
62. *A corazón abierto. Confesiones de un psicoterapeuta*. F. Jiménez Hernández-Pinzón.
63. *En vísperas de morir. Psicología, espiritualidad y crecimiento personal*. Iosu Cabodevilla.
64. *¿Por qué no logro ser asertivo?* Olga Castanyer y Estela Ortega. (7ª ed.)
65. *El diario íntimo: buceando hacia el yo profundo*. José-Vicente Bonet, S.J. (3ª ed.)
66. *Caminos sapienciales de Oriente*. Juan Masía.
67. *Superar la ansiedad y el miedo. Un programa paso a paso*. Pedro Moreno. (9ª ed.)
68. *El matrimonio como desafío. Destrezas para vivirlo en plenitud*. Kathleen R. Fischer y Thomas N. Hart.
69. *La posada de los peregrinos. Una aproximación al Arte de Vivir*. Esperanza Borús.
70. *Realizarse mediante la magia de las coincidencias. Práctica de la sincronicidad mediante los cuentos*. Jean-Pascal Debailleul y Catherine Fourceau.
71. *Psicoanálisis para educar mejor*. Fernando Jiménez Hernández-Pinzón.
72. *Desde mi ventana. Pensamientos de autoliberación*. Pedro Miguel Lamet.
73. *En busca de la sonrisa perdida. La psicoterapia y la revelación del ser*. Jean Sarkisoff.
74. *La pareja y la comunicación. La importancia del diálogo para la plenitud y la longevidad de la pareja. Casos y reflexiones*. Patrice Cudicio y Catherine Cudicio.
75. *Ante la enfermedad de Alzheimer. Pistas para cuidadores y familiares*. Marga Nieto Carrero. (2ª ed.)
76. *Me comunico... Luego existo. Una historia de encuentros y desencuentros*. Jesús De La Gándara Martín.
77. *La nueva sofrología. Guía práctica para todos*. Claude Imbert.
78. *Cuando el silencio habla*. Matilde De Torres Villagrà. (2ª ed.)
79. *Atajos de sabiduría*. Carlos Díaz.
80. *¿Qué nos humaniza? ¿Qué nos deshumaniza? Ensayo de una ética desde la psicología*. Ramón Rosal Cortés.
81. *Más allá del individualismo*. Rafael Redondo.
82. *La terapia centrada en la persona hoy. Nuevos avances en la teoría y en la práctica*. Dave Mearns y Brian Thorne.
83. *La técnica de los movimientos oculares. La promesa potencial de un nuevo avance psicoterapéutico*. Fred Friedberg. Introducción a la edición española por Ramiro J. Álvarez
84. *No seas tu peor enemigo... ¡...Cuando puedes ser tu mejor amigo!* Ann-M. McMahon.
85. *La memoria corporal. Bases teóricas de la diafreoterapia*. Luz Casasnovas Susanna. (2ª ed.)
86. *Atrapando la felicidad con redes pequeñas*. Ignacio Berciano Pérez. Con la colaboración de Itziar

- Barrenengoa. (2ª ed.)
87. *C.G. Jung. Vida, obra y psicoterapia.* M. Pilar Quiroga Méndez.
 88. *Crecer en grupo. Una aproximación desde el enfoque centrado en la persona.* Tomeu Barceló. (2ª ed.)
 89. *Automanejo emocional. Pautas para la intervención cognitiva con grupos.* Alejandro Bello Gómez, Antonio Crego Díaz.
 90. *La magia de la metáfora. 77 relatos breves para educadores, formadores y pensadores.* Nick Owen.
 91. *Cómo volverse enfermo mental.* José Luís Pio Abreu.
 92. *Psicoterapia y espiritualidad. La integración de la dimensión espiritual en la práctica terapéutica.* Agneta Schreurs.
 93. *Fluir en la adversidad.* Amado Ramírez Villafañez.
 94. *La psicología del soltero: Entre el mito y la realidad.* Juan Antonio Bernad.
 95. *Un corazón auténtico. Un camino de ocho tramos hacia un amor en la madurez.* John Amodeo (2ª ed.).
 96. *Luz, más luz. Lecciones de filosofía vital de un psiquiatra.* Benito Peral. (2ª ed.)
 97. *Tratado de la insoportabilidad, la envidia y otras "virtudes" humanas.* Luis Raimundo Guerra. (2ª ed.)
 98. *Crecimiento personal: Aportaciones de Oriente y Occidente.* Mónica Rodríguez-Zafra (Ed.).
 99. *El futuro se decide antes de nacer. La terapia de la vida intrauterina.* Claude Imbert. (2ª ed.)
 100. *Cuando lo perfecto no es suficiente. Estrategias para hacer frente al perfeccionismo.* Martin M. Antony - Richard P. Swinson. (2ª ed.)
 101. *Los personajes en tu interior. Amigándote con tus emociones más profundas.* Joy Cloug.
 102. *La conquista del propio respeto. Manual de responsabilidad personal.* Thom Rutledge.
 103. *El pico del Quetzal. Sencillas conversaciones para restablecer la esperanza en el futuro.* Margaret J. Wheatley.
 104. *Dominar las crisis de ansiedad. Una guía para pacientes.* Pedro Moreno, Julio C. Martín. (10ª ed.)
 105. *El tiempo regalado. La madurez como desafío.* Irene Estrada Ena.
 106. *Enseñar a convivir no es tan difícil. Para quienes no saben qué hacer con sus hijos, o con sus alumnos.* Manuel Segura Morales. (14ª ed.)
 107. *Encrucijada emocional. Miedo (ansiedad), tristeza (depresión), rabia (violencia), alegría (euforia).* Karmelo Bizkarra. (4ª ed.)
 108. *Vencer la depresión. Técnicas psicológicas que te ayudarán.* Marisa Bosqued.
 109. *Cuando me encuentro con el capitán Garfio... (no) me engancha. La práctica en psicoterapia gestalt.* Ángeles Martín y Carmen Vázquez.
 110. *La mente o la vida. Una aproximación a la Terapia de Aceptación y Compromiso.* Jorge Barraca Mairal. (2ª ed.)
 111. *¡Deja de controlarme! Qué hacer cuando la persona a la que queremos ejerce un dominio excesivo sobre nosotros.* Richard J. Stenack.
 112. *Responde a tu llamada. Una guía para la realización de nuestro objetivo vital más profundo.* John P. Schuster.
 113. *Terapia meditativa. Un proceso de curación desde nuestro interior.* Michael L. Emmons, Ph.D. y Janet Emmons, M.S.
 114. *El espíritu de organizarse. Destrezas para encontrar el significado a sus tareas.* P. Kristan.
 115. *Adelgazar: el esfuerzo posible. Un sistema gradual para superar la obesidad.* A. Cózar.
 116. *Crecer en la crisis. Cómo recuperar el equilibrio perdido.* Alejandro Rocamora. (3ª ed.)
 117. *Rabia sana. Cómo ayudar a niños y adolescentes a manejar su rabia.* Bernard Golden. (2ª ed.)
 118. *Manipuladores cotidianos. Manual de supervivencia.* Juan Carlos Vicente Casado.
 119. *Manejar y superar el estrés. Cómo alcanzar una vida más equilibrada.* Ann Williamson.
 120. *La integración de la terapia experiencial y la terapia breve. Un manual para terapeutas y consejeros.* Bala Jaison.
 121. *Este no es un libro de autoayuda. Tratado de la suerte, el amor y la felicidad.* Luis Raimundo Guerra.
 122. *Psiquiatría para el no iniciado.* Rafa Euba. (2ª ed.)
 123. *El poder curativo del ayuno. Recuperando un camino olvidado hacia la salud.* Karmelo Bizkarra.

- (3ª ed.)
124. *Vivir lo que somos. Cuatro actitudes y un camino.* Enrique Martínez Lozano. (4ª ed.)
 125. *La espiritualidad en el final de la vida. Una inmersión en las fronteras de la ciencia.* Iosu Cabodevilla Eraso. (2ª ed.)
 126. *Regreso a la conciencia.* Amado Ramírez.
 127. *Las constelaciones familiares. En resonancia con la vida.* Peter Bourquin. (10ª ed.)
 128. *El libro del éxito para vagos. Descubra lo que realmente quiere y cómo conseguirlo sin estrés.* Thomas Hohensee.
 129. *Yo no valgo menos. Sugerencias cognitivo- humanistas para afrontar la culpa y la vergüenza.* Olga Castanyer. (3ª ed.)
 130. *Manual de Terapia Gestáltica aplicada a los adolescentes.* Loretta Cornejo. (4ª ed.)
 131. *¿Para qué sirve el cerebro? Manual para principiantes.* Javier Tirapu. (2ª ed.)
 132. *Esos seres inquietos. Claves para combatir la ansiedad y las obsesiones.* Amado Ramírez Villafañez.
 133. *Dominar las obsesiones. Una guía para pacientes.* Pedro Moreno, Julio C. Martín, Juan García y Rosa Viñas. (3ª ed.)
 134. *Cuidados musicales para cuidadores. Musicoterapia Autorrealizadora para el estrés asistencial.* Conxa Trallero Flix y Jordi Oller Vallejo
 135. *Entre personas. Una mirada cuántica a nuestras relaciones humanas.* Tomeu Barceló
 136. *Superar las heridas. Alternativas sanas a lo que los demás nos hacen o dejan de hacer.* Windy Dryden
 137. *Manual de formación en trance profundo. Habilidades de hipnotización.* Igor Ledochowski
 138. *Todo lo que aprendí de la paranoia.* Camille
 139. *Migraña. Una pesadilla cerebral.* Arturo Goicoechea
 140. *Aprendiendo a morir.* Ignacio Berciano Pérez
 141. *La estrategia del oso polar. Cómo llevar adelante tu vida pese a las adversidades.* Hubert Moritz
 142. *Mi salud mental: Un camino práctico.* Emilio Garrido Landívar
 143. *Camino de liberación en los cuentos. En compañía de los animales.* Ana María Schlüter Rodés
 144. *¡Estoy furioso! Aproveche la energía positiva de su ira.* Anita Timpe
 145. *Herramientas de Coaching personal.* Francisco Yuste (2ª ed.)
 146. *Este libro es cosa de hombres. Una guía psicológica para el hombre de hoy.* Rafa Euba
 147. *Afronta tu depresión con psicoterapia interpersonal. Guía de autoayuda.* Juan García Sánchez y Pepa Palazón Rodríguez
 148. *El consejero pastoral. Manual de "relación de ayuda" para sacerdotes y agentes de pastoral.* Enrique Montalt Alcayde
 149. *Tristeza, miedo, cólera. Actuar sobre nuestras emociones.* Dra. Stéphanie Hahusseau
 150. *Vida emocionalmente inteligente. Estrategias para incrementar el coeficiente emocional.* Geetu Bharwaney
 151. *Cicatrices del corazón. Tras una pérdida significativa.* Rosa Mª Martínez González
 152. *Ojos que sí ven. "Soy bipolar" (Diez entrevistas).* Ana González Isasi - Aníbal C. Malvar
 153. *Reconcíliate con tu infancia. Cómo curar antiguas heridas.* Ulrike Dahm
 154. *Los trastornos de la alimentación. Guía práctica para cuidar de un ser querido.* Janet Treasure - Gráinne Smith - Anna Crane
 155. *Bullying entre adultos. Agresores y víctimas.* Peter Randall
 156. *Cómo ganarse a las personas. El arte de hacer contactos.* Bernd Görner
 157. *Vencer a los enemigos del sueño. Guía práctica para conseguir dormir como siempre habíamos soñado.* Charles Morin
 158. *Ganar perdiendo. Los procesos de duelo y las experiencias de pérdida: Muerte - Divorcio - Migración.* Migdyrai Martín Reyes
 159. *El arte de la terapia. Reflexiones sobre la sanación para terapeutas principiantes y veteranos.* Peter Bourquin
 160. *El viaje al ahora. Una guía sencilla para llevar la atención plena a nuestro día a día.* Jorge Barraca Mairal
 161. *Cómo envejecer con dignidad y aprovechamiento.* Ignacio Berciano
 162. *Cuando un ser querido es bipolar. Ayuda y apoyo para usted y su pareja.* Cynthia G. Last
 163. *Todo lo que sucede importa. Cómo orientar en el laberinto de los sentimientos.* Fernando

- Alberca de Castro (2ª ed.)
164. *De cuentos y aliados. El cuento terapéutico.* Mariana Fiksler
 165. *Soluciones para una vida sexual sana. Maneras sencillas de abordar y resolver los problemas sexuales cotidianos.* Dra. Janet Hall
 166. *Encontrar las mejores soluciones mediante Focusing. A la escucha de lo sentido en el cuerpo.* Bernadette Lamboy
 167. *Estrésese menos y viva más. Cómo la terapia de aceptación y compromiso puede ayudarle a vivir una vida productiva y equilibrada.* Richard Blonna
 168. *Cómo superar el tabaco, el alcohol y las drogas.* Miguel del Nogal Tomé
 169. *La comunicación humana: una ventana abierta.* Carlos Alemany Briz
 170. *Comida para las emociones. Neuroalimentación para que el cerebro se sienta bien.* Sandi Krstinic
 171. *Aprender de la ansiedad. La sabiduría de las emociones.* Pedro Moreno
 172. *Cuidar al enfermo. Migajas de psicología.* Pedro Moreno
 173. *Yo te manejo, tú me manejas. El poder de las relaciones cotidianas.* Pablo Población Knappe
 174. *Crisis, crecimiento y despertar. Claves y recursos para crecer en consciencia.* Enrique Martínez Lozano
 175. *Cuaderno de trabajo para el tratamiento corpomental del trastorno del trastorno de estrés postraumático (TEPT). Programa para curar en 10 semanas las secuelas del trauma.* Stanley Block y Carolyn Bryant Block
 176. *El joven homosexual. Cómo comprenderle y ayudarle.* José Ignacio Baile Ayensa
 177. *Sal de tu mente, entra en tu vida. La nueva Terapia de Aceptación y Compromiso.* Steven Hayes

SERIE MAIOR

1. *Anatomía Emocional. La estructura de la experiencia somática.* Luciano Sandrin. (9ª ed.)
2. *La experiencia somática. Formación de un yo personal.* Stanley Keleman. (2ª ed.)
3. *Psicoanálisis y análisis corporal de la relación.* André Lapierre.
4. *Psicodrama. Teoría y práctica.* José Agustín Ramírez. (3ª ed.)
5. *14 Aprendizajes vitales.* Carlos Alemany (ed.). (13ª ed.)
6. *Psique y Soma. Terapia bioenergética.* José Agustín Ramírez.
7. *Crear bebiendo del propio pozo. Taller de crecimiento personal.* Carlos Rafael Cabarrús, S.J. (12ª ed.)
8. *Las voces del cuerpo. Respiración, sonido y movimiento en el proceso terapéutico.* Carolyn J. Braddock.
9. *Para ser uno mismo. De la opacidad a la transparencia.* Juan Masiá Clavel
10. *Vivencias desde el Enneagrama.* Maite Melendo. (3ª ed.)
11. *Codependencia. La dependencia controladora. La dependencia sumisa.* Dorothy May.
12. *Cuaderno de Bitácora, para acompañar caminantes. Guía psico-histórico-espiritual.* Carlos Rafael Cabarrús. (5ª ed.)
13. *Del ¡viva los novios! al ¡ya no te aguanto! Para el comienzo de una relación en pareja y una convivencia más inteligente.* Eusebio López. (2ª ed.)
14. *La vida maestra. El cotidiano como proceso de realización personal.* José María Toro.
15. *Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones.* Carlos Domínguez Morano. (2ª ed.)
16. *Psicoterapia integradora humanista. Manual para el tratamiento de 33 problemas psicosensores, cognitivos y emocionales.* Ana Gimeno-Bayón y Ramón Rosal.
17. *Deja que tu cuerpo interprete tus sueños.* Eugene T. Gendlin. (2ª ed.)
18. *Cómo afrontar los desafíos de la vida.* Chris L. Kleinke.
19. *El valor terapéutico del humor.* Ángel Rz. Idígoras (Ed.). (3ª ed.)
20. *Aumenta tu creatividad mental en ocho días.* Ron Dalrymple, Ph.D., F.R.C.
21. *El hombre, la razón y el instinto.* José Mª Porta Tovar.
22. *Guía práctica del trastorno obsesivo compulsivo (TOC). Pistas para su liberación.* Bruce M. Hyman y Cherry Pedrick.
23. *La comunidad terapéutica y las adicciones. Teoría, modelo y método.* George De Leon.
24. *El humor y el bienestar en las intervenciones clínicas.* Waleed A. Salameh y William F. Fry.

25. *El manejo de la agresividad. Manual de tratamiento completo para profesionales.* Howard Kassinove y Raymond Chip Tafrate.
26. *Agujeros negros de la mente. Claves de salud psíquica.* José L. Trechera.
27. *Cuerpo, cultura y educación.* Jordi Planella Ribera.
28. *Reír y aprender. 95 técnicas para emplear el humor en la formación.* Doni Tamblyn.
29. *Manual práctico de psicoterapia gestalt.* Ángeles Martín. (8ª ed.)
30. *Más magia de la metáfora. Relatos de sabiduría para aquellas personas que tengan a su cargo la tarea de Liderar, Influenciar y Motivar.* Nick Owen
31. *Pensar bien - Sentirse bien. Manual práctico de terapia cognitivo-conductual para niños y adolescentes.* Paul Stallard.
32. *Ansiedad y sobreactivación. Guía práctica de entrenamiento en control respiratorio.* Pablo Rodríguez Correa.
33. *Amor y violencia. La dimensión afectiva del maltrato.* Pepa Horno Goicoechea. (2ª ed.)
34. *El pretendido Síndrome de Alienación Parental. Un instrumento que perpetúa el maltrato y la violencia.* Sonia Vaccaro - Consuelo Barea Payueta.
35. *La víctima no es culpable. Las estrategias de la violencia.* Olga Castanyer (Coord.); Pepa Horno, Antonio Escudero e Inés Monjas.
36. *El tratamiento de los problemas de drogas. Una guía para el terapeuta.* Miguel del Nogal. (2ª ed.)
37. *Los sueños en psicoterapia gestalt. Teoría y práctica.* Ángeles Martín.
38. *Medicina y terapia de la risa. Manual.* Ramón Mora Ripoll.
39. *La dependencia del alcohol. Un camino de crecimiento.* Thomas Wallenhorst.
40. *El arte de saber alimentarte. Desde la ciencia de la nutrición al arte de la alimentación.* Karmelo Bizkarra.
41. *Vivir con plena atención. De la aceptación a la presencia.* Vicente Simón. (2ª ed.)
42. *Empatía terapéutica. La compasión del sanador herido.* José Carlos Bermejo.
43. *Más allá de la Empatía. Una Terapia de Contacto-en-la-Relación.* Richard G. Erskine - Janet P. Moursund - Rebecca L. Trautmann.
44. *El oficio que habitamos. Testimonios y reflexiones de terapeutas gestálticas.* Ángeles Martín (Ed.)
45. *El amor vanidoso. Cómo fracasan las relaciones narcisistas.* Bärbel Wardetzki

Índice

Portada interior	2
Créditos	3
Prólogo	4
1. Los dos hermanos	19
2. El pájaro de oro	55
3. El zorro y las ocas	75
4. La reina de las abejas	80
5. Juan mi erizo	90
6. La cenicienta	105
7. Zarzarrosa	125
8. El lobo y los siete cabritos	136
9. La oca de oro	145
10. Yorinda y Yoringel	157
Bibliografía	167
Acerca de la autora	169
Otros libros	170
La espiritualidad de los cuentos populares Japoneses	171
De cuentos y aliados	172
Cuentos cristianos	174
Lunas	176
Serendipity	177